José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1881-1882 (volumen 5)

Estados Unidos

13



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

José Martí | OBRAS COMPLETAS – ***Edición Crítica*** **13**

 | ISBN 959-7006-68-5 tomo 13 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Equipo realizador del tomo: Pedro Pablo Rodríguez (responsable) y Maira Beatriz Martínez.

Colaboradores: Niurka Alfonso Baños, Ana Elena Arazoza, Maia Barreda Sánchez, Yisel Bernardes Martínez, Jacques-François Bonaldi, Miladis Cabrera Bess, Marta Cruz Valdés, Francisco Fernández Sarría, David Leyva González, Miriam López Horta, Enrique López Mesa, Pablo Riaño San Marful, Fanny Sosa Pérez, Verónica Spásskaya y Carmen Suárez León.

Edición: Aida Matilde Martín Fernández y Hortensia Roselló Rosés.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *S/T*, Aldo Soler, 2003. Colección del artista.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo

Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones

Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras completas. Edición crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Contiene crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novela, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los documentos existentes: manuscritos, mecanuscritos, impresos, microfilmes o fotocopias, y el cotejo con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias entre ellos serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. También pueden aparecer entre corchetes la letra o letras que falten en el manuscrito a una palabra, la cual se completará como hipótesis. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un* índice de notas finales.

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la*

información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneas de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».*

Este tomo 13 termina la publicación de la Sección Constante enviada por José Martí al diario La Opinión Nacional, *de Caracas, con lo cual finalizan los textos aparecidos en ese periódico. Se incluyen también las cartas correspondientes al período de las colaboraciones martianas con el diario, y, además, tres manuscritos en francés, muy probablemente escritos por entonces, quizás para alguna publicación estadounidense.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM:	Centro de Estudios Martianos.
EJM:	José Martí. *Epistolario.* Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, 5 tomos.
LON:	*La Opinión Nacional.*
Mf.:	Microfilme.
Ms.:	Manuscrito.
Nf.:	Nota final.
OC:	José Martí. *Obras Completas.* La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

Sección Constante

Historia, Letras, Biografía, Curiosidades, Ciencia

(2)

ABRIL 1882

[1]

—Al cabo de diecinueve siglos que el mundo adoraba la divina inocencia de Jesús, ha habido hombres bastante soberbios y extraviados para formular de nuevo contra su Divina Majestad las acusaciones que presentaron los judíos. Nada tan insensato.

Veamos los cargos y los testigos, ateniéndonos a la única narración auténtica y completa de los sucesos.

Cargos.—Primero. Entonces los Pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros" (Juan XI, 47.) Este cargo solo prueba la confusión y perversidad de los judíos; pues el hacer muchos milagros, en vez de ser cargo contra de Jesús, era demostración de su divinidad.

Segundo. Este dijo: "Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días" (Mat. XXVI, 61.) Jesús había dicho palabras semejantes a estas; pero refiriéndose a su cuerpo que moriría y resucitaría a los tres días. Por lo demás la acusación, según está formulada, sería una locura o una manifestación de la divinidad de Jesús, pues solo Dios pudiera reedificar en tres días un templo como el de Jerusalén.

Tercero. "Ha blasfemado" (Mat. XXVI, 65).—La blasfemia consistía en anunciar Jesús su segunda venida para juzgar a todos; es decir, en predicar una verdad, cierta, pero desagradable a los malos.

Cuarto. "A este le hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación." (Luc. XXIII, 2).—Era tan vago este cargo, que Pilato apenas paró la atención en él. La doctrina de Jesús no pervirtió al mundo, que lo salvó.

Quinto. "Y vedando pagar los tributos a César." (Luc. XXIII, 2) Mentira solemne; pues Jesús había dicho: *Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,* y había obrado un milagro para pagar el tributo para sí y para Pedro. El vigilante Pilato sabía bien que la acusación no era cierta.

Sexto. "Y diciendo que él es Cristo Rey." (Luc. XXIII, 2).—Esta acusación era capciosa. Jesús es el Cristo Rey anunciado por los Profetas y esperado de las naciones, Rey de todos los

siglos y de todos los pueblos, cuyo reinado consiste en el cumplimiento del Evangelio en el mundo y en la dicha inefable de los Santos en el cielo.

Toda la historia de Jesús demostraba que él era ese Rey; pero Pilato, tal vez solo para formalizar el proceso, tal vez movido por el temor en que estaban los romanos de que los judíos aprovechasen cualquiera oportunidad para levantarse contra su dominación, se fijó en este cargo, prescindiendo de los anteriores, bastando, sin embargo, una breve explicación del Salvador para que el Gobernador romano comprendiese su inocencia.

Testigos.—Primero. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo, enemigos jurados de Jesús, resueltos hacía tiempo a matarlo de cualquiera manera, y contenidos solamente por el temor al pueblo.

Segundo. Los testigos falsos llamados por ellos; pero cuyo testimonio mal amañado salió tan contradictorio, que no pudieron sobre él fundar el proceso.

Tercero. Judas, que retiró lo que había dicho, volviendo a confesar ante los jueces que le habían pagado la traición, que Jesús era justo.

Cuarto. Herodes, que al fin se persuade de que Jesús era loco, y por consiguiente incapaz de delito.

Quinto. Pilato, que testificó repetidas veces la inocencia de Jesús; y si bien al cabo dio sentencia, hízolo lavándose las manos, confesando, aun en el acto de juzgar en contra, que Jesús era inocente.

—Aun cuando no hubiese otras pruebas de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, bastara su muerte para mover a confesarla y adorarla.

Rousseau, a quien no se puede acusar de preocupado en favor del catolicismo, ni era fácil en creer, escribió aquellas célebres palabras: “Si la muerte de Sócrates es la de un sabio, la muerte de Jesús es la de un Dios.”

Demuéstranlo, en efecto, su paciencia infinita, oración por los enemigos en el acto mismo en que le atormentaban e insultaban, y todo el conjunto de sus acciones y palabras en las últimas veinte horas que estuvo en vida mortal.

Empero, en este momento queremos fijar la atención en los prodigios exteriores que acompañaron su muerte.

Adviértase en primer lugar, que después del cansancio extraordinario de la noche y mañana

anterior, de estar su cuerpo sacratísimo desangrado por los azotes, espinas y clavos de aquellas tres horas de cruel agonía clavado en la cruz, cuando naturalmente debía morir sin aliento alguno, Jesús clamó con una voz grande y sonora al tiempo de entregar su espíritu; como para manifestar que moría voluntariamente, siendo aún entonces dueño y señor de la vida y de la muerte.

El hecho está atestiguado por todos los Evangelistas, que escribieron pocos años después, viviendo todavía la mayor parte de los testigos.

Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de alto abajo;

La tierra tembló;

Se partieron las piedras;

Los sepulcros se abrieron;

Los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron;

Y a la hora de sexta, se cubrió toda la tierra de tinieblas hasta la hora de nona.

El eclipse total de sol en toda la tierra, y aunque no hubiera sido sino en parte de ella en la situación astronómica de aquel día; la resurrección de los muertos aparecidos a varias personas; la espontánea apertura de los sepulcros; el quebrantamiento de las peñas todavía atestiguado por el corte que se ve en ellas; el temblor de tierra y el corte del velo del templo, fueron sucesos milagrosos que solo Dios podría obrar.

Además, se hallaban profetizados desde siglos antes para cuando muriese el Dios Hombre.

¿Quiénes lo presenciaron? Las tinieblas generales fueron observadas de toda la tierra, disponiendo a los sabios a recibir la palabra del Evangelio, como sucedió a Dionisio Areopagita.

Los otros milagros locales fueron vistos y sentidos por las gentes de Jerusalén, que abandonaron el lugar del terrible espectáculo, bajando del Calvario dándose golpes de pecho. El mismo Centurión o capitán de la guardia que había asistido a todo el curso de la crucifixión, dio gloria a Dios, exclamando delante de sus soldados: ¡Verdaderamente este hombre era el Justo! ¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!

Las medidas adoptadas por los príncipes y ancianos del pueblo para impedir el segundo error, peor que el primero, demuestran la perturbación de su espíritu, que solo podía ser causada por la visión de los prodigios, o por la reacción producida por estos en el pueblo y en la opinión pública en favor de Jesús.

Ya Él lo había profetizado en diversas ocasiones, diciendo a sus discípulos: “Cuando fuese levantado en el alto o crucificado, todo lo atraeré a mí.”

Sin los milagros que siguieron a la muerte de Jesús, ¿cómo se comprendería que se convirtiesen ocho mil almas al oír la predicación de San Pedro cincuenta días después?

—Según los Sagrados Evangelistas, Jesús, clavado en la Cruz, pronunció siete palabras, que consignaron en sus libros en los siguientes términos:

1ª Mas Jesús decía: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.” (Luc. XXIII, 34.)

2ª Y Jesús le dijo al buen ladrón: “En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.” (Luc. XXIII, 43.)

3ª Habiendo mirado, pues, Jesús, a su madre, y al discípulo que Él amaba, el cual estaba allí, dice a su madre: “Mujer, he ahí a tu hijo.” Después dice al discípulo: “He ahí a tu madre.” (Joan. XIX, 26, 27.)

4ª Y cerca de la hora nona, exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: “Elí, Elí, ¿lama sabactani?” esto es: “Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?” (Math. XXVII, 46.)

5ª Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: “Sed tengo.” (Joan, XIX, 28.)

6ª Jesús, luego que tomó el vinagre, dijo: “Todo está cumplido.” (Joan, XIX, 30.)

7ª Entonces Jesús, clamando con una voz muy grande, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” (Luc. XXIII, 46.)

El recuerdo y meditación de estas palabras, que constituyen como el testamento de Jesús, son el asunto de uno de los ejercicios piadosos más tiernos e instructivos en que se ocupan los fieles.

—La mañana del Miércoles Santo la consagran los cristianos latinos que visitan en la Semana Santa a Jerusalén, a recorrer en peregrinación diversos lugares sagrados, dentro y fuera de la ciudad. Al romper el alba ascienden al Monte Sión; allí existe un pequeño y humilde templo, bajo la custodia de un santón musulmán; la estancia principal de ese templo es una sala sencilla que determina el sitio donde el Rey David depositó el Arca de la Alianza, y donde muy luego descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Desde Sión dirígense los peregrinos a la llanura, y ya se detienen en la gruta de la Agonía, ya en el huerto de los Olivos, ora en el sitio donde Judas vendió a su divino Maestro, bien, por

último se internan en el valle de Josaphat.

Al mediodía tornan a la ciudad y a las tres de la tarde acuden al templo a celebrar el oficio de las Tinieblas. Entonces resuenan en las naves los dulces salmos de David y los melancólicos trenos de Jeremías, y entonces, al terminar el *Benedictus,* atruena el templo, como en nuestras iglesias, ruido estrepitoso de carracas y otros instrumentos de tan grato sonar como ellas, manejados briosamente por los fieles, y sobre todo por las turbas infantiles, que llevan en esta ceremonia la mejor parte.

—El Jueves Santo es un gran día en Jerusalén para los cristianos latinos. Gracias al privilegio que les toleran los griegos, armenios, maronitas y coptos, campean ellos solos por sus respetos en el templo del Santo Sepulcro todo el día y la primera mitad del viernes siguiente.

Entre tanto, las demás comunidades elevan un modesto altar en una plataforma del atrio, y allí ofician al aire libre sus prelados. Y son de ver entonces las calles inmediatas, y las ventanas, azoteas y terrados de las casas y los conventos más próximos: todo aparece cuajado de peregrinos que presencian la ceremonia piadosa y pacíficamente, sin ruidos ni desórdenes.

A favor de esta circunstancia, el interior del templo aparece triste, casi solitario y silencioso, cual conviene a la austeridad del culto. Los latinos, que figuran en número muy escaso, celebran los oficios con arreglo al ritual de nuestros templos; después de la misa solemne y pausada, a la que asisten algunas mujeres árabes, comulgan los fieles; seguidamente se verifica la procesión de la Sagrada Forma, en torno del Sepulcro y de la piedra de la Unción, y terminada esta ceremonia, reciben los fieles la bendición patriarcal. Los oficios de la mañana han terminado.

A las dos de la tarde es el Lavatorio. Descálzanse doce peregrinos de diferente nacionalidad, si es que los hay, y el patriarca, acompañado del diácono y del subdiácono, les lava un pie a cada cual, imprimiendo en él un ósculo.

Después del Lavatorio se cantan las tinieblas.

Y no hay más el Jueves Santo.

—Dice el poeta mexicano Marcos Arróniz en el grandioso aniversario del cristianismo:

A LA MADRE DE DIOS

Mística estrella de sin par blancura,
Arca de alianza entre el Señor y el hombre,
Fuente copiosa de divinas gracias,
¡Célica Virgen!

Oye benigna mi sentido canto,
Eco apacible de mi blanda lira;
Lleno de fe sus armoniosas cuerdas
Lánguido pulso.

Blanca es tu sien como nevado lirio,
Blondo y sedeño tu cabello hermoso,
Tu hábito puro me recuerda a veces
Céfiro tenue.

Miro en tus ojos de dulzura extrema
Sacro candor, benevolencia suma,
Siempre radiando como en clara noche
Fúlgidos astros.

Cándida luna que en el cielo brillas,
Nítida luz sobre mi sien derrama,
Rápida ahuyenta de mi vida loca
Lúgubre sombra.

Sacra paloma de rizada pluma,
Moras alegre en el Edén divino,
Siendo tu arrullo del Señor potente
Férvida gloria.

Rosa gallarda de matiz risueño,
Faro brillante, relicario santo
Donde atesora las virtudes puras
Plácido el cielo.

Vates sublimes, acordad amantes
Vuestras ebúrneas, deliciosas liras,
Presto entonando a la sencilla Virgen
Sáficos himnos.

Vuestros pinceles empuñad, pintores
Torpes beldades olvidando ahora,
Fieles copiad de nuestra dulce Madre
Púdicas formas.

Músicos tiernos, imitad alegres,
Céfiros gratos, rumorosas fuentes,
Antes de alzar en alabanza suya
Músicas blandas.

Queman los templos en tu honor la mirra,
Cantos te brindan las canoras aves,
Nardos las vegas, y los altos cielos
Diáfanas nubes.

Yo te dedico ¡Sacrosanta Virgen!
Flébiles sones de mi humilde plectro,
Estos que brotan de mis yertos labios
Tétricos ayes.

La Opinión Nacional, Caracas, 4 de abril de 1882

[2]

—Muchas muestras de cariño tiene recibidas la reina Victoria, después del atentado en que corrió peligro su vida: mas se dice que ninguna le ha conmovido tanto como esta carta que le envió una niña, y que dice de este modo:—"Mi querida reina: mi papá acaba de llegar a casa, y dice que un mal hombre intentó matar a V. Gran malvado debe ser ese, que ha querido matar a una reina tan buena. Yo espero que lo castigarán. Papá dice que debe estar loco, y yo creo que debe ser el hombre más loco que ha vivido jamás. Estoy contentísima de que no haya hecho a V. daño, y así están también papá y mamá. Buenas noches, y que Dios bendiga a V.—Edith El[l]iott." La reina quiso que al punto fuese contestada la linda carta, y esta fue la respuesta: "el capitán Edwards ha recibido la orden de la reina de dar gracias a la señorita Edith Elliott por su cartica bondadosa y expresarle la alegría que Su Majestad sintió al leerla."

—Acaba de presentarse a la Academia de Inscripciones en París la más antigua inscripción latina. Fue hallada, con el vaso en que se la lee, que es vaso de cenizas humanas, en el valle de Roma que separa el Quirinal del Viminal. Es lo raro de la inscripción, escrita en el tosco latín primitivo, que no está escrita, a la usanza romana, y a la nuestra de izquierda a derecha, sino de derecha a izquierda, y dice: "¡Oh, tú, Júpiter, o cualquier Dios a quien sea yo ofrecido! que este muerto no caiga en tus manos a causa de sus faltas: consiente en dejarte conmover por esta ofrenda, y por las plegarias que te dirigimos. Dzenos me ha ofrecido para su beneficio: que de mi no le vaya a venir mal." Dzenos es el nombre del muerto, y el que habla en su nombre a los Dioses es el vaso que contiene sus cenizas. El vaso es de los tiempos de Apio Claudio, cinco siglos más allá del comienzo de la era cristiana. No se conoce, en inscripciones del Lacio, nada más antiguo.

—Túnez se ha hecho famoso, e interesa cuanto de él se cuenta. El caballero Hesse-Wartegg, que es gran viajero, ha publicado un libro en que describe la tierra y gentes tunecinas. Llaman a Túnez "El albornoz del Profeta" porque sus montones de casas blancas y brillantes, serpeadas de estrechas callejuelas, le dan de lejos la apariencia de un manto colosal, tendido en pliegues de los cerros al mar. Aquella es la ciudad de las razas mezcladas y de las costumbres antiquísimas. Llámase el bey, Mohaumed-Es-Saddock, y viste de militar europeo, y cubre su cabeza, tipo rudo de las cabezas del Oriente, con un gorro de Fez. El que fue su gran visir, Mustafá Ben Ismail,

hijo de un barbero, es ahora un joven de hermosísima figura y grandes dotes intelectuales, que se explica con vivacidad y juicio sumos. A las veces con vivacidad extrema, porque se cuenta de asesinos juzgados en breves minutos, y ejecutados tras la última palabra de la sentencia, dentro de los muros mismos del palacio. Tiene el bey harén muy lleno de esposas, de que cuida poco, y es Túnez tal, que a poco de ver las mujeres de un harén, se ve una ceremoniosa boda de judíos, los cuales son muy ricos en Túnez, mas no en la fidelidad de sus mujeres, de cuyos hábitos inmorales se quejan grandemente con asombro de los viajeros, que observan gran castidad y compostura en las mujeres de las colonias hebreas. Mucho, y muy amenamente, habla el libro de la ciudad de Kairuán, toda llena de mezquitas veneradas y de palacios bellos y ruinosos, que hoy son, no ya moradas de sacerdotes y patricios, sino cuarteles de los invasores franceses. Parece Kairuán un paisaje del pintor español Rico, o del italiano Pasini, con su cegador cielo azul, sus muros tejados, sus paredes en que entra la luz por celosías de piedra, sus rosales, que se encaraman, cargados de rosas, por encima de los muros.

—En 10 000 libras esterlinas cada año ha aumentado el Parlamento inglés la pensión del príncipe Leopoldo, hijo de Victoria, que va ahora a casarse con la princesa Helena, a quien el Parlamento ha señalado una pensión anual de 6 000 libras.

—Inglaterra ha echado al mar un buque extraordinario, forrado de acero, de torrecilla niquelada y quilla doble, que se llama *Colossus.* Pesa 9 146 toneladas, y tienen sus máquinas fuerza de 6 000 caballos. Es poderosísimo el nuevo blindado, que ha estado en construcción no menos de ocho años. Tiene en el centro una ciudadela armada. Mide de popa a proa 325 pies, y de babor a estribor 68. Carga los más nuevos y mejorados cañones.

—Publica el *Sun* de Nueva York una estadística curiosa, por la que se ve que hay en el Senado de los Estados Unidos 57 abogados, por cinco banqueros, tres empleados de ferrocarril, tres comerciantes, tres fabricantes, dos mineros, dos negociadores, un hacendado y un periodista y tres políticos de oficio. Pero aún llama la atención la gran suma de abogados en la Cámara de Representantes, donde llegan a 195, a los cuales hacen compañía 19 políticos de oficio, diecisiete comerciantes, doce periodistas, once agricultores, diez fabricantes, cinco médicos, tres empleados de ferrocarril, y nueve entre ingenieros, mineros, mecánicos, clérigos y capitalistas.

—No es París solo la ciudad de los panoramas, sino Berlín, que ya quiere imitarla, y ha

enviado a artistas a que hagan estudios preparatorios en París mismo, en Bruselas y en Frankfurt. Dícese que tiene objeto político, y que representará lances de la guerra contra Francia, aprovechando así en daño de Francia la idea francesa, que ha sido la de llevar, como llevamos contado, de las escenas más gloriosas de la guerra última sus tres panoramas artísticos y pintorescos, que parecen cuadros del ruso Vereschaguin por lo vivos, coloreados y terribles. Vereschaguin, como el español Goya, es enemigo de la guerra. Este, que fue pintor de la corte mezquina de Carlos IV, dibujó en aguafuertes famosas los espantos de aquellos días de mayo, en que murieron Daoiz y Velarde, y cayó Madrid en manos de franceses. Vereschaguin estuvo en las batallas del Afganistán, y en aquella bárbara de Plewna, en que todo el campo fue rojo, y hubo cerros de muertos. Esas son las crudezas que pinta.

La Opinión Nacional, Caracas, 12 de abril de 1882

[3]

—Se ha hablado tanto del juramento del diputado Bradlaugh, el librepensador inglés electo dos veces miembro de la Cámara, que se negó a prestar el juramento de uso en que va implícita la creencia en la existencia de Dios—que viene a cuento el recordar los modos de jurar en las naciones principales—. En Baviera dicen: Ayúdeme Dios y su santo Evangelio. En Dinamarca: Ayúdeme Dios y su santa palabra. En Grecia se jura en nombre de la Santa, consustancial e indivisible Trinidad. En Portugal, por los Santos Evangelios. En España dice así la respuesta al juramento: Dios os lo premie, y si perjuráis, Él os lo demande. En Prusia, júrase por Dios Todopoderoso y Omnisciente. En Serbia, que es tan pequeña tierra, se hace juramento grande: por un Dios, y por todo lo que es sagrado en esta tierra y más querido juro, y ayúdeme Dios en este mundo y en el otro. En Suecia y Noruega, prométese que será tan fiel al juramento como es seguro que Dios salvará el cuerpo y el alma del que jura. En Suiza, se jura en la presencia del Dios Todopoderoso. En los Estados Unidos se comienza: "Solemnemente juro" y se termina "Ayúdeme Dios". En Francia, Rumania, en el Parlamento Alemán, y en el de Suecia y Noruega, los diputados no tienen que hacer juramento, ni afirmación, ni protesta alguna. En Austria, si no quieren jurar, prometen; y en Suiza, juran o afirman, si no quieren prestar juramento religioso.

—Ha muerto en Constantinopla uno de los hombres más notables de la Turquía moderna. Se llamó Ruchdi Pachá, y fue hombre de estado y autor de libros. Nació en Constantinopla, en 1819, de padres pobres; sirvió de soldado; aprendió francés sin maestro; y recibió del sultán Mehmond el encargo de traducir del francés al turco varias obras militares. Aquel soldado humilde estaba a poco organizando los ejércitos de su nación; y fue general, y ministro de la Guerra y hábil diplomático. En verdad que aprendió francés a tiempo. Cuando murió Alí Pachá, fue él el Gran Visir.

—En luchas políticas pasó después su vida, en el destierro unas veces, y en el poder otras. No duran más los ministros del Califato que los de otros reinos, y repúblicas, y Ruchdi, que fue una vez de embajador a Londres, entró y salió a menudo en el ministerio del Sultán. Por grande en el consejo y bravo en la batalla le tenían los turcos. Es famosa en Turquía la orden del Medgidie, y Ruchdi, entre otras muchas condecoraciones extranjeras, ostenta en su pecho la orden famosa.

—Un año ha, se habló mucho del procedimiento con que Lacerda, un médico brasileño, cura las mordeduras de las serpientes. Con menjurjes de yerbas, cuyo secreto no quieren entregar a los hombres blancos, curan las mordeduras de las víboras los indios hondureños; pero Lacerda usa una solución acuosa de permanganato de potasio. Ocúpanse ahora los médicos de la Academia de París del método del médico brasileño, y hallan que en verdad tiene el permanganato condiciones antisépticas, y que si se le inyecta sin tardanza en todo el trayecto de la mordedura, neutralizará el efecto del veneno; lo que ha de hacerse al punto, porque, si hay demora en hacerlo, ya será ineficaz el permanganato. Explican esto porque el veneno penetra por embebimiento o efracción en los tejidos con gran rapidez, en tanto que la solución después de haberse extendido en una capa delgada y circunscrita al tejido celular, penetra difícilmente en los músculos y no tarda en descomponerse, y en quedar inerte, a menos que no determine abcesos. En cuanto a inyectar la solución en las venas, opinan los académicos que eso puede intoxicar pasajeramente a los animales grandes, y provocar en los pequeños accidentes prontamente mortales; en cuyo caso, el tratamiento es peligroso o inútil, porque si el veneno se ha mezclado a la sangre, los síntomas generales se han manifestado, y el resultado de la lucha entre el veneno y el organismo no sería modificado por la intervención del permanganato. Como resumen de estos exámenes, creen los académicos que no debe recomendarse de una manera general el empleo del permanganato de potasio contra las mordeduras de serpientes.

—Muybridge, el fotógrafo de California, que anda ahora por Inglaterra, donde aplaudió mucho una lectura suya el Príncipe de Gales, retrató a un caballo galopando y a una golondrina volando. Un joven químico y fotógrafo alemán Richard Jahr, acaba de obtener, con asombro de los fotógrafos, el primer retrato a la luz de la luna. Fotografías de la Luna hay, pero no de paisajes a la luz de ella: los que así se venden, son tomados al alba, e impresos en oscuro. Jahr eligió como primer objeto de sus experimentos la bóveda en que en el Cementerio de Lakeview (vista del Lago) yace Garfield. Tomó la primera noche la vista, en una plancha gelatino-bromidea, que es muy sensible, y fotografía con rapidez quince veces mayor que cualquiera otra lámina; mas la tuvo expuesta tres horas y media, y no obtuvo el retrato. Y así la segunda noche. Mas no la tercera, en que tomó la vista, tuvo expuesta la plancha a la luz de la luna siete horas, y alcanzó una imagen perfecta, que es por cierto una fotografía peculiar. El cielo es muy blanco, y

los árboles negros. Se ve bien la bóveda, y que se tomó la vista a la luna, porque la sombra cae en dos direcciones. Dicen los que han visto la fotografía que el contraste de la luz y la sombra es en ella sumamente hermoso. Y Jahr anhela que vengan días de estío, en que la Luna brilla espléndida, para alcanzar mejores copias; y dicen que habrán de ser bellísimas las que se hagan en tierras tropicales, donde es la noche nuevo día. ¿Por qué no prueban nuestros fotógrafos a copiar paisajes de nuestro valle arcadiano, en esas noches caraqueñas no igualadas, en que la naturaleza hace gala de su hermosura, y se alza la Luna serenamente, con su luz penetrante, límpida y majestuosa?

—A gran curiosidad está moviendo el próximo Congreso de Moscú, que ha de preceder a la Exposición de industrias rusas que se prepara en la ciudad histórica, que se mira aún como cabeza natural del Imperio a pesar de la existencia de la rica San Petersburgo. Irán al Congreso representantes comerciales de todas partes de Rusia. Todos los regidores de ayuntamiento, todos los miembros de las Asambleas provinciales, serán invitados, de modo que se espera que el Congreso de Moscú sea tal como jamás lo ha habido en Rusia. Se examinarán en él cuidadosamente las industrias nacionales, se sugerirán mejoras en las fundiciones de hierro, en la explotación de las salinas, en los pozos de nafta. Se tratará del establecimiento de fábricas de cuero, de algodón, de lana y de seda; del mejoramiento de la producción del azúcar y del tabaco; del empleo de las mujeres en las fábricas; de las reformas que requiere el sistema de aduanas; el de monedas y el de comercio con otros países; de la construcción de nuevos ferrocarriles, nuevos canales y nuevos muelles; del mejoramiento del servicio de correos; de la fundación de tribunales de comercio, y escuelas técnicas y bancos de ahorro para trabajadores. Basta enunciar las materias que han de discutirse para imaginar los beneficios incalculables que los juiciosos rusos sacarán de este ejemplar Congreso.

La Opinión Nacional, Caracas, 15 de abril de 1882

[4]

—Brilla entre los poetas jóvenes de Buenos Aires, Alberto Navarro Viola, el laborioso publicador del *Anuario Bibliográfico*, de que *La Opinión Nacional* ya ha hablado a sus lectores. Es Viola, a lo que resulta del elegante libro en que acaba de publicar sus versos, con el título modestísimo de *Versos de Alberto de N. Viola*, uno de esos poetas a los cuales, con palabra impropia, pero gráfica, pudiera llamarse poeta humanitarista. Defiende en sus rimas sus ideas políticas; se vale de sus versos para flagelar a sus adversarios; composiciones enteras parecen, con gran daño de la poesía por de contado, artículos de vehemente polémica. Una generosa indignación, y una loable impaciencia de derribar todo lo inútil, avaloran a trechos el libro, que, en cuanto a su esencia poética, adolece del mal que llevamos apuntado, que es mal grave; y en cuanto a su forma, que en algunos instantes sorprende e impone, es justicia decir que afea en gran manera la obra del poeta el uso de ese lenguaje híbrido e informe, nacido de mezclar sin cordura el francés y el castellano, con un tanto de inglés, que está por desventura en boga en Buenos Aires. Es tan rico el castellano, y tan varias sus fuentes y tan amplios sus modos de derivar y acomodar, que puede serse a la vez un gran innovador y un gran hablista. Pero, a diferencia de la prosa de Navarro, que es culta y airosa, aunque salpicada de esas extravagancias, el lenguaje de los *Versos*, es como el del *Nacional,* y otros diarios estimables del Plata, un verdadero dialecto. Viene esto en parte al libro del poeta de que, siendo rayanos de la prosa muchos de sus asuntos, sus versos son por fuerza desmayados, violentos y prosaicos. Una parte del volumen, que es la primera, y debe serlo, está dedicada por el poeta, con el título de "El alma desolada" a lamentar la ausencia de su madre muerta, y es la mejor parte del libro, porque se la ve nacer de hondo, por lo que el lenguaje mismo, como que se amoldaba sin esfuerzo a ideas naturales y sinceras, no aparece tan contrahecho como en el resto del volumen. Hay en "El alma desolada" arranques hermosos. "Cantos" se llama la otra parte del libro, que es la que pudiera llamarse humanitaria, por tratarse en ella de grandes problemas humanos. Los que dedica el poeta al Dante y a Giordano Bruno, son los mejores de estos "Cantos": de los que el que entona al Dante comienza de manera loabilísima, y está traducido al italiano, y el de Bruno, valeroso y ardiente, está vertido a lengua portuguesa. Y hace tanto el buen lenguaje a

la idea buena, que ambos cantos son mucho mejores en sus traducciones, en que aparece el generoso pensamiento del poeta en forma propia y límpida, que en los originales, en que la forma desmañada e incorrecta desluce el vigor y majestad del pensamiento. Es la última parte del libro, y merece ser la última, una en que el poeta cuenta los lances personales de un amor no afortunado, bajo el título “A la distancia”. En cosas de amor, no han de cantarse sino aquellas que, por ser de esencia humana, aunque parezcan sencillas, pueden interesar a los hombres: mas [no] aquellos incidentes peculiares y mínimos, que solo tienen valor para aquel a quien se relacionan, a quien pueden parecer cosas importantísimas, por la importancia que para él tienen, cuando a sus lectores parecerán sucesos nimios, no merecedores de alabanza ni censura pública. Navarro es un espíritu generoso, y una mente clara, y siente poéticamente.

—Cuando se leen los diarios de Madrid, suele hallarse en ellos unos buenos artículos que tienen de grave y de chispeante, en que se juzga con buen sentido y gracia los dramas que se representan y los libros que se publican en la Corte, los cuales artículos llevan la firma de un “Clarín”, que es el nombre de batalla del buen crítico Leopoldo Alas, amigo de Echegaray, a quien Alas tiene en mucho, y que ha puesto prólogo a su libro, que lleva por título *Solos de Clarín,* y ofrece gustosísima lectura. El estilo de Alas es llano y risueño, y escribe como buen hablador de la Cervecería Inglesa, que es en Madrid cervecería a donde van los cultos, o como hablan las gentes letradas en las noches de estreno en los pasillos del Príncipe. Su crítica es sensata y generosa; y saca a lucir lo bueno, antes de censurar lo que halla malo. Es tan ingenioso como Armando Palacio Valdés, otro escritor joven, y más profundo. En ese libro de Clarín hay juicios de Pérez Galdós, a cuya delicada *Marianela* y a cuya hermosísima *Gloria* que son libros que debieran estar en todas las manos, encomia calurosamente. Hay juicios de Valera, de Campoamor, de Echegaray, de Alarcón, de Pereda, que es novelista bueno, de Pelayo—de cuya erudición se pasma, de Tamayo, de Cano, de Sellés, de Blasco, en suma de cuantos tañen lira; y manejan la careta cómica, o el puñal dramático, o la sutil novela psicológica que está ahora en boga en España. Y cada autor está allí como es de veras, y lo llano del lenguaje de Clarín no obsta para que con él, como con cuchilla de cortante acero, vaya sajando y cerrando y purgando por los libros, hasta dar con

la razón real de ellos, y poner en claro su propósito, y sacar a luz sus elementos verdaderos. Hay también en el libro buenos artículos fantásticos, que hacen reír y pensar, lo que es en verdad doble e inestimable beneficio. Está escrito el libro entero en esa retozona y precisa lengua madrileña, a que sobra sin duda un poco de familiaridad, como sobra presunción y arrogancia pueril a la lengua de París, pero que a ninguna otra tiene que envidiar en espontaneidad, en espíritu y en sales. Y no vaya nadie a creer que espíritu está aquí por traducción de *esprit,* aunque pudiera estarlo, y no estuviera mal, sino por espíritu. Esa lengua de Madrid rebosa alma. Es como burbujillas de vino generoso, como miradas de andaluza, como secretear tras de abanicos. Tiene de chisme, de gravedad, de galantería y de atrevimiento. Es una hermosa lengua pagana. Es la del libro de Clarín, la de Ramón Correa, y la de Palacio Valdés.

La Opinión Nacional, Caracas, 17 de abril de 1882

[5]

—No hay nada más útil que desear conocer la formación de nuestro mundo, y sus cambios y épocas, y las relaciones de los objetos que lo pueblan, y la transformación de unos y otros, que es tan ordenada y maravillosa que hace creer que empieza en roca dura el ser humano que se pierde a los ojos de los hombres cuando deja frío y exánime, para casa de gusanos, el cuerpo que habitó. Pero no hay nada más peligroso que repetir como verdades indudables, por parecer personas sabihondas y muy al nivel de los últimos descubrimientos, todo lo que afirman los hombres de ciencia, los cuales hacen alarde por cierto de tener en poco la imaginación, al mismo tiempo que se sirven grandemente de ella para poner vértebras a sus esqueletos científicos, en que pintan a veces un esqueleto de megaterio con un maxilar de mono capuchino y una costilla de ballena. ¿Quién no ha visto en mapas y en textos de Geografía y Geología las formas diversas que gran parte de los geólogos suponen que ha venido presentando la tierra? ¿Quién no recuerda haber visto en esos mapas flotando como islas en mares inmensos, los que hoy son picos de montañas que se elevan, evaporadas ya las aguas, en la tierra seca? Pues ahora publica un científico inglés, Alfredo Wallace, que es hombre de nota, un estudio sobre "la permanencia de los continentes y los océanos",—y en ese estudio mantiene, contra la teoría generalmente aceptada, que la distribución de la tierra y el agua no ha sido materialmente distinta de como es ahora, y que los contornos principales de los mares y los continentes son hoy como siempre han sido.

—Julio Scholl, escritor suizo celebrado, acaba de publicar un libro contra la vivisección. En ese libro que se llama *Tened piedad!* afirma que la práctica de hacer experimentos científicos en animales vivos, lleva a los hombres a "una embriaguez de crueldad habitual". Hay ahora en Europa un movimiento vehemente en contra de la vivisección. Nadie ignora que a este método se deben descubrimientos grandes en la fisiología, que han ocasionado más beneficios que males causa el adquirirlos en las entrañas palpitantes de animales vivos. Pero la práctica, aunque beneficiosa, es cruel y repugnante; y aunque útil para los hombres, injusta a todas luces para los animales. Tal pudiera antojarse a una especie de seres vivos más fuertes que nosotros, hacer en nosotros, y en nuestros cuerpos humeantes, experimentos que le fueran útiles. La Sociedad Danesa de protección a los animales ofrece premios para el

mejor trabajo sobre la posibilidad de reemplazar en los experimentos de los vivisectores por animales recientemente matados los animales vivos que hoy usan.

—Murieron de hidrofobia muchos desventurados en el verano de 1881 en París, y el departamento del Sena encargó a un médico que propusiese las medidas más importantes para la prevención del contagio de ese mal, ciertamente terrible. Ya el médico las ha propuesto. Recomienda que no se absorba la herida hecha por la mordedura, sino que se la lave muy cuidadosamente, procurando sacar de la herida la mayor cantidad de sangre posible, y se rodee luego el miembro herido con una ligadura que cubra el lugar de la mordida,—todo lo cual ha de ser hecho en el instante mismo del accidente. Luego es preciso cauterizar con un hierro candente la mordida, y profundizar en el cauterio cuanto se pueda: con pasta de Viena, con cloruro de zinc, o con "beurre d'antimoine" se cauterizará, cuando no haya hierro candente. Cree el médico que para este mal son ineficaces las cauterizaciones con álcali, con fenol, o con tintura de árnica.

—París va a celebrar el año próximo el centenario de la invención de los globos: de sobra se sabe que estos fueron inventados por los Montgolfier, y que el año de la invención fue el de 1783. La Exposición con que París va a celebrar este centenario se llamará de "Artes aéreas", e incluirá los productos de todas aquellas ciencias, industrias o artes que dependan algo del gas o de la atmósfera, y tengan alguna relación con los experimentos aerostáticos, con tanto afán seguidos ahora en Alemania y en Francia. De Alemania ya hemos dicho otras veces que hay una sociedad formada para favorecerlos.

—Un escritor de Dinamarca, cuyo nombre es Sophus Schack, acaba de publicar una obra sobre la fisonomía, en la cual mantiene, entre otras curiosas teorías, una que viene siendo repetida desde épocas pasadas: el danés cree que de repetirse los matrimonios entre parientes cercanos, los hijos que al cabo de cierto número de estas uniones nacen, tienen un rostro tal que hace creer que en vez de ascender de la raza simia, como quieren algunos naturalistas, vuelven a ella. Sophus Schack intenta demostrar esta teoría, y este tipo de mono que tras esos matrimonios viene a ser el de los hombres que nacen de ella, con varias series de retratos auténticos de los miembros de diversas familias.

—Ni Dinamarca ni Alemania permiten la lectura de ciertas novelas de Zola en sus dominios.

La Opinión Nacional, Caracas, 18 de abril de 1882

[6]

—Flammarion, el que cuenta en estilo tan animado, rico y palpitante las maravillas del aire y las cosas del cielo, ha comenzado a publicar en París una revista mensual, destinada, como todas sus obras, a explicar llanamente los problemas más hondos de la ciencia: su revista se llama *L'Astronomie.*

—Entre los modernos exploradores de países desconocidos,—de los cuales hay nombres como los de Livingstone, Stanley y Du Chaillu ya célebres,—se distingue un viajero francés, Georges Révoil. Una de las últimas comarcas que ha explorado es la de los temidos somalíes. Los somalíes son los habitantes de unas ásperas e infecundas montañas cercanas al Golfo de Adén, allá en el nordeste de África. Es su color pardo oscuro, mas no tienen el pelo crespo y lanudo, sino erizado, y su rostro no es belfudo ni incorrecto, sino de facciones regulares. Aunque son mahometanos, obedecen a gran número de supersticiones que les son propias, contrarias a la ortodoxia del Profeta, al cual no acatan las mujeres de la tribu, que toman parte en los negocios de la vida, y no se velan el rostro, como el Profeta manda. Mas no se atreven a desobedecer por completo a Mahoma, y cuando hablan con un extranjero cubren su boca, como con un abanico, con sus dedos abiertos, o se aprietan la nariz entre dos de sus dedos. Cosa de griegos parece el traje de las mujeres, que es una túnica agraciada que deja desnudos un brazo y un lado del seno, y se recoge por un broche sobre el hombro opuesto. Viéndose los utensilios que en sus casas usan, parece que se ve un museo de objetos prehistóricos, como si, en vez de ser cierto que la especie humana se ha ido desenvolviendo por épocas en todas partes simultáneas, y por edades rigurosamente subsecuentes, lo cierto fuese que cada vez que el hombre aparece en una parte de la tierra antes no habitada, comienza a vivir en la edad primitiva, aunque los demás pueblos de la tierra para él ignorados, que ya existen de viejo, vivan en edad mucho más avanzada. ¿Viven acaso los indios del Orinoco en la misma edad histórica que nosotros, que estamos viviendo al mismo tiempo que ellos? Los somalíes aman con pasión los ornamentos, que embellecen sus útiles y sus vestidos, no llevan los aretes como nuestras mujeres, en la parte inferior de la oreja, sino pendientes de su borde superior. Y aunque tienen fama de terribles, el viajero Révoil dice que en la vida de familia son benévolos y hospitalarios, que aman y respetan a

los extranjeros que les inspiran confianza, y que es notable, el cariño tierno y la reverencia con que miran a los idiotas, a los locos, y a los ancianos.

—Acostumbra el *Truth* de Londres dedicar elegantes e ingeniosos artículos a cosas de modas, de manera que llega a hacer de ellas, no fruslerías indignas de que pongan los ojos en ellas gentes serias, sino casos de arte. Y como los discute *Truth* en artículos de muy bella forma, viene de ello que las damas, por leer modas, leen un trozo de literatura excelente. Al azar tomamos un párrafo de uno de esos últimos artículos: "Aún se cortan los chales de cachemira en polonesas, para usarlas sobre suntuosas sayas de terciopelo, que es casi siempre negro, y suele ser castaño, o de algún color oscuro que cace bien con el de la cachemira. Aún no saben las damas inglesas envolverse graciosamente en chales. Es de ver a una mujer de Francia cómo se envuelve en ellos sin esfuerzo, y como si 'obedeciese a una especie de instinto.' Parécenos que es en los hombros de nuestras damas en donde está el mal; e importa saberlo; para poner en donde el mal esté, el remedio. Y por eso desfiguran esos chales maravillosos, y usan de ellos como de tela de cortar."

—Afirma el director de un colegio mixto de niños y niñas en los Estados Unidos del Norte, que por lo menos en lo que él ha observado en doce años en el colegio Swarthmore, no hay diferencia alguna en la capacidad intelectual de los niños de uno y otro sexo, sometidos a la misma educación y sistema, y a las mismas influencias exteriores. Por igual y con estricta justicia, se han tenido que repartir los premios del colegio entre niños y niñas, y cuando ha habido exceso de alguna parte, ha sido en favor de las niñas. Para ese observador, no hay más diferencia por razón del sexo entre sus alumnos, que por razón del color de sus cabellos, en cuanto se les considere por sus capacidades como alumnos. Cree que si los niños aprovechan grandemente del trato de las niñas, de las cuales adquieren perspicacia, generosidad y dulzura,—a las niñas es aún más útil el trato de los niños, que las libra de ese encogimiento, falta de trato y desconocimiento del espíritu de los hombres que suele causar luego tan grandes e irremediables infortunios en su vida.

—Tiene Chile un árbol muy curioso, que se llama *Quillaja saponaria,* cuyo tronco se usa por los fabricantes de lana y sirve como jabón, que declaran excelente. El agua en que se hace hervir un trozo de la quillaja remueve al punto toda mancha de grasa. Usan también de

la quillaja en fricciones para el cabello, y para encabezar algunos licores, a los que añade aparente consistencia.

La Opinión Nacional, Caracas, 20 de abril de 1882

[7]

—De la última apuesta de los caminadores en Nueva York habló a nuestros lectores una de nuestras últimas cartas de aquella ciudad. Los apostadores remataron al fin su compromiso, y todos anduvieron en seis días, en torno a la barrera de un gran circo, quinientas veinticinco millas, y uno hubo, un inglés huesoso y macilento, que anduvo en los seis días seiscientas millas. Ya al fin de la carrera, no parecía que alzaban pies, sino troncos. No se alcanzaba a ver en sus rostros expresión de espíritu. Uno de ellos se arrastraba, con los ojos cerrados, enjugándose con las manos demacradas la frente sudorosa y fría. Otro, un negrito de Haití, de faz de malhechor, andaba con elegancia y firmeza extraordinaria: le llenaban las manos de regalos y de flores. A otro lo ponían en pie tambaleando sus crueles enfermeros, y lo echaban a andar como a una bestia. Pues la empresa que tomó a su cargo manejar este espectáculo, dio cuenta de haber recogido en él $45 674, de los cuales $6 335 le vinieron como alquileres de los vendedores que pusieron sus tiendas en el circo; y el resto por el producto de las entradas de los concurrentes a la exhibición, que llegaron un día a dejar en el despacho $10 618, y que en ninguno de los seis días del espectáculo dejaron menos de $5 000. De esos dineros, con $6 000 se quedó el empresario manejador por su trabajo y riesgos, $18 000 fueron puestos aparte para pagos de gastos, en lo que por de contado aprovechó también el empresario, y $21 000 fueron repartidos a prorrata entre los apostadores.

—La esposa de Michelet fue para este maravilloso poeta de la prosa,—cuyas obras leemos por desventura en Caracas, más que en francés en abominables traducciones barcelonesas,—una perfecta compañera, que lo amaba con ternura, le hacía suave la vida, y le prestaba ayuda real en la preparación de los materiales copiosos que necesitaban aquellos libros esenciales, sintéticos y juzgadores que Michelet escribía. Luego que su esposo ha muerto, trabaja en sus libros y por la fama de su compañero, con ardor más vivo que cuando él vivía. Ahora mismo acaba de publicar, por la casa de Delagrave, de París, un *Resumen de la Historia de Francia,* en que la escritora ha concentrado el texto primitivo de la hermosa historia que escribió su esposo, sin desnaturalizarlo ni desfigurarlo. Como vivió en identificación dichosa con el espíritu de su compañero, y está dotada de inteligencia grande,

su estilo conserva las cualidades singulares del de Michelet: el movimiento, la vida, el color, el poder de generalización, el inimitable esmalte. El *Resumen* tiene aquella precisión, aquella erudición, y aquel rebose de poesía que hacen tan bella la *Historia* original. Hállanse en el *Resumen* todas las grandes peripecias de la nación francesa, las luchas heroicas de los galos y los romanos, en que el vencido Vercingetórix fue más grande que el vencedor César; las invasiones huracánicas de los bárbaros; la resistencia que los francos rudos y gloriosos opusieron a los sajones, a los hunos, a los sarracenos; la formación sombría y sangrienta del feudalismo, resultado natural de aquellas guerras, y de tener que vivir en fortalezas, y darlas al caudillo bravo o cruel que libraba a los naturales de los bárbaros. En el *Resumen* están las luchas trabajosas y enconadas de los señores feudales y el poder real; la victoria de este al cabo con Luis XI; la influencia del genio torvo y organizador de Luis XI en los destinos de Francia; las ambiciosas tentativas y proezas belicosas y políticas de Enrique IV, de Richelieu y de Mazarino; el apogeo y decrecimiento de la monarquía; y la Revolución, que parece que con un brazo colosal sacude al mundo, lo alza y lo deja, en la montaña que remata en la síntesis eterna, en un lugar más alto que el que antes de la Revolución ocupaba el mundo de los hombres. Esa es la lucha moderna: la lucha entre los espíritus medrosos, que incapaces de sufrir la luz de un sol más vivo que aquel a que están habituados, quieren volver a sus covachas de antaño,—y los espíritus bravos y juveniles, a quienes no hace mal la luz del sol. En ese libro de Michelet, y en ese *Resumen,* que es su esencia, y que aconsejamos a nuestros lectores jóvenes que adquieran, el interés es tan vivo que vence, en novedad, variedad, color y gracia, a la más seductora novela. El corazón palpita; los ojos lloran; las manos buscan la espada; los labios condenan, ruegan, bendicen, sonríen. Es esa lectura una serie de impresiones sanas, inolvidables y fortalecedoras. Es un libro de ciencia, que rebosa la ternura de una poetisa, y va adornada con arte exquisito de un poeta. Es él la obra acabada de un espíritu amante. Michelet veía a los hombres con mirada de padre amorosísimo.

La Opinión Nacional, Caracas, 21 de abril de 1882

[8]

—De Longfellow, el gran poeta americano que acaba de morir, están traducidas a todas las lenguas numerosísimas composiciones. Hay una suya, que no está traducida al castellano, y que es un código de vida, bueno de leer, para cobrar de él fuerzas, por los jóvenes, que han de vivir, y por los ancianos, cansados de haber vivido. Es aquella una poesía que cautiva y ennoblece. Parece voz de patriarca y de profeta. Se llama esa composición *Morituri salutamus:* es lo que dice un anciano a los alumnos jóvenes del colegio en que él estudió cuando era niño. Otra poesía de Longfellow en todas partes conocida, es *Excelsior,* verdadero canto de batalla de los humanos. *El salmo de la vida, El día lluvioso, La luz de las estrellas, El esqueleto en armadura, El herrero de la villa, El viejo reloj de la escalera,* son poesías breves, o poemas, como los llaman los norteamericanos, llenos de una tristísima ternura, y de una viril melancolía, que seducen el ánimo y dan a la áspera lengua inglesa en que están escritos una extraña y cautivadora melodía.

—Los viajes por África están en boga entre los franceses. Ahora un cónsul, de nombre Raffray, acaba de hacer un viaje por la apartada Abisinia. Allí ha visto a las gallas raias, que son tribus independientes y bravías, que habitan en la Abisinia oriental. Allí ha visto al rey de la comarca, que vive siempre en medio de su ejército, al cual tiene en perpetua batalla, ya contra un vasallo rebelde, ya contra las tribus independientes, que hallan que vivir bien sin el gobierno de tan rudo monarca. Por allí están los montes Zeboul, que era región desconocida, la provincia de los Bogos, las llanuras del Tigré, la villa de Adoua, el río Geralla, los montes Aladjie, uno de los cuales mide 3 007 metros de altura, y los Debbar, entre los que hay uno de 3 252 metros de alto: en suma, un nuevo caudal para la moderna geografía. Saliendo de esos lugares se llega a la región selvosa y húmeda que rodea al lago Aussa, donde hay árboles magníficos, como nuestros árboles de América, y aroma el bosque el fragante *tsedi,* que tiene del enebro, y se parece un tanto al cedro. El viajero francés vio tres ríos grandes, el Gonlima, el Tacagé y el Tellaré, que corren por entre montes, en cuyas selvas crece una planta especial, el *rhyncopetatum montanum,* que llega a 8 metros de alto, y donde anidan los insectos análogos a los de la zona templada de Europa. Y en la villa de

Lalibela vio el viajero monumentos muy curiosos, y bellos y extraños. Son iglesias monolíticas, talladas en la roca viva, ahuecadas en lo interior, y en lo exterior apartadas como por fosas del resto de la roca. Parece que esas iglesias, que son diez, fueron talladas allá por el siglo V de nuestra era, cuando vivía en la villa el gran rey Lalibela, que le dio nombre, el cual hizo venir de Alejandría de Egipto los obreros talladores. Allí vio el viajero a los obispos coptos, que se llaman abounas, y a los que recibió el rey, rodeado de sus brillantes y apuestos guerreros, con señales de grande ceremonia.

—Italia ha comenzado [a] hacer gran comercio de vinos con Inglaterra. En 1878 vendieron los italianos a los ingleses $306 000 de vinos, y ya en 1880 les vendían una suma doble. Y es que los ingleses saben ya que el vino tinto de Francia que les va con marca de Burdeos, no es de Burdeos, sino vino pobre de España o de Italia, mezclado con infusión de pasas y cosas menos sencillas; por lo que prefieren comprar derechamente los vinos tintos a Italia y a España, donde abundan, y se dan baratos y son buenos. En una torre de Aragón, que en Aragón llaman torres a las haciendas,—tal vez porque los moros, que allí vivieron, remataban con torrecillas sus casas de campo—es fácil apagar la sed con un cuartillo, pues eso vale un gran jarro de vino excelente, que trae a la puerta de su limpia casa una moza fornida, o un honrado baturro, que así llaman a sus campesinos los aragoneses. Y en verdad que es sano y puro el vino de Aragón, como son buenos casi todos los vinos italianos.

—¡Cómo regocija ver a un anciano erguido y trabajador! Víctor Hugo se levanta a las seis de la mañana, y de pie ante un atril ancho, que es como escribe, pone en verso cada día las impresiones que recogió en su paseo matinal; o las que los sucesos agitados de su tiempo, o los libros que lee, dejan en su ánimo. “Aún tengo más que hacer que lo que he hecho,” decía poco ha a un amigo: “Puede tal vez creerse que la edad debilita la inteligencia; mi inteligencia, por el contrario, parece vigorizarse con la edad, y no descansa. Ven mis ojos, a medida que adelanto en la vida, un horizonte más vasto; y moriré al cabo sin haber concluido mi tarea. Varias vidas habría menester para escribir todo lo que mi mente concibe. Jamás acabaré. Ya me he resignado a eso.”

La Opinión Nacional, Caracas, 22 de abril de 1882

[9]

—Un médico de París ha levantado cruzada contra esa carne roja y mal cocida que, por puro afán de imitar a germanos y sajones, suele recomendarse entre nosotros. Por lo que hace al arte, ni el barón de Brisse ni Alejandro Dumas, que eran grandes cocineros, la recomiendan; y por lo que hace a la ciencia, dice el médico de París que esa carne sin cocer está a menudo llena de triquinas, y lleva al organismo los elementos de la consunción y de la escrófula los cuales solo pueden ser extinguidos en la carne, después de haberla sometido a la acción viva y continua del calor, bastante a cocerla a punto que desaparezca de ella el color rojo, que en tanto que persiste, indique que pueden quedar en la carne elementos impuros que irán a afectar todos los tejidos musculares de la persona que coma de ella.

—Brilla entre los poetas jóvenes de Inglaterra uno a quien se augura gran fama próxima. Ya la tiene en su país, y entre los críticos de Europa. Se llama Phillip Bourke Marston. Este poeta, cuyos sonetos sobre el amor y la muerte son obras acabadas, es ciego desde la edad de tres años, y cuenta ahora treinta y uno. Demuestra los extraños poderes de visión del espíritu el penetrante sentimiento de la naturaleza que distingue los versos de Marston, y que le lleva a describir los objetos bellos que mares, tierra y cielos ofrecen, con una frescura y una fidelidad tales que podrían sus versos dar envidia a los pintores. *La corriente del canto* se llama uno de los dos volúmenes de poesías que Marston ha publicado. Prepara ahora el tercero.

—Cuentan de Skobeliev, cuyo renombre de general extraordinario, y ferviente ruso ha dado especial valor al discurso lleno de espíritu invasor, que pronunció en París ha poco, que es en verdad guerrero valerosísimo, que en la guerra de Turquía se lanzaba a la cabeza de sus soldados en lo más recio de las batallas, vestido con su más rico traje de uniforme, lleno el pecho de bandas y cruces, y caballero en un caballo blanco. Este reto diario que su jefe hacía a la muerte entusiasmaba [a] sus soldados. Dicen los que le conocen que es su rostro varonil y hermoso, aunque se ven en él rasgos de astucia aviesa y felina. Ni su ambición, que es grande; ni sus luchas, que han sido fieras; ni su faena de soldado, que no ha sido nimia, han quitado a su rostro su tinte fresco y su expresión viril. Es caballero de salones como de batallas, y es fama que debe a su galantería exquisita tantas victorias en las

ciudades cuantas debe a su bravura en más expuestos y más ingratos campos.

—Interesantísimas cosas a propósito del cerebro y de sus maravillas dijo en una conferencia en New York un doctor Mitchell. El doctor se ayudó en su conferencia de vistas estereópticas, que iban poniendo de relieve lo que él iba diciendo. Dijo Mitchell que el cerebro presidía sobre el órgano de moción, y que podía ser removido de los animales sin privarles de su inteligencia, mas sí de movimiento. Los mismos síntomas pueden observarse en el hombre bajo la influencia del alcohol: si toma el hombre demasiado alcohol, su cerebelo y las celdillas de que se compone rehusan hacer su labor, y el hombre cae. Sin esta influencia activa y directora del cerebro, ni las damas podrían mover las teclas de sus pianos, ni ensartar una aguja. La médula oblongata es la parte más esencial de nuestro cuerpo: si se pasa por ella un cuchillo afilado, la vida desaparece instantáneamente; de ahí el modo de matar a los sentenciados a muerte, en la horca y en el garrote. Sin nervios no podría andar el cerebro, y tiene doce pares de ellos. Los primeros tres son de sentidos especiales: olfato, vista y oído. El nervio olfativo no es muy marcado en el hombre, que lo necesita poco, pero es poseído principalmente por los perros, los gatos y las ratas, y más en estas que en otros animales, y luego de ellas, en los terribles perros molosos, usados un tiempo en los países de esclavos para cazar a los negros fugitivos. En cambio, el hombre tiene más desarrollado el nervio óptico que los demás animales. Dijo el Dr. que si se pudiesen cortar uno de estos dos nervios, o el óptico, no se sentiría dolor alguno, ni causaría más daño que la pérdida del sentido dependiente del nervio cortado. El quinto nervio es el en que reside la sensibilidad del rostro, el cual es nervio muy delicado que produce, cuando se excita, intensos dolores. El nervio neumogástrico es el más importante para nuestra vida: si se le cortase, nuestra respiración cesaría al punto.

—En las soledades de Siberia, en que han estado a punto de perecer de hambre y de frío los bravos tripulantes de la *Jeannette,* el buque norteamericano que fue a explorar el Polo Ártico, hallaron los míseros marinos a un hombre bondadoso, Goosmak Guymakev, desterrado ruso, que desde que descubrió entre las nieves a algunos de la partida extraviada, les dio todo lo que tenía, que era muy poco, y toda su sal, que allá es muy valiosa y todo su alimento, y anduvo quince días entre la nieve por llevar a la ciudad de Belun la noticia del

hallazgo, y cuando los marinos desesperaban ya de volver a verle, vieron venir al desterrado generoso cargado de comida, y de noticias buenas, como la [de] que venía detrás de él amplio socorro. Goosmak halló después a otros dos marinos, e hizo por ellos tanto como por los primeros que halló. Bien dice un diario de Nueva York que merece el desterrado que el gobierno de los Estados Unidos, que está muy agradecido al de Rusia por los esfuerzos que ha hecho para salvar a los tripulantes de la *Jeannette,* pida al zar el perdón del buen Goosmak Guymakev.

La Opinión Nacional, Caracas, 24 de abril de 1882

[10]

—Hay cerca de París una Escuela normal superior de profesoras, creada poco tiempo hace por el brioso ministro de Instrucción pública, Jules Férry.—Por de contado que el objeto de esta escuela es educar las profesoras que han de enseñar después en las escuelas normales de maestras de los departamentos. Nación tan vasta requiere ya organización tan complicada. Educar es poner coraza contra los males de la vida. El crimen, y el deseo, que lleva a él, muerden fácilmente en los ignorantes, o en los que por no tener la mente acostumbrada a pensar, ni afición a los goces que provienen de ejercitar el pensamiento, emplean en la mera bestial satisfacción de sus instintos todas las fuerzas activas de su naturaleza. Esa escuela superior que está en Fontenay-aux-Roses, recibe del estado todos los recursos que la vecindad de París puede ofrecer. La instrucción que en ella reciben las cuarenta educandas, que han alcanzado este beneficio por oposición, es sólida y profunda, y va encaminada, como toda buena educación debe ir, a preparar a las directoras de escuelas normales, para que enseñen en ellas el modo de luchar fructuosa y honestamente en la vida. Se enseñan allí cosas prácticas, y más ciencias que letras, y más medicina que geografía, y más el arte de vivir que el de soñar estérilmente en una vida falsa e imposible. Un profesor notable, entre otros, explica en la escuela de Fontenay: es Marion, autor de un libro, recientemente publicado, en que publica sus *Lecciones de Psicología* que dio en la escuela el año último, iguales en mérito a las de Moral que da en el mismo instituto este año. Las leyes vigentes sobre instrucción pública en Francia exigen que la moral sea enseñada en todas las escuelas del estado. Esta moral que enseña Marion es aquella innegable y esencial en la naturaleza humana, que analiza cada una de nuestras funciones y aptitudes, y ajusta el empleo de cada una de nuestras fuerzas y ese código de lo justo que se renueva en cada ser humano, siempre idéntico a sí mismo, el cual llega a ser turbado por venir a tal número sus violaciones, y vestirlas tan bien la inteligencia, necesita de excusas, que acaban por parecer derechos nuestros los que no son más que conquistas del vicio sobre nuestra alma. Los positivistas quieren, de acuerdo con su máxima, que se sepa, para que se prevea y provea. Más importante nos parece esto aún en lo moral que en lo físico. Para precaverse de los riesgos es necesario saber dónde están. No nos habilita para vencer los obstáculos y peligros

que trae consigo la vida, el que, por una caridad culpable, nos mantiene con los ojos vendados, para que no los veamos, ni sepamos de ellos.—Gran utilidad resulta de leer ese libro de Marion. El profesor explica minuciosamente la psicología especial del niño, y enseña los misterios de su delicada alma, y da consejos para que no yerren las maestras en la manera de guiarla. El profesor dice sencillamente cosas prácticas. Los problemas morales que con la educación se rozan están valientemente tratados, y tratados de cerca, en esas *Lecciones de Psicología* que no tratan de ahondar en aquella alma confusa e impenetrable, para lo que urde leyes y traba analogías el metafísico, sino de observar sincera y metódicamente todo lo que hay de visible, innegable, empleable y activo en el espíritu humano.

—De la reina de Rumania de quien hemos dicho antes de ahora que escribe con el seudónimo de Carmen Sylva, se anuncia un libro nuevo, que es un poema épico, y se llama *Ahasuerus.* Y esto sucede cuando el rey Oscar de Suecia acaba de dar término a un drama en cinco actos, que ya celebran, y se llama *El castillo de Kronberg.* Y el marqués de Lorne, casado con la princesa Luisa, hija de la reina Victoria, ha escrito un poema, que cuenta cosas del Canadá, y se llama "Buenas palabras", para el cual ha hecho hermosos dibujos su esposa la princesa, que es artista de nota.

—Nos toca de cerca a los americanos la observación del geólogo inglés Southall; pues aunque en América creemos que el hombre no apareció en este continente sino en la época glacial, el geólogo británico se empeña en demostrar que el hombre americano vivía ya en el período plioceno.

—Entre las grandes series de libros que harán famosa la historia de la librería moderna, está una de un barón alemán, que viene a ser, como el Rivadeneyra para los españoles, una inexhausta fuente adonde los ingleses van a leer sus clásicos. El publicador es el barón Tauchnitz, y no hay autor antiguo ni moderno que haya escrito en las islas inglesas o en sus vastas colonias, cuyas obras no figuren; si algo valen, o algún nombre tienen en la serie famosa del barón. Dos mil volúmenes lleva ya la serie, y al publicar el último, al comienzo de este año, el barón ha hecho de él un volumen memorativo, que luce, con pocas excepciones, facsímiles de las firmas de casi todos los escritores cuyas obras figuran en la

serie de Faüchnitz. Los tomos de la serie son unos libros pequeños, de cubierta amarilla y letra clara, que invitan a leer.

La Opinión Nacional, Caracas, 25 de abril de 1882

[11]

—Se consume en el mundo una cantidad extraordinaria de cerveza, que es por cierto, a no tomarla con exceso, una bebida que debiera suplir a esos licores espirituosos, que devoran a los que los usan. Quien toma whisky, por ejemplo,—a no ser que tome de regalo de un viejo Rye, o un viejo Bourbon—toma arsénico, porque con arsénico aderezan comúnmente el whisky.—De los países que producen más cerveza, aunque Alemania lleve la fama, Inglaterra es el más productor puesto que tiene 26 114 fábricas de cerveza, que hacen al año más de un millar de millones de galones. Alemania tiene 23 946 fábricas y produce 800 000 000. En los Estados Unidos no hay más que 3 293 cervecerías, que dan al mercado 300 millones de galones. Y Francia tiene unas 3 000 fábricas; y la pequeña Bélgica, que hace cerveza buena, no cuenta menos de 2 500. Los austrohúngaros poseen 2 200; 560 Holanda; 400 Rusia, Suiza y Noruega; y 200 Dinamarca y 200 Suecia. Hay en Europa y los Estados Unidos del Norte 63 544 fábricas de cerveza.

—No es vida ordinaria la vida de Bradlaugh, el diputado que ha venido negándose a jurar, por fórmula que envuelve creencias que él no tiene, en la casa de los Comunes de Inglaterra. Este Bradlaugh, que es ahora campeón de los librepensadores ingleses, fue al principio de su vida ortodoxo vehemente. Enseñaba religión a los niños de una pequeña escuela dominical de la secta anglicana en Londres, y él mismo no era entonces más que un niño. Hoy posee una instrucción sólida y variada, que ha adquirido por sí mismo, sin más guía que su juicio, ni más escuela que su ansia de saber, con energía y perseverancia singulares. El niño educador se dio a poco a comparar los 39 artículos de la fe anglicana con la *Biblia,* los halló en desacuerdo, y comenzó a pensar por sí. Se hizo *tectotaller,* que es nombre extraño, con el cual se distinguen los miembros de la más celosa sociedad de temperancia, cuyos miembros se abstienen de usar bebida alguna espirituosa. Mal visto por sus padres, y por su antiguo párroco, dejó la casa paterna, y entró de soldado en el ejército inglés, con el que fue a Irlanda, cuyos dolores comprendió tan pronto y abrazó tan ardientemente que el joven soldado inglés fue el redactor de un manifiesto célebre, expedido a nombre de la República Irlandesa, agrupación revolucionaria que precedió en Irlanda a la más temida y osada de los fenianos, que aún conspiran. Heredó unos dineros, y con ellos se

rescató del servicio militar. Sirvió de escribiente en casa de un abogado, y allí adquirió tal ciencia de las leyes que se la envidian letrados muy eminentes de Inglaterra. Bradlaugh ha venido siendo el caballero andante de todos los olvidados y oprimidos. Con lenguaje vehemente y rudo, ha condenado cuantos abusos ha sabido. Con no menor vehemencia, ha atacado la religión que enseñó un día. Ha escrito libros numerosísimos, en que flagela sin piedad a las altas clases inglesas de las que es odiado: de esos libros, son los más afamados, y más leídos por el pueblo inglés: *El proceso de la dinastía de Brunswick, Los frutos de la filosofía*, y *Los impuestos, su origen, y quien los goza después de todo*. En *El proceso de la dinastía de Brunswick,* hace una reseña histórica de los sucesos que siguieron al advenimiento al trono de Jorge I, y hace responsable a la dinastía reinante de la enorme deuda pública que pesa sobre Inglaterra. Y hace una lista de todas las cargas que pesan sobre los contribuyentes, tales como las pensiones que se pagan a los descendientes de los bastardos de Carlos II y a otras personas de esa cuenta, que no parece que tengan derechos claros a ser pensionadas. En *Los frutos de la Filosofía* trata con desnudez, que le ha acarreado grandes censuras, el problema de la población, desenvuelve en todas sus consecuencias la desoladora teoría de Malthus, y aconseja a las clases obreras que no tiendan al aumento de sus familias, que no han de hacer sino perpetuar, en una existencia de infortunados, a una clase sierva y miserable. En religión y en psicología, va tan lejos y niega tanto, que ya no tiene derecho a ser seguido. Es hombre de energía singularísima, de tenacidad indomable, de palabra arrebatada, vibrante y culta. Cuando la descarna, no lo hace por desaliño, sino por maña: porque hay gentes para quienes todo arte o elegancia es culpa, y es fuerza, para ser estimado de ellas, parecer brutal y desmañado. La prensa inglesa debe a un atrevimiento de Bradlaugh la supresión del depósito previo a que los periódicos estaban obligados. Hasta 1869, cada diario que se publicaba, tenía que dejar en fianza 20 000 francos. Y Bradlaugh publicó su diario, sin dar la fianza, y tan bien esquivó las arterías de los abogados de la corona, y tan tenazmente guerrilleó con ellos, que ya cansados, suprimieron al fin el depósito previo. Ese es el diputado rebelde, amado del pueblo de Londres, y ya célebre.

La Opinión Nacional, Caracas, 28 de abril de 1882

MAYO 1882

[1]

—Se oye decir a menudo que tal persona estaba *mortalmente ebria.* Ante la Sociedad Biológica de París se ha leído un estudio, en que se explica científicamente semejante bestial estado. Mortalmente ebrio está ya un hombre cuando en el fluido vital hay una parte de alcohol por cada ciento noventa y cinco partes de sangre: ya entonces cesa en los bebedores la capacidad de beber más, lo cual les salva de la muerte porque cuando el bebedor resiste tanto que puede continuar bebiendo hasta que por cada cien partes de su sangre hay una de alcohol, sin remedio muere. Nos viene a la memoria, a propósito de esto, tan triste caso de que fue teatro el animado puerto español de Santander: apostó un marinero a que bebería de un sorbo un gran vaso de brandy, y lo bebió, y el vaso rodó al lado del marinero instantáneamente muerto.

—No hay lugar más visitado de los viajeros en Inglaterra que el Palacio de Cristal, cerca de Londres. Cuanta curiosidad digna de nota llega a tierra inglesa, va a exhibirse, si escapa de los agentes ávidos de la Galería de Figuras de cera de la señora Tussaud, al Palacio de Cristal. Un día es una exhibición de gatos, otro día es una exhibición de crianzas, como llaman los portugueses y debieran llamar los españoles, a los niños en cría. Y el día siguiente es una importante exhibición científica. Una hay ahora que despierta a la vez la curiosidad del vulgo y de los estudiadores, y es la exhibición de aparatos eléctricos submarinos. Allí hay muestras numerosísimas de cables, desde aquel rudimentario con que Walker empezó sus experimentos en el puerto de Folkestone, hasta estos cables de ahora, perfeccionados y fortísimos. El primer cable que en realidad prestó servicios fue el que, bajo la dirección de Wollauton, fue colocado en 1850 de Dover al Cabo Gris-Nez: y en el Palacio está el cable de Wollauton, que probó que la telegrafía submarina era posible, y que solo necesitaba el alambre telegráfico fuerza externa suficiente para resistir la obra destructora del mar y de los seres voraces que lo pueblan, y ser útil y durable. En el Palacio está todo el proceso de esta maravilla, y un ejemplar de cada tentativa, sin que falte uno solo de los

trances del rudo alambre de Walker al de hoy, casi perfecto. En otro departamento de la exhibición se ven los enemigos de los cables. El gusano horadador, que horada el *cautchouc* y las rocas; verdaderas serpientes de mar, a las cuales se ha hallado enroscadas en torno al cable; ricos corales, grandes como arbustos, y otras muestras curiosas del mundo maravilloso que yace en el fondo del océano, se exhiben hoy en el Palacio de Cristal. Y en un tanque se ve un pequeño buque, al cual está atado un cable en miniatura, con lo que se demuestra, haciendo andar de un lado y otro el buquecillo, que ya se ha hallado el modo, que hasta hoy no se había hallado, de atar un cable en alta mar a un buque faro, sin que el cable, con el revolver del buque, se encorve y se rompa.

—Se publica en Francia un buen periódico de medicina práctica, más útil desde que se sabe que el arte de curar consiste más en evitar la enfermedad y precaverse de ella por medios naturales que en combatirla por medios violentos, e inevitablemente dañosos para el resto del sistema, cuyo equilibrio es puesto a contribución en beneficio del órgano enfermo. La higiene va siendo ya la verdadera medicina, y con un tanto de atención, cada cual puede ser un poco médico de sí mismo. Debía hacerse obligatoria la enseñanza de la higiene en las escuelas públicas, y principalmente en las escuelas de niñas, y hay más en las escuelas superiores, puesto que las niñas de hoy han de ser las madres de mañana, y los higienistas saben de la naturaleza humana y sus achaques más que los abominables curanderos, que demuestran que la ignorancia osada es todavía reina de los hombres, y que en estos tiempos de luces aún hay quien crea en hechiceros y encantadores, y en que aquel que ha estudiado con celo y afanes el arte de hacer zapatos, hace zapatos peores que aquel que no estudió jamás el arte de la zapatería: porque tanto vale fiarse de un curandero parlanchín y negar su fe a un médico. Ese periódico de que hablamos se llama *Los Anales de la Higiene.* En uno de sus últimos números hay un interesante estudio que viene de molde en estos tiempos en que tanto se comentan las ventajas y desventajas de la luz eléctrica. El periódico afirma que la luz eléctrica no es de manera alguna dañosa a la vista, y que no solo no es dañosa, sino conveniente, puesto que hay una enfermedad que se llama astenopía, o debilidad en las funciones del ojo, la cual viene de esforzarse en usar de la vista en lugares donde la luz es insuficiente, y como la luz nueva, a la par que suave, es clarísima, no se corre con ella ese riesgo. Cree el periódico que cuando se mejore el actual sistema de alumbrar las casas, y no

se trabaje a la luz de fluidos en que arden materias volátiles, ni a la imperfecta luz de un gas impuro, disminuirán considerablemente las enfermedades de la vista que son hoy tan numerosas.

—Ha hecho el profesor Müntz, de París, que es un descubridor afamado, un hallazgo curiosísimo: ha descubierto que hay alcohol en el agua. Y dado a suponer causa a este hecho ignorado, que acaba de hallar en el fondo de sus filtros y crisoles, cree el profesor que este alcohol es producido por la descomposición de la materia orgánica que por medio de los vapores se difunde en la atmósfera.

La Opinión Nacional, Caracas, 3 de mayo de 1882.

[2]

—Entre los viajeros notables que hoy recorren a manera de nuevos y heroicos misioneros, las comarcas desconocidas de la tierra,—por su valor y su saber merece mención especialísima la señora Carla Serena, que es de Italia, y goza de gran fama, y acaba de volver a París cargada de fotografías del Cáucaso, que ningún fotógrafo ha tomado, sino ella misma porque no la han arredrado los fríos de aquellos montes, ni lo desconfiado de aquellos habitantes, ni el hambre y riesgos de todo género que en aquellas comarcas aguardan al viajero. Y no es el Cáucaso solo lo que ha visitado la italiana, que esto ya otros lo vieron y al fin allí hay rebaños y casas pintorescas y pastores, sino la solitaria Abjasia, adonde ningún fotógrafo de los del Cáucaso quiso acompañar a la exploradora, temeroso de los peligros que ella desafió y venció. En Italia es hoy popularísima la viajera. Acaban de celebrar su vuelta con gran entusiasmo, y el rey Humberto ha hecho acuñar en su honor una medalla de oro, que dice de este modo: "A Carla Serena, benemérita de los estudios etnográficos, exploradora valerosa de la región caucásica.—1882."

—De un discurso inédito de un notable naturalista tomamos esta breve noticia acerca de esas teorías evolucionarias que ahora preocupan a cuantos piensan en la composición y orden de la naturaleza: "El verdadero fundador de la teoría de la evolución ha sido el célebre naturalista francés Lamarck, a principios de este siglo. Geoffroy de Saint Hilaire, Darwin, Oken, Haeckel, Vogt, Huxley, Hooker y otros filósofos eminentes han llamado de nuevo la atención de los sabios sobre ella y sostienen que los diferentes reinos de la naturaleza tienen un mismo origen, descienden de un mismo organismo primitivo. Esas son las doctrinas que se llaman hoy de Darwin: no se puede menos de admirar en ellas aunque no se sea partidario ciego de ese sistema, una idea sublime, un esfuerzo heroico para explicar fenómenos de la vida orgánica que han sido hasta ahora considerados como incomprensibles. Es siempre un bello y grandioso espectáculo esta lucha de las ideas, este combate del pasado que no quiere cesar de existir con el porvenir que se esfuerza en ocupar el rango a que aspira."

—He aquí una sabia observación de un librero de Nueva York que se lamentaba pocos días ha de lo poco que se vendían excelentes libros clásicos, y de lo mucho que se venden libros en que se cuentan escándalos y crímenes, o se repiten en pretencioso y extraño estilo

cosas ya muy de viejo sabidas. Dijo el librero americano: "¡Todo lo que ha sido digno de decirse se ha dicho ya tanto mejor desde mucho tiempo hace! Todos esos ornamentados manjares literarios de que gustan tanto las gentes de hoy, no contienen la fuerza que existe en los jugos de aquellas carnes preparadas por los viejos autores."—Lo cual es verdad respecto de las cosas que se sabían en tiempos de los autores viejos: mas no respecto de las cosas nuevas, que son muchas, y serias, y dan nuevo jugo a la literatura, y requieren, en esta perpetua marcha análoga del pensamiento y su expresión, autores nuevos que lo expresen. Este siglo está preparando los elementos del siglo venidero que ha de ser colosal y originalísimo. Nosotros somos un ejército en marcha. El siglo que viene será un ejército en alto. Ellos espumarán estos manjares que nosotros estamos echando ahora a hervir. Entre los autores modernos, hay falsificadores, que no hacen más que repetir lo viejo en forma nueva, o porque no se han cuidado de aprender, y no saben que lo que dicen ya está dicho, o porque hacen industria de las letras, como los malos sacerdotes hacen mercado del templo, y solo cuidan de llamar la atención sobre sí, y vender su fruto. Pero hay en estos tiempos, en ciencias, en historia, y en poesía, que es como el aroma de esas frutas esenciales y jugosas de historia y de ciencia, innovadores y descubridores gloriosísimos. Por supuesto que el librero tenía mucha razón,—en cuanto a los falsificadores.

—Había llegado a calcularse con exactitud la situación, la distancia, el tamaño y los movimientos de los astros. Por medio del espectroscopio se alcanza ahora a conocer el estado físico de todo cuerpo que emite luz, y en muchos casos, llégase hasta poder determinar su composición química. Por el examen de la luz que emite un cuerpo se conocen los elementos de que está formado. Así se puede afirmar hoy sin error la materia, o grupo de materias, de que está formado cada astro. Así se ha adquirido el pleno conocimiento de la constitución física de la Luna. Así se ha visto que en los aerolitos, que no son para las gentes sencillas más que "piedras caídas del cielo," no hay sustancia alguna desconocida en la Tierra. Así se ha certificado que los cuerpos celestes cuyo estudio ha sido hasta hoy posible a los hombres están en condiciones físicas enteramente iguales a las de nuestro globo.

—Tennyson es en Inglaterra "el poeta laureado." Los ingleses acogen sus versos con el mismo recogimiento y cariño con que los franceses leen los de Víctor Hugo. Él [no] es poeta humanitario de anchas miras; sino poeta de sí mismo, y de amores, y lindas damas, y escenas

pintorescas y cuadros bellos. Su fama en los Estados Unidos es tal que cada vez que publica una nueva poesía suya, de Inglaterra la trasmiten a los Estados Unidos por el cable. Así acaban de trasmitir su poesía última “Carga de la Brigada ligera.” Es una obra de poesía mental, como muchas de Tennyson; es la narración, en metros imitativos de las cosas que va narrando, del ataque de “los bravos Enniskillens y Greys,” que en número de trescientos, cargaron a caballo y vencieron a millares de rusos. El poeta ha imitado el galopar de los caballos, el descender en masa de los enemigos vocingleros, el revolver y jinetear de los trescientos, el huracánico brío con que arremetieron y pusieron en fuga a sus contrarios. Es una linda obra de arte, y no más que eso, la poesía nueva de Tennyson.

La Opinión Nacional, Caracas, 4 de mayo de 1882

[3]

—Maíz es nombre bien simple, y con ello conocemos el próvido grano que por desdicha solemos cultivar en nuestro país tan escasamente, cuando no hay grano más barato, ni que exija menos cuidado, ni que alimente más que él. Maíz le llamamos nosotros, pero los modernos naturalistas le llaman de un modo más complicado, y lo colocan en el suborden de las paniceas, que es el primero de los dos subórdenes en que el naturalista inglés Bentham divide ahora el orden de las gramíneas que según él son o paniceas, como el maíz y el arroz, de las cuales hay seis tribus, o poaceas, como la avena y la cebada, de las que hay ocho tribus.

—*Gloria* esta delicadísima novela de Pérez Galdós, que a la par mueve el corazón más duro y satisface la mente más descontentadiza y hecha a lo serio, acaba de ser traducida al inglés. “Curiosísima, original y vigorosa” ha llamado a la novela el *Evening Transcript,* que es tal vez el mejor periódico de Boston. *Gloria,* como *Marianela,* no son solo obras literarias, sino obras benéficas. Cierto que no añaden gran cosa al lenguaje, al cual nada quitan tampoco; pero ¡cuánta dulzura ponen en el corazón! ¡con cuánta rectitud deciden en lo difícil! ¡cuán cariñosamente advierten a los hombres de los peligros tremendos de la intolerancia! ¡cómo, luego de leer esos libros, se siente como si de súbito hubieran enriquecido nuevos quilates nuestro espíritu! De ahí novelas recomendables, que llenan con provecho las horas vacías, y no esas cosazas de Pérez Escrich, que estragan el gusto, falsean las pasiones, preparan mal para la vida, y llenan de caudal inútil y estorboso la mente. No tenemos paz con lo inútil, ni con lo falso. No se tachará de eso por cierto a la tierna *Gloria* ni a la tristísima *Marianela.*

—Los microscopistas están descubriendo maravillas. Quien vea una esponja, toda llena de grandes huecos, supondrá tal vez, como se supone comúnmente que ha sido taladrada, allá en los misterios del fondo del mar, sin saber, como parece que es lo cierto, que la esponja no es taladrada, sino taladradora, y que horada tanto y tan bien, sobre todo, si es de la especie de las *Clionoe,* que atraviesa una concha de ostra. Eso ha observado a través de su microscopio un estudiador alemán.

—Quien quiera leer un libro animado, y brillante, tome cualquiera de los de Edmundo de

Amicis, que no parece que moja su pluma en tinta sino en colores. Él ha escrito novelas, que son cuadros acabados de nuestra vida actual, donde lo feo está puesto de lado, y en realce lo heroico y hermoso, como en *Manuel Menéndez,* que es nombre español, como que es un arrogante mozo de Sevilla el héroe, que estando en amores con una gallardísima y honesta gitana, entró en celos de ella, y, como los celos enloquecen, la injurió en un pasquín, que leyó toda Sevilla, por lo cual riñeron para siempre, llenas a la vez de amor y odio sus almas, Manuel y su novia. Y a los pocos meses un hombre pálido, que traía una mano como en cabestrillo, fue a despedirse de la gitana porque venía a América, y le dejó un cofre cerrado para que no lo abriese hasta después de su partida, ya que la gitana rehusaba a perdonar al joven pálido; pero no bien llegó este a la puerta de la casa de la hermosa doncella, oyó a su espalda un grito amorosísimo—porque la gitana había abierto aquel cofre, en que estaba encerrada la mano con que Manuel Menéndez escribió el pasquín injuriador, y que él se había cortado, como ofrenda única que pudiese hacer perdonar su falta de hidalguía, y ganarle de nuevo el corazón de su ofendida novia. Y Amicis escribe versos, lindos versos de hombre sincero, elegante y venturoso. Pero su mayor fama le viene de sus libros de viajes, de los que ha escrito ya sobre España, y Francia, y Marruecos, y Holanda, y Constantinopla. Mas no hay ninguno entre ellos tan rico de color, tan pintoresco, tan lleno de ingenuidad ni fuerza literaria, de esa fuerza que viene de decir sencillamente lo que ven nuestros ojos,—como su libro sobre *Marruecos*. Todo en el libro vive y resplandece. Si no en lo pintoresco, en lo razonador gana a *Marruecos* su libro sobre *Constantinopla.*

—A los que se ocupan entre nosotros de astronomía agradará saber que el astrónomo Huggins acaba de obtener una fotografía de la nebulosa de Orión. La fotografía del espectro prueba que en la región ultravioleta existen vestigios que no son los del hidrógeno. Huggins ha reconocido allí la presencia del ázoe.

La Opinión Nacional, Caracas, 5 de mayo de 1882

[4]

—Suele vivir en el fondo del agua una planta delicada, la tierna *Vallisneria,* cuyos amores cuentan con cariño los naturalistas, habituados a ver cómo, a modo del pelícano que se abre el pecho para dar alimento a sus hijos, los nobles caballeros de esta flor, porque hay flor caballero, y flor dama, mueren después que han dado la vida a sus hijos. Y la madre viuda va a cuidar, en el silencio del fondo del río, de los hijos sin padre. ¡Y qué lindamente empiezan estos amores que acaban en muerte! Muellemente mecida por las ondas sobre su tallo espiral sube del fondo de los ríos a la superficie la flor dama, en tanto que su amador humilde queda, allá en lo hondo, atado a su tallo, hasta que llega la hora alegre, en que la naturaleza rompe la celdilla que envuelve a estas flores, que vuelan a su vez a la superficie a caracolear en torno de sus amadas, las cuales lucen, al sol vivo, abiertas las hojas y tendidos, como brazos amantes los estigmas, en que, como ofrenda de oro, cae al cabo el polen que corona los estambres de las vallisnerias caballeros, que se marchitan a poco, como amador que dio toda su alma. Y sus damas tristísimas vuelven al fondo de los ríos a llorar al muerto esposo, y cuidar de la prole venidera.

—En esta Sección hemos hablado otras veces de Cherville, un nuevo escritor que brilla en Francia. Acaba de publicar las *Cartas de mi jardín.* Es sabio en jardinería ese escritor elegantísimo. No se ha dado a las flores por desamor de los hombres, como Alphonse Karr, sino por amor a la naturaleza. Toda planta débil le cautiva, y la cura: la mima, la riega, estudia sus caprichos, la fortalece, parece como que le pregunta, y como que oye lo que ella le responde. Nada se descubre en jardinería y en horticultura que Cherville no sepa. Le place crear, y tiene un noble placer en ir aumentando con injertos cuidadosos y mezclas raras las obras de la naturaleza. Sabe todos los secretos de las flores, de las legumbres y de los frutos. Cherville ve a la naturaleza, como la veía Toussenel, con ojos de amante tierno y correspondido. Hay algo de amor de padre en el amor de esposo. Con interés paternal vigila por la salud de los arbustos entecos, de las gramíneas abatidas, de los rosales que ha quebrantado mucho la ira del invierno. Y se sienta al fin de una alameda, a ver mecerse los tallos, a ver abrirse las flores, a estudiar, a comparar, y ve de pronto analogías entre las florecillas coquetas y las damas, y le asoma a los labios la sonrisa del padre que ha vivido, y

ve cómo comienza a vivir, risueña y cándida, su traviesa hija. Y cuenta luego anécdotas de las flores, y sus enfermedades, y los medios de aliviarlas, y cómo palidecen, y cómo se les vuelve la vida. Eso es su libro: un paseo científico, un drama misterioso, una sonrisa delicada, un libro verdaderamente seductor. Y cuando viene la primavera he aquí que canta como un verdadero poeta: "¡Oh, bodas encantadoras, siempre jóvenes a pesar de su eternidad, las cuales no nos fatigamos jamás de ver volver, y que regocijarán de hoy en diez siglos a sus invitados de entonces, como diez mil años hace regocijaron a los que asistían a la fiesta; desposorios fecundos del sol con la tierra que nutren al género humano desde que el mundo es mundo, y sin los cuales—¡oh miríadas de hormigas que somos!—reentraríamos de nuevo sin demora en el seno sombrío de la nada!"

—Hemos escrito esa palabra *nada,* y como está cerca de nosotros un libro lleno de poesías incorrectas y maravillosas del neogranadino José Eusebio Caro, tomamos de él, con verdadera reverencia, porque no hay cosa en sus versos que no sea digna de ella, esta estrofa, poco alada y un tanto dura, como él solía escribirlas, pero llena de desembarazo, de fuerza, de verdad y de pensamiento propio. Está hablando con su hijo, que aún no ha nacido, y le dice, en medio de frases hondas y ternísimas, que hacen de esa composición "A mi primogénito" una composición imperecedera:

¿De dónde vienes? sales de la nada?
Hay nada, pues? Hay cosa así llamada?
La nada es el no ser: puede existir?
Puede ser fecundada? ¿y un vacío
Inerte, mudo, tembloroso, frío,
Luz, mente, vida puede producir?

Más bella es aún, y más fluida, la estrofa que sigue a esa:

¿De dónde vienes? cómo tu progreso
Maravilloso comenzó? qué es eso
Que no era ayer y es hoy? qué eras ayer?

Qué es empezar? ¡Crepúsculo sin nombre,
En que su débil vista cansa el hombre
Buscando el paso de la nada al ser!

La Opinión Nacional, Caracas, 6 de mayo de 1882

[5]

—Dos años hace, recibió París como a magna persona a un hombre pálido y endeble, que venía de prestar a la ciencia grandísimo servicio: era el barón Nordenskjöld, el viajero sueco que acababa de hallar el paso del mar Ártico. Su buque se llamó *La Vega,* y el explorador acaba de publicar la historia de su viaje, de cuyas consecuencias e importancia no ha cesado de hablar aún en el mundo científico, en un libro que se titula *El viaje de La Vega.* Quería el barón hallar el paso del Atlántico al Pacífico a través de las regiones árticas. Tan cuerdamente preparó su expedición, y la ejecutó tan hábilmente, y tan de su lado estuvo la fortuna que en un solo verano, y sin grandes riesgos, consiguió su objeto. De los buques que van a explorar al Ártico, no vienen más que noticias de desastres, como de la última expedición de norteamericanos que salió en el *Jeannette* el cual buque pereció en los hielos, y cuyos tripulantes andan ahora moribundos, extraviados o ciegos por los campos helados de Siberia. *La Vega* anduvo como por mares amigos. El barón es hombre hecho a interrogar lo desconocido y a no temerlo: la mirada de sus ojos azules es investigadora, brillante y profunda. Habla poco, y como siempre dice algo nuevo y bueno, habla bien. Es tan humilde en sus hábitos de ciudad como imponente en sus hábitos de mar. Es de aquellos a quienes place, y no abate, la majestad terrible de la naturaleza. *La Vega* salió de Tromsø el 21 de julio de 1878; anduvo a lo largo de la costa de Siberia cerca de 4 000 millas, sin hallar masas tales de hielo que fuesen un obstáculo a la navegación; y ya estaba a punto de llegar, en su camino del Atlántico al Pacífico a través del Ártico,—ya estaba a 120 millas del estrecho de Behring,— cuando fue detenido por el hielo, sobrado compacto para que *La Vega* lo quebrase, y en el hielo estuvo el buque todo el invierno, hasta que, a la venida del próximo verano, ablandada la masa enemiga a los calores de julio, abrió paso al buque explorador, que el 18 de julio reanudó su marcha, y llegó gloriosamente dos días después a aguas del mar Pacífico, salvando el estrecho de Bering, y dejando establecido el paso noroeste de aquella región enemiga de los hombres, que durante tres siglos ha venido negando a los más hábiles y osados marinos el triunfo que al fin le ha arrebatado el barón sueco. La fuerza del vapor y la de la ciencia vasta de Nordenskjöld hicieron el milagro. Antes de lanzarse al mar Ártico, el viajero estudió los riesgos del mar temido, y llevó consigo medios de evitarlos. De vela

habían sido los buques de los exploradores anteriores, y el suyo fue de vapor. El libro del barón no es el mero cuento de un viaje, sin mérito para el sabio, o una erizada narración técnica, sin agrado para el lector común. Es una pintoresca enciclopedia, en que las descripciones amenas van mezcladas a los cálculos, y las observaciones de razas y lenguas se unen a las de latitudes y cosas de navegación. Allí está cuanto hoy puede saberse de la historia, la geografía, las producciones naturales, el clima, los paisajes, los habitantes de la costa de Siberia, y todo con riqueza de detalles, y con informes tan cuidadosos que no hacen por cierto semejante el libro a aquella maravillosa y romanesca historia de los viajes de Herodoto. Herodoto contaba lo que le decían, y Nordenskjöld cuenta lo que ha visto. Narra cuanto se sabe de expediciones al mar Ártico. Cuenta la vida de los *Chookchees* de Siberia, que es tribu tan pequeña cuanto interesante, y no más adelantada que los Esquimales de Alaska, cuya vida, que a algunos viajeros parece casi bestial, se mejora y pule actualmente con el contacto de los tripulantes de los buques balleneros que suelen visitar la península alaskiana. Nordenskjöld ha hallado restos de *mammoth* en Siberia, y cree que aquella tierra ha sufrido pocos cambios geológicos en estos últimos tiempos, y no estuvo nunca cubierta del hielo glacial. El barón dice que apenas hay lugar del Océano Ártico, mar afuera, donde el agua está helada permanentemente, y que, por lo menos en algunas épocas, hay mar abierto y navegable al rededor del Polo mismo, en apoyo de lo cual recuerda que los tres buques de otra expedición sueca, en el año 1868 estuvieron a punto de naufragar en una tremenda marejada, a 80 grados latitud norte, a fines de enero, cuando parece que todo, en lo recio del invierno, había de estar helado alrededor del Polo. Al alemán, al francés y al inglés ha sido inmediatamente traducido el libro de Nordenskjöld, cuyo libro, a más de atesorar tan vario y curioso informe, está escrito en un estilo claro y sencillo, en que se refleja la singular modestia y rara sobriedad del célebre y osado navegante sueco, que ya se prepara a viaje nuevo, por aquellos temibles mares, sepultura de tanto buen marino.

La Opinión Naciona1, Caracas, 10 de mayo de 1882

[6]

—Se ha publicado el mes de marzo en París un libro al cual llama su autor *Pensamientos de otoño;* libro que ha sido muy leído y celebrado. Es difícil cosa escribir pensamientos que llamen la atención de los franceses, que aún leen con fruición aquellos profundísimos de La Bruyère, y los de La Rochefoucauld, y los muy ingeniosos de Chamfort, que habló una lengua tan elegante como la de Voiture, aquel francés de otro tiempo que escribía tan seductoras cartas, y vio en los hombres con ojos no menos penetrantes, y adivinadores a través de velos y de escombros, que los ojos de Voltaire. El autor de los nuevos *Pensamientos* se llama Philippe Gerfaut; pero parece que no es ese nombre de caballero, como parece, sino disfraz del nombre verdadero de una distinguida dama, que ha sacudido de vez en cuando sobre su librillo las gotas de sangre que han arrancado a sus dedos las espinas que esconden las rosas de la vida. Un alma ingenua, si no ha sido muy afortunada, tiene mucho de que quejarse a poco de haber vivido. Tiene de bueno el libro que no fue escrito para publicarse; sino como desahogo de su autor, y muy sin prisa, y día tras día, y en varios años, de modo que no se ven allí pujos de ingenio, ni antítesis violentas, ni esas frases espumosas, brillantes y huecas que son de uso en los modernos escribidores. Cada palabra dice algo, y en la frase encajan ajustadamente las palabras. ¡Qué ridícula cosa, un pensamiento enano con manto de rey, o vestidura de gigante! va el ruin pensamiento como ahogado, y llama la atención, y muere a poco. La forma, que no es más que traje, ha de ajustar al pensamiento, que ha de tener siempre cuerpo. Y como ajusta la buena ropa: para realzar el cuerpo, y no para sofocarlo o desfigurarlo. A veces los pensamientos, luego de examinados, quedan como aquel rey Luis XIV, que pintó el ingeniosísimo escritor inglés Thackeray, al cual pintó en tres partes, de las que era la primera un rey magnífico, de peluca soberana, bastón de alto puño, manto regio y luengo, y zapatos encintados; y la parte segunda era el gran manto, y la peluca grande, y los zapatos vacíos de rey; y la parte tercera era el rey mísero, como era sin manto, todo encorvado, y muy pobre de carnes; y muy lleno de arrugas, y muy más flaco que el común de los mortales, con lo que se demuestra cuán pobre cosa suelen ser los hombres, si se les quita el manto:—así a ciertos pensamientos. La belleza de la frase ha de venir de la propiedad y nitidez del pensamiento en ella envuelto. Ni ha de decirse

escritores, sino pensadores, en justo castigo de haber venido dando funestísima preferencia al arte de escribir sobre el de pensar. Algo más que sastres y embadurnadores de fachadas han de ser los escritores buenos. Ha de borrarse del papel toda frase que no encierre un pensamiento digno de ser conservado, y toda palabra que no ayude a él. Todas esas cosas se nos han salido de la pluma a propósito de esa buena condición de la sobriedad que notamos en el libro de Philippe Gerfaut. El libro tiene una suave tristeza, como escrito en horas melancólicas: siempre lo son las de la reflexión en los trances del alma. He aquí una muestra de esos *Pensamientos:*—“La dicha es el pájaro que está allí, a diez pasos de nosotros, y al que nunca podemos tomar por las alas.” “Sucede con nuestros afectos como con nuestros dientes: nos hacen sufrir cuando nacen, sufrir mientras los tenemos: sufrir cuando nos dejan: y no son por eso menos la sonrisa de nuestra vida.”—“Las mujeres aman tanto como pueden: los hombres tanto como quieren.”—Y lo que ha hecho creer en París que el autor del libro es una dama, es esta frase, que respira cólera de dama ofendida:—“Los hombres hablan mal de las mujeres entre sí, jamás a las mujeres mismas: así los criados, que solo hablan mal de sus señores entre criados.” En otro lugar dice esto, que no tiene modo de ser fielmente traducido al castellano, y damos en francés como fue escrito: “On commence à s'aimer moins quand on s'aperçoit qu'au lieu de faire de l'égoïsme à deux, on est deux à faire de l'égoïsme.”

La Opinión Nacional, Caracas, 11 de mayo de 1882

[7]

—Alguna vez hemos hablado en *La Opinión Nacional* del Dr. Adler, uno de los pensadores más independientes, elocuentes y celebrados de los Estados Unidos del Norte. Cada domingo pronuncia a modo de oficio religioso, un discurso en uno de los salones elegantes de Chickering Hall, en Nueva York, adonde va a oírle una concurrencia muy selecta. El Dr. Adler no niega ninguna de las condiciones idealizadas del espíritu humano, pero cree que los sistemas religiosos existentes no responden al grado de razón y madurez que en esta época han alcanzado ya los hombres, y cree que va llegando el momento de comenzar a establecer una religión, que él llama religión ética, porque la virtud ha de ser su base, la cual esté en armonía con el actual estado de la mente humana. Ha ido preparando a sus oyentes para esta manifestación, con muy notables discursos acerca del sentido real de la vida humana y los deberes que impone, con explicaciones de lo que ha de ser y cómo ha de ser la caridad en nuestros tiempos, y con la creación de escuela de moral para los niños, la cual ha tenido, por la excelencia de los maestros, por el sistema de despertar la inteligencia de los niños a pensar por sí, y la enseñanza de una virtud inquebrantable y austera, un éxito que no es ciertamente común. Cree Adler que esta edad no tiene aún símbolo, que el espíritu de esta edad anda como sacado de quicio, desamorado ya de la forma que veneraba antaño, y desconocedor aún de las formas nuevas que ya siente el ansia de conocer y venerar, lo cual ha de ser tal que el corazón quede engrandecido por ello, sin que la mente quede ofendida por lo que tenga de irracional o improbable. El culto de las virtudes ha de ser esta nueva religión, a la cual, según Adler, sería necesario embellecer con fiestas, para que responda a los anhelos de la fantasía, que es una cualidad viva en la mente humana, la que no puede desatender religión alguna que quiera vivir. Estas fiestas, para que parezcan naturales, y no repugnen a la razón, han de ser cuando la tierra nos produzca con sus cambios impresiones análogas a lo que en cada una de esas fiestas se celebra. Habrá la fiesta de primavera, la de verano, la de otoño y la de invierno, a la par que el abrirse de las flores, celebrará la religión ética, esta primavera a que parece venida, en estos tiempos de renuevo y florecimiento, la morada de los hombres. La escuela es el hogar de los espíritus, que pone en ellos como calor de sol, por lo que la fiesta de la escuela podría ser la fiesta del verano. En el otoño, en que las hojas caen,

se celebraría la fiesta de los muertos, de los luchadores que han caído. Y en el invierno, de aire puro y nieves cándidas, se celebraría, no solo el nacimiento de un niño, sino el de todos los niños. Con que la práctica de algunos años sancione estas fiestas, cree Adler que echarán raíces y serán conservadas y amadas, porque en ellas se une lo bello a lo racional, y van en armonía con la naturaleza, con lo cual satisfacen al espíritu escrutador y hambriento de verdad, a la par que ansioso de belleza, de nuestros tiempos. Nos hace pensar esa fiesta del otoño del pensador americano en una que celebran cada año los alumnos del antiguo Colegio Gregoriano de México, uno de cuyos brindis, porque la fiesta es un banquete, ha sido siempre "por nuestros compañeros muertos." Los brindis están siempre a cargo de hombres eminentes, porque el Colegio Gregoriano fue afortunado, y dio muchos de ellos: y todo México repite con cariño los admirables tercetos con que el *Nigromante,* que así llaman los mexicanos a su Voltaire moderno, don Ignacio Ramírez, brindó más de una vez, por aquellos compañeros que habían hecho el viaje que él también emprendió, con gran dolor de México, orgulloso de él, hace dos años. Los versos de Ramírez tenían la belleza plástica de la poesía griega, el fervor de la tierra americana, y las condiciones de la filosofía dudadora, de que fue sectario y maestro aquel hombre probo e inteligentísimo. En México le llaman aún todos "el maestro Ramírez." Cuatro amigos había, siempre empeñados en debates literarios, a quienes los hombres de letras mexicanos miraban como colocados al mismo nivel: Ramírez, el más sabio; Pimentel, un gran filólogo y un perfectísimo caballero; Prieto, poeta popular que hiere con igual felicidad todas las cuerdas de la lira; y Altamirano, el más notable como orador, pero el menos profundo de los cuatro. Solo Ramírez ha muerto.

—Acaba de llegar de Laponia, y de contar sus viajes a la Sociedad de Geografía de París, un intrépido francés, que es gran subidor de montes, y no teme a los fríos, mas sí a vivir sin gloria; el explorador Rabot. Ha visitado en Laponia los alrededores de Rosvande, y un grandísimo lago que hay en la Noruega Septentrional. Ha visto a los lapones de aquella comarca que en su mayor parte no han visto el mar, ni saben de geometría, y hacen canoas excelentes para los pescadores. Ha estado en las cumbres heladas de aquellas regiones. Ha subido al Sarjektjokko, que es por cierto, nombre difícil, mas que ha de ser notado, porque con él se conoce la montaña más elevada de la Laponia, que, después del Petermann Bjerg de Groenlandia, es la más elevada de las cimas conocidas en torno de la región polar.

La Opinión Nacional, Caracas, 13 de mayo de 1882

[8]

—Quiere Berlín vencer a Londres y a Nueva York. Londres tiene ferrocarril en la ciudad, por sobre las casas y debajo de ellas. Y Nueva York tiene su ferrocarril elevado, que va desde la Batería, donde comenzó Nueva York a ser ciudad, hasta *High Bridge,* o Puente Alto, donde a crecer Nueva York como va creciendo llegará la ciudad a poco. Pero ese ferrocarril elevado está lleno de riesgos. Las estaciones están en alto sobre columnas, como los jardines de la reina Semíramis; y los trenes se detienen muy poco en ellas, y como a ellas afluye mucha gente, que se precipita a los carros, y los conductores son descuidados, y el tren suele echar a andar antes de que los pasajeros hayan entrado en él, acontecen a cada paso desgracias tremendas. Luego, el ruido de ese ferrocarril es cosa aturdidora, sobre desfigurar los aparatos en que está montado muy hermosas calles y muy lindas casas. Sin contar que ya ha sucedido muchas veces que el ferrocarril se ha salido de los rieles, y ha venido a tierra, lo cual no ha pasado aún por fortuna sino cuando han ido los trenes vacíos. Por todo eso, Berlín quiere gozar de las ventajas del ferrocarril elevado, sin estar a sus desagrados y riesgos, y se prepara a construir un ferrocarril eléctrico, que no hará ruido, ni producirá humo, ni ocupará en las calles tanto espacio como el de Nueva York. El ferrocarril, montado también sobre columnas, irá por sobre las gentes; pero las estaciones no estarán en alto, sino al nivel de las calles: y al llegar a ellas, el tren desciende, por medio de un aparato eléctrico, al nivel de la estación, toma los pasajeros, asciende ya con ellos por el mismo aparato, y sigue por los aires su camino.

—Se leerá sin duda con interés, el método que para limpiar el bronce se emplea con buen éxito en todos los arsenales norteamericanos. Pónense juntas en una vasija de piedra una mitad de ácido nítrico y otra de ácido sulfúrico, y se tienen al lado una paila de agua fresca y una caja de aserrín. Para limpiar el bronce, se le sumerge primero en la vasija de ácido, y después en la de agua, y luego se le frota con el aserrín. Si el bronce está grasiento, se le sumerge, antes que en el ácido, en agua caliente en que se haya disuelto una buena cantidad de potasa y sosa, lo cual limpia la grasa, y permite que el ácido obre libremente.

—Recomiendan los médicos de Europa, en el tratamiento de aquellos pacientes cuya enfermedad requiere la aplicación del alcohol, el uso del alcohol puro, y no disfrazado en el

vino, ni en el whisky, ni en la cerveza, ni en las demás bebidas que lo contengan; porque así el alcohol hace todo su efecto, sin llevar al cuerpo del paciente los demás elementos que entran en la composición de esas bebidas, los que no le hacen falta —y no se corre el riesgo de que, como la práctica médica prueba que acontece con frecuencia, adquiera el enfermo el hábito de beber los líquidos prescritos en cantidad mucho mayor que lo que le es verdaderamente necesario. El alcohol puro, es útil y desagradable.

—Han de saber los que viajan por el Brasil que en los ríos de aquella tierra anda una voraz serpiente de agua, que llaman los naturales sucuruyu, la cual no se satisface con alimentarse de los tímidos terneros, y venadillos descuidados que bajan a beber a las orillas de los ríos, sino que suele saciar su hambre en los pescadores que tienden sus redes en las márgenes, y [a] los cuales sofoca y arrastra al fondo de las aguas, de donde nunca vuelve, el sucuruyu terrible.

—Se tenía ya por segura la construcción de un túnel a través del Canal de la Mancha, que uniese Inglaterra al continente. Mas el desagrado con que el pueblo y el gobierno inglés han llegado a ver la construcción del túnel, hacen creer que, de esta vez al menos, no quedará el túnel construido. Una sola objeción le hacen, pero la hace todo el pueblo inglés, y muchos de los ingenieros y militares de Inglaterra: la que expone a Inglaterra a una invasión de fuerzas continentales. Se ha publicado en Londres un curiosísimo libro en que se narra como sucedida una invasión a través del túnel, y la entrada en la Gran Bretaña de los invasores victoriosos: el libro ha hecho sensación grandísima. El gobierno ha ordenado que se suspendan las obras del túnel, que ya iban adelantadas; y una comisión militar se ocupa ahora en el examen de las objeciones que se presentan a la empresa, y de las respuestas con que los iniciadores de esta pretenden destruirlas.

—No hay acabar para la facultad de invención de los hombres—cada día alumbra hoy decenas de descubrimientos útiles. De esa materia blanda e impermeable que se llama celuloide se han venido fabricando muchas cosas, y no es la menos curiosa unos cuellos y puños para camisas, que no necesitan ser enviados a la lavandera, porque con pasarles un lienzo húmedo o sumergirlos en agua quedan limpios y brillantes, como si no se les hubiese usado, y como si un lavandero chino—que posee el secreto de planchar lindamente—le

hubiese dado lustre con su plancha mágica. El cuello y los puños de celuloide pueden estar semanas enteras en el agua, y no pierden su brillo ni su forma. Pero ya se hace más con el celuloide: se hacen tipos de imprenta. Todos esos grandes tipos de madera que aún se usan, están siendo reemplazados con tipos de celuloide. Se corta el tipo en una lámina delgada de la sustancia, y la parte de cimiento del tipo se hace de madera: es una varilla de madera con una pequeña cabeza de celuloide. Por mucho que se usen estos tipos, no se gastan ni vuelven borrosos. Sometidas las láminas a un gran calor, queda impresa perfectamente en ellas la materia que se quiera reproducir, y que de antemano se ha extendido sobre la lámina: luego se rebajan los bordes de la lámina; y quedan las líneas del objeto perfectamente marcadas, y la plancha de celuloide propia para servir como plancha estereotípica. Estos tipos y planchas son muy durables, y muy ligeros. Resisten la acción de los ácidos, y no afectan los colores de las tintas usadas para imprimir con ellos.

La Opinión Nacional, Caracas, 20 de mayo de 1882

[9]

—Entre los que se ocupan de los adelantos de la ciencia moderna, ansiosa de explicarse el misterio de la vida, y que rechaza con buen acuerdo todo medio extranatural, o sobrenatural para examinar la naturaleza,—nadie desconoce el nombre meritorio del profesor Huxley. Huxley anda a la par de Darwin y de Haeckel. Suele publicar obras dilatadas, en que agota con lucidez singular la materia que estudia, pero muy a menudo publica estudios sueltos, o pronuncia discursos aislados, en los que registra sus últimas investigaciones, y ajusta a ellas, reformándolas o confirmándolas, sus opiniones anteriores. Estos discursos y estudios sueltos se señalan, como todas sus obras, por su absoluta independencia en el pensamiento; por la primacía del pensamiento neto y sólido sobre la frase, que no ofusca al pensamiento, sino le sirve y obedece; y por su saludable falta de respeto a toda doctrina convencional, o teoría impuesta. No acata Huxley más tiranía que la de la inflexible naturaleza; ni da a la razón el derecho de construir, ayudada de la imaginación, que es arquitecto excelente, palacios aéreos—sino que no permite a la razón elaborar con más elementos que aquellos visibles y corpóreos que el examen de la naturaleza ofrece. De esos estudios sueltos, que los ingleses llaman ensayos, significando con eso que son estudios detallados de un solo asunto, y no que son tentativas de estudio, que es lo que significaría la palabra ensayo en castellano neto;—ha publicado ahora Huxley un tomo nuevo, que ha sido muy leído, y en el cual, por el interés humano que va en la materia en el discurso tratada, sobresale el discurso del profesor Huxley sobre “La ciencia y la cultura”, en la que el profesor discute y fija cuál ha de ser la cultura de estos tiempos, y cuál es su objeto, y si ha de ser principalmente literaria, o principalmente científica. De gran aplicación sería ese discurso en nuestras tierras, cuyos mayores males vienen tal vez de que la masa de hombres inteligentes, llamados a dirigir, reciben una educación, no solo principalmente, sino exclusivamente, literaria. Por de contado, Huxley rompe lanzas con aquellos ingleses que creen que para ser hombre culto no es necesario estudiar más que bellas letras, y no bellas letras modernas, sino las griegas y las latinas; por lo cual miran al que sabe de Teócrito y de Ovidio como a ilustradísima persona, aunque ignore las leyes del comercio moderno, o los oficios industriales de una planta, o las leyes que regulan la marcha de las instituciones en los pueblos; y ven con malos ojos, y como de

superior a inferior, a uno que sabe de física, y de historia natural, y de industria, y de agricultura, y de comercio, y de mecánica, y de toda la varonil y magnífica poesía que cabe entre ellas, y viene de ellas, pero no recita de memoria por desdicha, y con el debido tono y acento, las *Geórgicas* y las *Bucólicas.*—¡Razón de sobra tiene en su campaña el profesor Huxley! Un hombre de estos tiempos nutrido exclusivamente de conocimientos literarios, es como un mendigo flaco y hambriento, cubierto con un manto, esmaltado de joyas, de riquísima púrpura. A Neso, lo devoró su túnica; y a nosotros, este manto esmaltado de joyas.

—La fama es un caudal que suele producir hermosa renta. Muchos poetas hay, en todas las partes de la tierra, que se quejan de lo improductivo de la Musa, mas es lo cierto que en los pueblos grandes, donde hay gran público, suelen pagarse bien las obras de los poetas: solo que lo que se paga, no es la obra, sino el derecho de explotar el nombre famoso del que la ha hecho. Así, aconteció con Longfellow que, en los primeros tiempos de su carrera poética, no hallaba quien le pagase cosa decente por su poesía, o hallaba muy mezquinos pagadores: y después que gozó de renombre, vendió a tal precio sus versos que por el derecho de publicar en un diario de Nueva York una de sus composiciones que no tenía más de 200 líneas, hubo de pagarle el editor $4 000 a razón de veinte pesos por verso. Poco menos le han pagado a Tennyson en Inglaterra por su “Tithonus”, cuya composición vendió el poeta inglés a tres guineas la línea. La composición que produjo a Longfellow $4 000 anda en sus obras, porque solo vendió al editor del diario neoyorquino el derecho de publicarla por breve tiempo; y es la historia, bellísima en verdad, de un hogar honrado, que se abre con una fiesta en que se celebra la terminación de la casa nueva en que van a vivir los recién casados, y se les ve luego, en diferentes escenas, todas dulces y puras, ya sentados, en soledad gustosa y dulce miedo, frente a la mesa que el trabajo del hombre ha de llenar de manjares, y la ternura de la mujer ha de conservar alegre y sin mancha; ya ahogando entre risas de orgullo las voces de mando que, acompañadas de grandes golpes de cuchara en la mesa, da el primer hijuelo; ya deleitados viendo cómo en torno a la silla de los padres juegan y riñen y vuelven a jugar aquel hijo primero y la primera hija; ya presidiendo a la mesa, llena de niños brillantes, como un rosal de rosas; ya tristes junto al fuego, porque andan lejos los hijos, en mares y en batallas, y en otros brazos las hijas, enjugando la frente de nuevos batalladores; ya sonrientes y felices, y cercados de nietos, que vienen con los hijos y vecinos a celebrar las bodas de oro

de aquellos abuelos honrados.—Y como todo eso está dicho con delicadeza y arte sumo, y agrada al oído por la música del verso, y la mente por el arte en ellos desplegado, y corazón por la casta y melancólica dulzura del poema—no pagó mucho por él el que pagó los cuatro mil pesos. La belleza alivia: un canto hermoso es una buena acción: quien da huéspedes al corazón le da compañeros para la amarga vida: un buen canto es un buen huésped. Y ¡cómo duran los versos! Duran más que los imperios en que se cantaron, y que las fortalezas que defendieron los imperios. Troya está en ruinas: no la *Ilíada*. El poeta unge con óleo de vida eterna los paisajes que pinta y los héroes que consagra.

La Opinión Nacional, Caracas, 22 de mayo de 1882

[10]

—No es cosa común en Rusia la aparición de una novela política, ni se había dado jamás caso, en la corte del zar, de un ministro novelista. Este es el caso de ahora, en que la publicación de una novela del conde de Valuev trae revuelta a la corte, y muy interesada a aquella parte de la nación que sabe leer. El conde escritor es en la corte persona magna, que merced a sus talentos, y a su buena casa y notable hermosura, halló favor en la corte del Zar asesinado, de quien fue por mucho tiempo primer ministro, y el más liberal de ellos, tanto que cuando ya no quiso el Zar continuar gobernando liberalmente, dejó de ser su ministro el conde Valuev, que continúa siempre en altos puestos del estado, a tal punto que ya se le señala como el sucesor probable del general Ignatiev, actual Presidente del Consejo del Zar. Diciendo, pues, que la novela del conde es un libro en que, bajo forma de novela, hace gala de su fe política, y juicio de los partidos rusos, queda dicho qué interés extraordinario ha despertado el *Lorin,* que así se llama el libro. El argumento es simple. Casi todos los personajes de la novela pertenecen a la aristocracia rusa. Un oficial de la guardia imperial, Michael Lorin, se enamora de una hermosa condesa, cuyo marido vive en París gozosamente, en tanto que ella llora en Rusia soledades, lo que viene a parar en que la condesa llegue a amar de tal modo a Michael que, arrebatada de celos al verle llevar del brazo a una linda joven en un baile, declara ante la asombrada concurrencia sus amores con el oficial. Por sí misma desacreditada, sale la condesa de San Petersburgo; y Michael, aunque conoce que ama a la joven del baile, y sabe que es ardientemente amado de ella, cree que es deber suyo seguir a aquella otra mujer que por amor a él perdió su crédito y la sigue. Esta nobleza, que al principio seduce a la condesa fugitiva, la llena luego de remordimiento, porque por ella ha perdido Lorin su carrera brillante, y el apoyo de un tío acaudalado, cuyo remordimiento llega a tanto que la condesa deja a Lorin, y se vuelve a San Petersburgo, lo cual permite al oficial volver a Rusia, mas no a San Petersburgo, donde no puede vivir porque es oficial pobre, sino a la provincia; solo que viene a herirle a tiempo una enfermedad grave, que lleva de nuevo al tío severo a proteger a Lorin, el cual vuelve también a San Petersburgo, a casarse con la lealísima joven del baile que le aguarda. Pero toda la novela está sembrada de alusiones políticas, de descripciones de la corte, de juicios de los partidos contendientes, de alabanzas a

Pedro el Grande, que salió de su casa imperial para ir a emprender artes mecánicas en una tierra austera, y no danzas ni arte de mentir en la corte frívola de Francia, por lo que el conde Valuev cree que ningún país ha tenido rey mejor que Pedro, a quien no debía llamarse "el Grande" sino "el más Grande". Y lo curioso del libro es que contenta igualmente a los eslavófilos o nacionalistas, que quieren gobernar a Rusia como se la gobernaba tres siglos ha, y con absoluto apartamiento del resto de la vida universal, ni atención a institución que no sea rusa,—y a los liberales u occidentalistas, los cuales sostienen que esas instituciones llevan a Rusia a la barbarie, y que la nación debe ser gobernada como lo son los países democráticos y generosos del oeste de Europa. Y el conde dice que se puede tomar de lo del oeste todo lo adaptable a Rusia sin lastimar por eso ni mermar todo lo que vaya de bueno en las instituciones nacionales.—Hay frases en el libro del conde, que ya corren en boca de todo el mundo. En un lugar dice: "Nuestras leyes protegen a ambos contendientes en el papel, pero en la práctica solo a uno", con lo que condena sin duda los privilegios excesivos de que goza en Rusia el señorío. Dice en otra página: "Tener razón no importa entre nosotros nada". Hablando del buen mujik, del campesino ruso, escribe: "Nadie puede comprar al *mujik* con rublos, pero cualquiera le compra con una palabra cariñosa". Tal es la novela *Lorin,* "el libro del año" en Rusia, porque no habrá en el año otro más famoso.

—Saben ya nuestros lectores, por una de nuestras cartas de Nueva York, que acaba de morir poco después de su amigo Longfellow, el grandioso Emerson, tenido como uno de los más potentes y originales pensadores de estos tiempos, como varón excelso, y como el más grande de los poetas de América. Llamábanle, por lo profundo de sus visiones, su amor a lo perfecto y su veneración a todo lo bello, el Platón moderno. Su presencia, ya en su pueblo, en todos cuyos actos íntimos se mezclaba sencillamente, ya en la plataforma de lector, que ocupó con éxito grande entre los grandes, y pequeño entre los pequeños, parecía una iluminación. De sus obras en prosa, la que presenta en globo las impresiones que en él hizo el Universo, y su concepto de las leyes de este, es su famoso libro, tan famoso como breve *Naturaleza*. Allí sostiene que la mente es superior a la materia; que el hombre limitado irá a dar en el Creador sin límites; que la naturaleza es sierva del hombre, y su educadora, y que el objeto de la vida es la preparación a los goces de la muerte por el ejercicio de la virtud. Otro de sus libros se llama *Hombres representativos*, que pudiéramos llamar nosotros "Hombres

místicos", y elige a Montaigne, como tipo de los escépticos; a Platón, como tipo de los filósofos; a Swedenborg, como tipo de los místicos; a Shakespeare, como el poeta; a Goethe, como el escritor, y a Napoleón, como el hombre mundano. Cada frase de este libro es una sentencia; y cada una de esas sentencias pudiera dar margen a otro libro. Pasma esa fuerza de concentración. En otra obra analiza y describe a Inglaterra, y esta obra se llama *Rasgos ingleses*. Bajo el título de *Ensayos,* ha agrupado la esencia de sus lecturas, que abarcan casi todos los asuntos importantes que requieren en la tierra la atención del hombre. Una colección de estos ensayos se titula: "La conducta de la vida"; otra, "Sociedad y soledad"; otra, "Cartas, y asuntos sociales." De entre sus versos, sobresalen los resúmenes de sus *Ensayos,* que ponía a la cabeza de estos, y una augusta elegía, que llamó "Threnodia," y es tal vez la expresión más sobria, grandiosa y sentida del dolor paterno que existe en lengua alguna, ni hay tampoco, aun entre los clásicos griegos, ni entre los bucólicos ingleses, poema descriptivo superior al que Emerson tituló "Día de mayo". Sus trozos descriptivos se parecen a la traducción que hizo el poeta americano Bryant de la *Ilíada*. Pero el ritmo de Emerson es más vivaz y alado que el de Bryant.

La Opinión Nacional, Caracas, 23 de mayo de 1882

JUNIO 1882

[1]

—Siembran en Cuba plátanos, a la falda de las lomas, para que den buena sombra a los débiles cafetos, como nosotros sembramos el hermosísimo bucare. Ahora leemos un consejo que *El Monitor de los Productos Químicos,* que es un útil periódico francés, da a los sembradores de melones, a los cuales advierte que abonen con residuos de café sus melonares, porque son un fertilizador muy estimulante, y se ha notado que los melonares abonados con café, producen melones de un aroma exquisito. No debemos desperdiciar el consejo.—Los residuos de café son un excelente abono para jardines y huertas.

—Está de triunfos la electricidad. Ya la empacan y la llevan a bordo de los buques, que se surten de ella y se alumbran a su hermosa luz durante la travesía, lo cual nunca pudieron hacer con la luz del gas. Se han hecho experimentos repetidos, encajonando la luz eléctrica, y enviándola a través del océano, y los experimentos han confirmado la tentativa. En travesía

de doce días de un lado a otro del Atlántico, ha alumbrado con luz de día un buque la hermosa luz de Faure, cuyas baterías, preparadas en tierra, iban a bordo, y cuyos polos llegaron al término del viaje tan poco recargados, que se estima que la luz pudo durar mucho más. Y esta luz no solo es más viva, igual y plácida que cualquiera otra, sino más barata. El invento que ha mejorado Faure es el de Planté. Tiénese, pues, por seguro que, así como se embarca ya la luz, podrá embarcarse de aquí a poco la fuerza, y enviarse empacada a donde se la pida, por buque o por ferrocarril. Tal van los tiempos, y tantas maravillas están haciendo en ellos los hombres que las exageraciones fantásticas con que llenó Émile Souvestre su pintoresco libro *El año tres mil,* en que supone realizados progresos de mecánica, tan estupendos que parecen hoy aún cómicos, no serán, cuando el año 3000 llegue de veras, más que realidades pálidas. Todo, o casi todo, se sabe ya de la luz de la tierra. ¿Y quién sabe algo nuevo de la luz del alma?

—Es el *Saturday Review,* o *Revista del Sábado* uno de los periódicos más leídos y apreciados en Inglaterra. Es más ligera y breve, pero no menos concienzuda, que la *Revista de Edimburgo,* el *Quarterly Review,* y el *Blackwood's Magazine* afamados. Con leer esos periódicos, se está al tanto de todos los grandes sucesos, actos, problemas, libros que interesan al conocimiento de la vida actual. De Darwin dice esto que copiamos, el *Saturday Review*:—“Puede decirse de Mr. Darwin que su vida fue feliz, su método fructuoso, su obra magistral. Fue la suya una vida ideal. Darwin no fue solamente un hombre de genio, con la paciencia y adivinación del genio: fue también un hombre genio de tal manera colocado, que su genio especial pudo tener, y tuvo la aplicación más amplia. Tan aceptada por los hombres civilizados como la teoría de la gravitación es hoy la teoría de que el orden del Universo es el de una mente suprema trabajando silenciosa y regularmente a través de las edades, y no espasmódicamente. Nadie ha contribuido más poderosamente que Darwin a la aceptación general de esa teoría.”

—Unos, un tanto ciegos, admiran a ciertos pueblos grandes y potentes; otros, con mejor acuerdo, admiran más las grandes cosas realizadas por los pueblos pequeños. Suiza y Bélgica son naciones muy dignas de estudio. Suiza tiene 1 594 millas de ferrocarril, las cuales valen unos $200 000 000 y en cuya explotación se ocupan 13 000 personas. El trabajo hace allí fuertes a los hombres. La libertad es fruta dulcísima: es la fruta del árbol del trabajo. Sin

árboles, no hay frutas.

—Se han hecho cálculos nuevos sobre el Sol, que modifican un tanto los antiguos, y descubrimientos nuevos, que añaden datos a la gran ciencia heliográfica. Proctor se llama un inglés que sabe del Sol mucho. Pero no tiene que envidiarle el italiano Rossetti, que sabe más que Proctor. Rossetti acaba de fijar la temperatura del Sol en 18 000 grados fahrenheit. Unos suponían que la temperatura del Sol era de millares de grados; otros mantenían que no era más alta que la de 3 632 grados fahrenheit: hoy, tiénese como cierta la fijada por el paduano Rossetti, y sobre ella generalmente se calcula. No se sabía antes tampoco que hubiese en el Sol elemento alguno que no fuese metálico, y ahora sábese ya que hay oxígeno en la atmósfera del Sol. Creíase antes que el Sol estaba a una distancia de 95 000 000 [millas] de la Tierra: ahora se ha rehecho el cálculo, y se asegura que la distancia entre el Sol y la Tierra no excede de 93 100 000 millas. Y desde Newton se viene preguntando qué alimenta el orbe solar, que da de sí tan gran calor sin enfriarse jamás, y cuáles son las sustancias que llenan ese inmenso horno, puesto que parece natural que de algo está recibiendo el Sol permanentemente el fuego con que permanentemente calienta el Universo:—y ahora hay dos novísimas teorías, que traen preocupados a los astrónomos. Mattieu Williams afirma que el calor del Sol es mantenido por ese que se llama “polvo cósmico,” o materia tenue que vaga en la esfera, la cual recoge el Sol incesantemente en su viaje a través del espacio, y se condensa en la superficie del Sol, y viene a ser el perpetuo alimento del perpetuo fuego: otro astrónomo de nota, que es el americano Siemens, cree que el Sol es como un abanico inmenso, que recibe al plegarse tanto calor como da al abrirse, y que repara la energía que pierde al radiar su calor en el espacio, con la atracción y conversión en fuego de la materia tenue dispersa en la atmósfera que la fuerza centrífuga del Sol atrae a este astro. Pero a eso se opone Proctor, que dice que la fuerza centrífuga del ecuador del Sol es mucho menor que la fuerza centrífuga del ecuador de la Tierra, y que no puede suponerse que la del Sol lance del astro el calor que conforta a los demás cuerpos del Universo, cuando la de la Tierra no lanza al espacio las aguas del océano. En eso están ahora los estudiadores de ciencias heliográficas.

La Opinión Nacional, Caracas, 2 de junio de 1882

[2]

—Venían muriendo, y mueren abundantemente, los italianos de *pellagra,* sin que los médicos diesen con las causas de este mal terrible, que nada ataja luego que ha prendido en un cuerpo humano, y que solo puede ser combatido en sus orígenes. Parece que al cabo se ha dado con la causa del mal, un mal de veras terrible. El médico Lombroso ha hecho investigaciones pacientísimas, en amigos suyos, y en perros y en conejos. Ha hallado al fin que la causa de la *pellagra* es el maíz enfermo. Lombroso ha descubierto que una tintura de este maíz enfermo contenía un alcaloide semejante a la estricnina. La infusión de esta tintura en animales, y aun en personas, ha producido en grado correspondiente a la cantidad inyectada, los síntomas de la *pellagra,* Inyectó Lombroso en una rana medio gramo de la tintura, y la rana, después de convulsiones tetánicas que aparecieron al cabo de media hora, murió muy pronto. El uso del arsénico ha servido de mucho al médico italiano en el tratamiento de esta enfermedad, verdadero azote de las campiñas de Italia. El doctor recomienda, por tanto, el arsénico, y aconseja que no se cultiven más ciertas especies del maíz, que en Italia adquieren fácilmente la enfermedad que traspasada al hombre, se convierte en esa temidísima *pellagra.* Tanto ha ocupado a Italia el descubrimiento de Lombroso, como a Francia, y a los pueblos todos, ocupó el descubrimiento del vibrión, el gusanillo germinador de tantas enfermedades, cuyo hallazgo vino a coronar los esfuerzos pacientes del médico Pasteur hombre verdaderamente sabio.

—Entre los nuevos hombres de letras en España, brillan ya los de tres jóvenes poetas líricos, y un poeta dramático. Aquellos se llaman Palau, Marín y Abarzuza; el poeta dramático se llama Ceferino Palencia. El nombre de Ceferino Palencia es ya familiar en la Corte: la representación de su última comedia *El guardián de la casa* fue para Madrid como una fiesta de familia. A todos sedujo aquel autor tan bien dotado, tan tímido, tan joven, tan modesto. El verso de sus comedias es desembarazado y airoso, y recuerda aquel rebosante verso bretoniano, más movible y musical que el verso de Moratín. Su mérito como autor cómico está en que presenta los defectos humanos en su forma natural y frecuente, lo que les da más carácter de verdad, y mayor influjo a las lecciones que resultan de ponerlos en escena: lo cual no acontece cuando los defectos se caricaturan, porque el público no se ve en esas

exageraciones, y como no siente la realidad de aquellos caracteres, no recibe impresión alguna de las lecciones puestas en sus labios, o traídas por sus actos que de este último modo deben darse las lecciones en el teatro, y no por pláticas morales. La verdad ha de darse al hombre envuelta en mieles. Ha de hacérsela risueña y amable, para que el hombre, seducido por su apariencia externa, se acerque a ella, y la oiga sin saber que la oye,—y ese es el arte de los buenos poetas cómicos y el de Ceferino Palencia.—Abarzuza, que nació en Cuba, y Palau, son poetas grandilocuentes, que buscan en los grandes aspectos cósmicos y en los últimos descubrimientos científicos las imágenes grandiosas que faltan a la poesía lírica moderna. No cantan amores, ni dolores, sino armonías de la Naturaleza. Los versos de ambos son de tal timbre y vuelo, que no tienen qué envidiar a los más sonoros y mejor forjados de la musa castellana. De Abarzuza, la mejor obra es una oda "Al mar". De Palau, lo más celebrado es una oda a "El Polo Ártico." El otro poeta no tiene aún 21 años y ya se ha abierto camino entre los bardos de fama: es Marín, joven aragonés. Se parece su verso al de Grilo. Las estrofas brotan de él como agua de surtidor: fresca, esmaltada, rumorosa, rica. Tiene su poesía, como obra de quien no ha vivido, el albor y la fragilidad de las espumas. Están aún, como versos primerizos, más cargados de sonidos que de sentido; pero sorprende aquella rima tan candente, aquel período tan amplio y tan lleno, aquella exuberancia de colores. Marín tiene ya todas las formas de la poesía: la vida, y el uso que él haga de ella, harán el cuerpo que él ha de vestir con ese suntuoso ropaje.

La Opinión Nacional, Caracas, 5 de junio de 1882

[3]

—En nuestras "Cartas de Nueva York", hemos hablado de Pasteur, y dado cuenta de la reciente elección del afamado médico, para ocupar el sillón de Littré en la Academia Francesa, y de la fiesta de la recepción. Digamos ahora algo sobre sus méritos científicos. Nadie ha hecho más que Pasteur, por sacar de la ciencia recursos para aliviar los dolores de los hombres. Con generosa caridad, ha estudiado celosamente los orígenes desconocidos de muchas enfermedades extrañas y mortíferas en los animales y en los hombres. Pasteur nació de pobre familia. Hay en Francia un premio, que llaman el premio de Rumford, y que se concede a los que estudian con singular provecho la polarización de la luz: Pasteur, dado desde pequeño a hondos estudios químicos, ganó el premio Rumford, mas no siguió ensayos en esa vía sino que, quince años hace, cuando una enfermedad misteriosa devastaba las crías de gusanos de seda en Francia, y estaba esta en peligro de perder la gran riqueza que de sus sedas le viene, apareció Pasteur de nuevo, haciendo conocer descubrimientos tales, que detuvieron el mal, y ha podido decir de ellos el profesor Tyndall que esos descubrimientos solo han producido a Francia una suma mayor que los cinco millares de millones que la nación pagó por su rescate a Prusia. Pero tanto habrá trabajado el descubridor que tuvo un año paralizado toda una mitad de su cuerpo.—Con ser tal esa labor, no fue más que el comienzo de la obra de Pasteur. A poco, ya estaba dando a luz los resultados, en verdad pasmosos, de sus estudios a los gérmenes ignorados [de] las enfermedades que aquejan a la vida animal. Según la teoría de Laplace, todos los planetas han pasado por un estado ígneo, en el que la vida orgánica era imposible. Eran de fuego los planetas al principio: no cabían animales ni plantas en ellos. Se enfriaron después, y pudieron ya vivir en ellos las plantas y los animales, merced a una combinación, favorable a la presentación y mantenimiento de la vida, de los cuatro elementos que en todo ser vivo se encuentran: oxígeno, ázoe, hidrógeno y carbono. Esto no quería decir que fuese posible lo que aseguró luego un Van Helmont que podía ser, el cual Van Helmont dijo que de las ropas de desperdicios podían hacerse ratones. Lo que esa hipótesis mantiene es que los gérmenes primitivos de la vida se produjeron espontáneamente. Ya en 1748, Buffon y Needham se declararon en favor de la hipótesis de la generación espontánea. Pero Spallanzani probó unos treinta años [más tarde] que,—a pesar

de que algunos sostenían que trozos de animal o vegetal puestos en infusión y sacados al aire, se llenaban de seres vivos microscópicos,—las infusiones de porciones orgánicas que habían sido hervidas continuaban estériles.—Schulze y Helmholtz, que son dos filósofos alemanes de mucha cuenta, llegaron a la misma conclusión; pero Pouchet, después de experimentos semejantes a los de estos sabios alemanes, obtuvo resultados diametralmente opuestos. Así estaban los estudiadores de la vida microscópica, y del problema de la generación espontánea, que suponen que los seres vivos nacen de sí mismos, y no son más que la combinación de ciertos elementos químicos primitivos, que sueltos constituyen la vida inorgánica, la vida de las piedras, y reunidos producen la vida orgánica, la vida de los animales y las plantas,—cuando hizo Pasteur su aparición brillante en el campo de estos hombres estudiosos, con su memoria sobre los cuerpecillos orgánicos, los diminutos seres vivos que pueblan la atmósfera. Por ingeniosísimos medios había reunido las partículas flotantes en el aire de su laboratorio y las había sometido a un tenaz examen microscópico y hallado que muchas de aquellas partículas flotantes e invisibles que vagaban en el aire de su cuarto eran cuerpos orgánicos. Los sometió a tales procesos, que le permitieron asegurar, con datos científicos, que no hay razón para aceptar la teoría de la generación espontánea, lo cual confirmaron ampliamente los experimentos, del profesor Tyndall. De la averiguación de la existencia de esos cuerpos orgánicos, que llevando vida en sí, suelen empobrecer y arrebatar la vida de los demás seres vivientes, Pasteur, movido de su alma generosa, se consagró a estudiar los estragos que esos animalillos causan en el organismo de los hombres y de los animales, y a combatirlos. Por él se supo que todas las enfermedades contagiosas son producidas por ciertos gérmenes, y Pasteur vio que cultivando esos gérmenes de enfermedad, e inoculando suavemente en nuestros cuerpos una parte de ellos los más fieros ataques de las enfermedades que ellos producen serían luego impotentes para arrebatarnos la vida, como sucede con la viruela, a contener los estragos de lo cual basta una buena vacuna. Y lo que Pasteur aconseja es eso: otra clase de vacuna: la aplicación del mismo sistema a diversas enfermedades. Allí donde el germen está ya aclimatado, no puede hacer mal serio su súbita aparición, mientras que el cuerpo que no está habituado al germen de la enfermedad, será devastado por ella. Por eso Pasteur es hoy tan afamado como amado, se le admira por su ingenio y su tenacidad; se le ama por sus beneficios. Su celebridad, es ya tan grande como la

de Jenner, el inventor de la vacuna: Pasteur ha confirmado por experiencias en ovejas y otros animales que es posible el medio de salvación que propone: no hay hombre notable en la ciencia médica que no esté hoy preocupado con el medio de aplicar y aumentar estos descubrimientos. En México se han hecho, por médicos mexicanos, investigaciones notabilísimas a propósito de los gérmenes de la fiebre amarilla.

La Opinión Nacional, Caracas, 14 de junio de 1882

[4]

—Entre los modernos hombres de ciencia de Italia, a más del profesor Rossi, que es consumado geólogo, y del profesor Rossetti, astrónomo, de quienes ya ha hablado a sus lectores *La Opinión Nacional,* cuéntase un escritor de importancia ya reconocida, por más que algunas de las teorías que mantiene, a pesar de ser teorías materialistas, sean meras elaboraciones metafísicas, e hipótesis osadas no comprobables con hechos. Pero busca con afán y con sinceridad la verdad, y se ha consagrado generosamente al estudio de los problemas de la Naturaleza, y merece el renombre que goza. Se llama Tito Vignoli. Entre sus obras, distínguese *La doctrina racional del progreso,* y la que acaba de publicar que se llama *El mito y la ciencia.*

En *La doctrina racional del progreso* desarrolló Vignoli la que le parece ser la ley del progreso humano, el cual, en su origen e impulso, fuera de lo que de sobrehumano pueda tener en sí mismo el hombre, no necesita para su desarrollo de ninguna influencia sobrenatural. Otra es la materia que estudia en *El mito y la ciencia,*—en cuyo libro trata de investigar el origen de la vida en su doble manifestación racional y animal, cuyo origen de dobles manifestaciones mantiene el italiano que arranca de una base común de materia que se produce y transforma conforme a la teoría de la evolución, que mantiene que cada ser se cambia por su propia fuerza en otro ser superior de su misma especie, cuyos cambios, partiendo de cuerpecillos infinitesimales vivos, vienen a rematar en la producción del ser humano. ¡Ni que mucho que eso fuera cierto! El misterio siempre queda el mismo. El misterio no está en el modo con que se desarrolla la vida, sino en la esencia de la vida.

Mientras más pequeño es su germen, más grande aparece su Creador. No hay ofensa al Creador en suponer que hizo el mundo de uno u otro modo, o que desarrolla la vida por uno u otro procedimiento. Cuando los hombres discuten sobre esto, contradicen las opiniones de otros hombres. La palabra de Dios es la naturaleza, y la naturaleza no ha favorecido todavía a hombre alguno con la plena revelación de su misterio. ¡Que aparecen paralelamente y a un tiempo mismo en los seres vivos la vida espiritual y la material! No ha llegado a demostrar eso aún la Historia Natural, ni a sospecharlo siquiera, aunque eso ha de ser lo cuerdo, porque todo ser vivo aunque imperfecto, está dotado de una suma visible, mayor o menor, de vida

espiritual!

Pero aunque eso demostrase, estaría demostrado a lo sumo que las dos manifestaciones de la vida, la espiritual y la material, aparecen a la vez y se desarrollan paralelamente en los seres vivos. Mas ¿qué demuestra en eso que el espíritu sea una mera secreción de la materia, como quieren los materialistas? Valdría tanto como afirmar que la materia es una mera obra del espíritu. Tan metafísico son los que por ignorancia, o soberbia espiritual, niegan la importancia indiscutible del elemento material en nuestra vida, y la dependencia de la materia a que está sujeto el espíritu,—como aquellos que, por ignorancia también, y también por espiritual soberbia, niegan la importancia visible del espíritu en la vida del hombre, y la dependencia del espíritu a que la materia está también sujeta!—Se nos han salido involuntariamente de la pluma esas reflexiones al dar cuenta del libro nuevo de Vignoli.

He aquí lo que dice del libro una buena revista extranjera. "Vignoli es partidario acérrimo de la teoría monística en toda su amplitud. Ha construido su libro sin valerse en ningún punto de él de la doctrina que reconoce al hombre dotado de una doble vida, corporal y espiritual. Más darwinista que Darwin mismo, no se inquieta por ese animal intermediario, por ese 'eslabón perdido', en la cadena que une a Shakespeare y Newton, a los hombres más extraordinarios de la Tierra, a los hombres casi divinos, con su humilde antecesor, el ascidiano. Vignoli cree que la vida animal no es más que una extensión transformada, una nueva combinación mejorada, de las fuerzas puramente mecánicas de la naturaleza, y que la vida racional, o espiritual, cuyos nombres confunde en uno mismo, no es más que la extensión transformada, y un estado nuevo, de la vida puramente animal, llevada a más altas manifestaciones por la simple fuerza de cambios continuos e infinitesimalmente pequeños, verificados a través de las inmedibles estaciones de la formación de la Tierra".—Que cada grano de materia traiga en sí un grano de espíritu, quiere decir que lo trae, mas no que la materia produjo el espíritu: quiere decir que coexisten, no que un elemento de este ser compuesto creó el otro elemento. ¡Y ese sí es el magnífico fenómeno repetido en todas las obras de la naturaleza: la coexistencia, la interdependencia, la interrelación de la materia y el espíritu!

—Continúa la revista extranjera: "Vignoli mantiene que es inconcebible una ciencia del Universo, que no admite la existencia de fuerzas eternas e inmanentes, fuerzas que residen en

el Universo mismo, y que trabajan para la realización de fines necesarios, con arreglo a la conservación y correlación de la energía que poseen las fuerzas desde su principio.”

Y ¡siempre queda en pie la verdad inconmovible! Todos los trabajos, los beneméritos y colosales trabajos de la ciencia; que encadenan la atención, benefician la vida, fortifican la mente, y nos enorgullecen de nosotros mismos,—se reducen a averiguar la disposición de las fuerzas de la naturaleza, y la manera de su desarrollo. ¡Pero eso es el anhelo del espíritu humano! El hombre quiere saber lo que nadie ha de decirle: la esencia de la fuerza!

Quiere penetrar lo que el sumo dolor o la vida humana, aparentemente pueril, le ofusca a veces: el objeto de la vida! Eso le importa más que la disposición de las fuerzas de la vida. Las ciencias aumentan la capacidad de juzgar que posee el hombre, y le nutren de datos seguros; pero a la postre el problema nunca estará resuelto; sucederá solo que estará mejor planteado el problema. El hombre no puede ser Dios, puesto que es hombre. Hay que reconocer lo inescrutable del misterio, y obrar bien, puesto que eso produce positivo gozo, y deja al hombre como purificado y crecido. Se magnifica el virtuoso.

La Opinión Nacional, Caracas, 15 de junio de 1882

SECCIÓN CONSTANTE

Acaba de publicarse en Colombia un delicioso libro. Es de versos, pero de exquisitos versos: versos de poetas, no de rimadores. No deja de ser curioso que en este volumen se hayan reunido las composiciones coloreadas y fantásticas de Diego Fallón, nombre querido de los colombianos, y de José María Roa Bárcena, cultísimo poeta de México, de quien no sabemos que haya estado en Colombia, ni tenga con esta más relaciones, que las que unen, en dos tierras en que se habla bien el castellano, a los que se distinguen por el bien hablar. Diego Fallón no es un poeta fecundo, no porque no lo sea, puesto que los versos fluyen de sus labios abundantísimamente, sino porque él no imprime todos sus versos, sino aquellos muy caros, que le parecen hijos suyos, porque los ha llevado mucho tiempo en estado de sentimientos en su corazón, o de imágenes en su mente, hasta que al cabo, en una hora feliz, hallan en palabras adecuadas, sobrias y resplandecientes su molde propio. Sus composiciones no se cuentan por decenas, mas cada una de ellas basta para acreditar de poeta a Fallón. Sus composiciones descriptivas, parecen más que lienzos ricos de buen color, escenas reales. Sus versos "Las palmas", publicados ha poco en *El Papel Periódico Ilustrado* de Bogotá, se mecen, y juegan al sol; y silban, o rumorean, como al viento colérico o al alisio blando las palmas del Desierto. Las palabras están en las estrofas, como piedras preciosas en corona. Y eso parece cada estrofa: corona de piedras preciosas. En lo humano, Diego Fallón es un modesto enseñador de idiomas. Porque para hablar bien nuestra lengua, no hay como conocer otras: el contraste nos enamora de la nuestra; y el conocimiento nos habilita para tomar de las ajenas lo que a la nuestra haga falta, y curarnos de los defectos que ella tenga y en las demás estén curados. Fallón es además conversador muy buscado, músico notable, orador abundoso y elocuente. En Bogotá, es hijo mimado.—No tiene menores méritos el mexicano Roa Bárcena, de quien en la *América Poética* de José Domingo Cortés, pueden leerse las sabrosas rimas en que cuenta cómo fue fundado el viejo México. Roa Bárcena es otro artista. Menos inspirado que Fallón; es aún más correcto. Es menos brillante, y más académico.—Pero no es académico en lo que es censurable serlo,—en la rebelión ciega a todo lo que no sea cosa rancia, herrumbrosa y arcaica,—en el desconocimiento pueril y voluntario de las generosas investigaciones modernas,—en la encarnación de ideas autoritarias, estrechas y egoístas en

formas amaneradas y confusas,— sino en el uso discreto y donairoso de esta admirable lengua nuestra, que la lectura de malos diarios y traducciones ruines traen en España y América maltrecha y desfigurada, a punto que parece hoy, en América como en España, más que lengua, dialecto, y es fuerza hablar a veces el dialecto para no ser acusado de amanerado o de confuso por hablar bien la lengua.—Roa Bárcena siente con suma delicadeza; y escribe con ciencia y con respeto.—La lengua es para él como madre amada, y la acaricia y mueve con cuidado, no brutalmente, como otros malos hijos. En política, cree Roa Bárcena, más por lo que tiene de artista que por lo que tiene de político, que no deben abrirse anchas puertas a las clases nuevas, como si embandar y engrillar un árbol fuera buena manera de proteger su majestuoso crecimiento; pero no es un odiador áspero y malqueriente, sino un buen caballero de sus pensamientos, amable y tolerante. En poesía, no ha hecho cosa mejor que unos magníficos sonetos, impregnados de un dolor suave y penetrante, que parece exquisito perfume, a la muerte de su padre, y a la de su esposa.—Este libro de Fallón y de Roa Bárcena va encabezado por un prólogo suscrito por un nombre querido, que garantiza leal pensamiento y deleitosa habla a cuanto vaya con él autorizado: el buen nombre de Miguel Antonio Caro, un ardiente católico—que no ha traducido a Santo Padre alguno, sino a Virgilio,—que hizo versos a Alexis. Es una prosa límpida toda la de Caro. En letras, es sabio. —En lenguas muertas, y en la suya, es magno maestro. Su lenguaje, en asuntos de letras, es macizo y bien nutrido, como cargado de ciencia literaria. En otros juicios, en juicios sobre asuntos de nuestro tiempo, inevitables y trascendentales, como que se resiste, por lujo y uso de escuela, a conocer

[Ms. en CEM]

Cartas

A GABRIEL DE ZÉNDEGUI

New York—1ro. de diciembre [1881]
S. Gab. Zéndegui.—

Mi querido Gabriel.

Si los vientos han sido leales, te habrán llevado una amorosa carta mía. Te la debo especialmente, y te la he pagado muchas veces. Si el pensamiento no va a la pluma, sino al aire, es porque no gusta de manos, sino de alas.—Esta carta te la lleva un arrogante poeta, que es mi amigo, y ha sabido obligarme. Con decirte su nombre, te está presentado: José Pérez Bonalde, cuyo mérito crece con los días. Tú sabrás que él ha vertido en rico molde castellano la acre esencia de Heine, y ha hecho un poema al Niágara relampagueante y robusto, y otras cosas más que irás sabiendo.—Tiene, especialmente, de bueno, que es poeta como tú, en versos y en obras.

Conque ya te está presentado. Tú vales mucho, y él mucho. Llévalo a donde estimen su mérito, y pueda él estimar el nuestro:—que—créemelo: aún soy cubano!—Va con Bonalde su distinguida e inteligente esposa. Contribuye a hacerles agradable su estancia breve en nuestra tierra; y esto más tendrá que agradecerte, y no será lo que te agradezca menos,

tu amigo

J. Martí

[Fotocopia en CEM]

A ENRIQUE JOSÉ VARONA

New York, 1ro. de diciembre [1881]

Sr. Enrique J. Varona.

Bien puede ser, amigo mío, que se haya olvidado de su amigo Martí que, no por haberle visto poco ni usado escribirle, le tiene en menos de lo que sabe que Vd. vale. Pero ahora va a La Habana un gallardo poeta, de espíritu fogoso y carácter levantado, José Pérez Bonalde, a quien

quiero,—y se lo envío—, para darme honor conque él vea el que da Vd. a mi tierra, y para que tenga Vd. ocasión de hacer sabrosa su estancia breve en Cuba a quien tiene ya merecido bien de las letras, y vasto renombre. Es seguro que Vd. le conoce: vea Vd. que era difícil ya cantar al Niágara de una manera original; brillante y durable— y Bonalde lo ha cantado en un poema arrebatado y abundoso, impreso en sus *Ritmos,* que le han valido tantas celebraciones. Ni era más fácil dar cómoda y propia casa española al rebelde y movible espíritu de Heine—y Bonalde se la ha dado; y luciente y suntuosa. Ni es más fácil que todo eso ser poeta a la par en versos y obras, — y eso es mi valioso amigo venezolano: Ya los oigo hablar a Vd. y a él, de cosas altas y buenas; y ya me aflijo aquí, en silenciosa amargura, de no hacer yo parte llana al diálogo. Pero a obrar bien, y no a gozar, hemos nacido. Sea V. cariñoso con Bonalde;— aunque él vale tanto que ha de captarse, como cosa propia su cariño. Llévelo a donde sepan estimarlo. Hágale conocer a nuestros buenos y a nuestros brillantes. Al mejor lo envío:— conque espero que venga Bonalde contento de mi tierra, que es el mejor derecho de quien la ama bien.—

¿Cómo haría yo para leer a menudo cosas de Vd? Allá le envié dos números de una *Revista Venezolana,* que murió de honrada. ¿Ha impreso Vd. sus conferencias?

Mucho le estima, y mucho le agradecerá cuanto haga por Bonalde. Su amigo

José Martí

459 Kent Avenue —Brooklyn.

[Ms. en CEM]

A MIGUEL F. VIONDI

New York, 1ro. de diciembre [1881]

Amigo mío:

Todos, todos los días le he escrito una carta amorosa, en pago de aquella gentilísima suya, y sabroso presente, que recibí en Caracas, y en pago de su fraternal bondad con Carmen.

¡Desleal brisa cubana, que no lleva mis cartas! ¡Y locos pensamientos, que no bajan a la mano, sino suben! No me culpe, pues: le quiero vivamente.

Y ahí le envío, a que le diga de mí, y a que lo quiera, y a que vea a mi compañero de trabajo, y admire sus artes, vivacidad e ingenio,—a un amigo a quien quiero de veras, y a quien deseo que,—en los días que haya de estar en La Habana, a donde va de paso con su esposa,—siente Vd. en mi sillón. Es afamado poeta, e hidalgo hombre: José Pérez Bonalde, venezolano. Si le escribo más, le robo tiempo de hablar con él, y no me agradece Vd. mi carta.

Que vendrá pagado de Vd. ya lo sé. Y que Vd. quedará pagado de él. Lo que no sé es si Vd., y los suyos se acuerdan de mí.—Con Lasaga no le escribí, porque no gusto de Lasaga. Ni de mí le escribo, por no escribir elegías, ni cantos de guerra al viento. Que me quiera un escaso número de altas gentes, séanlo o no para la tierra, es mi anhelo. En este Senado de queredores, tiene Vd. sillón presidencial. No quiere que lo pierda, y en él lo conserva, por poco que a Vd. valga, su amigo agradecido, que lo será más si saluda cordialmente a Hortensia y besa a Julia, y obliga con su afecto, como obligará de fijo, a Pérez Bonalde.

José Martí

Escribir después no es pensar después. Diga Vd. eso a los de su casa de trabajo. A Carlos Fonts feliz, a Lladó leal; a Menocal ejemplar, a Ramírez hidalgo, al buen Cheíto.

[OC, t. 20, p. 291]

A NICOLÁS AZCÁRATE

New York, 1ro. de diciembre [1881]

Sr. Nicolás Azcárate.

Nicolás:

Sostengo yo, y es cierto, que quiero más a aquellos a quienes no escribo, porque lo que tengo que decirles no cabe en la carta en que he de decírselo. Pues si Ud. sostiene lo que yo, Ud. ha de quererme mucho. Mas he de decirle verdad, y es que, aunque exijo locamente a los demás que sepan de mí por mis amorosos coloquios con el viento, gusto de que aquellos a quienes amo me censuren, y no me imiten, y me premien con cartas mis ternuras. El caballero que le lleva estas quejas es mi amigo y valioso y afamado poeta José Pérez Bonalde. Siente los versos que canta, y las tormentas, antes de rugir en la punta de su pluma, rugen en su pecho. Lo quiero, y sabe quién es Ud. Conque ya están presentados. Él sabe, por ser ley que se estime el mérito ajeno en la medida en que se tiene propio, que no hay nadie que estime el mérito ajeno como Ud.

Sé que ha de deber Bonalde a Ud. cariños, y que ha de venir enamorado de la naturaleza poderosa, soberanamente y energía juvenil de mi ilustre amigo. Y Ud. verá en él fuegos de alba, luz de verdad y calor de Mediodía.

No es hora de hablarle de mí. Vivo fiera, humilde y serenamente como es en mí natural e inevitable. Hago con tenacidad de pasión, lo que he meditado con toda la madurez de la razón. La razón debe ser una pasión.

Si yerro, no yo, sino quien me dio esta flaca mente, y este tierno corazón, es responsable.

No interrumpo su plática con Bonalde. ¡Quién pudiera compartirla!

Le dice adiós, cariñoso y quejoso, su amigo:

J. Martí

459 Kent Avenue.—Brooklyn

[OC, t. 20, p. 292]

A DIEGO JUGO RAMÍREZ

Nueva York, 9 de diciembre [1881]

Sr. Diego Jugo Ramírez

Amigo mío:

¿Yo no le he escrito a Vd? No puede ser. Mi carta no habrá sido escrita en el papel, pero ha salido muy cariñosa de mi mente, y ha emprendido camino de Caracas. Ni con qué corazón quiere Vd. que le escriba, si me lo dejé allá todo? Aquí he traído la rueda que voltea, y la masa que trabaja; pero allí donde puse mis esperanzas, y las perdí, allí dejé lo más caro de mi vida. Otros no entenderán esto: por eso yo no lo escribo para otros. Entendería Vd. estas vehemencias mías, si me viera escribir, a despecho del pensamiento presuroso que me las empuja, estas letras menudas y correctas: a pesar del buen fuego que arde en mi cuarto, tengo mis manos heladas.

Yo no le he escrito, Jugo, porque quería escribirle sin premura, y con regalo. Esperaba, en vano como siempre, horas de calma. Aquí el trabajo; allí el dolor, que es un mayor trabajo, me echaban apresurado y fatigado sobre la hora del correo. Para decir cuanto quería, no tenía tiempo. Para no decirlo, no debía escribir. Tengo tal fe en mis agradecimientos, que sé que aquellos que me los han inspirado han de sentirlos, aun cuando yo no se los diga.

Y luego—las cartas me parecen siempre pequeñas. Esto viene de haber vivido tanto en cárcel; que me fatigo de ellas.

Ayer mismo, revolviendo entre mis recuerdos piadosos, volvía a ver uno que me es caro: un ramo de violetas, que me dio su esposa, en aquel día primero de carnaval en que no en vano estaban todos los colores en calles y ventanas,—porque no había ninguno en mi alma. A los pocos días alcé los ojos a aquel ramo, que adornaba el retrato de mi hijo, y ví que se secaba. Y escribí esto, que no le enseñé por ser cosa tan sencilla:

¿Por qué os secáis, violetas generosas,

Que me dio en hora amarga mano pía?
Pues patria al alma dais, flores medrosas,
¡no os secaréis en la memoria mía!

¡Oh! ¡y no se secan!

Aquí, mis escasas horas de esparcimiento son horas venezolanas. Las parto con Bonalde, y con Gutiérrez Coll. Ellos me animan a imprimir un librito, que escribí en Caracas, y allá le irá. Ya está en las prensas. Es un juguete, como para mi hijo.

Jamás recuerdo las pequeñas amarguras que pasé en esa tierra bien amada: solo recuerdo sus ternuras,—y pago como yo pago, a mar por río.—Empéñeme a escribirle, escribiéndome. Yo no le escribo más, porque ya es el alba.—¡Y vendrá mi hijo, que ya viene, y no lo echará a andar por esos cerros, ni estrechará la mano de Vd., amigo mío, ni besará la de su esposa! Pero yo de aquí hago lo que él no hace. Por esto no escribo cartas, porque cuando acabo, empiezo.

Muy obligado y muy cariñoso queda aquí su amigo

José Martí

[OC, t. 7, p. 268-269]

A DESTINATARIO DESCONOCIDO

[1881]

Amigo mío:

Realmente en apariencia, no tiene disculpa. Y no son más que turbulencias del alma, que dejan para el combate interior todas las fuerzas, y se las gastan, aun para las tareas gratas a la mano. En la mañana misma en que me envió usted su linda y buena novela, la leí de una sentada. Tiene construcción —eso que los críticos americanos niegan a la última novela de Disraeli—e interés vivísimo, y sabor literario, y cosas excelentes.

Pero deseando decirle muy en largo todas estas cosas, he ido dejando la agradable ocupación de un día para otro, esperando aquel día de calma, necesaria para los menores trabajos del espíritu. La calma no ha llegado. Leeré hoy por tercera vez el libro bello, y con él iré a ver a usted esta tarde, no sea que con tanto motivo tenga usted por falta de atención lo que no ha sido más que sobra de ella. Su amigo afectísimo—Martí.

[*La Ilustración Española y Americana,* Madrid, 8 de mayo de 1895, p. 283.]

A LEANDRO J. VINIEGRA

[Copia de carta a Viniegra]

[Nueva York, 1881]

¿Cómo es q. V., tan vivo en mis recuerdos, y tan especialmente estimado, ha venido a padecer la suerte que mi misma madre corre a veces, y q. me hace pasar plaza de descortés y desamorado, a mí p^{a}. q^{n}. la cortesía es una virtud, y la sobra de amor habitual estado?— Perdóneme, mi noble amigo, que yo soy una tempestad en el seno de una nube azul. Es q. tengo largos días de sombra, que suelen durar meses. Me falta en ellos fuerza p^{a}. llevar a la mano los pensam^{tos}.

[Ms. en CEM]

A CARMEN ZAYAS-BAZÁN

[Fragmento]

[Nueva York, primeros días de 1882]

[...] Si estallan las persecuciones que el partido español, asustado en La Habana de los de los autonomistas inicia sin embozo; y, ¿quién devolverá a mi vida o la libertad que puedo perder? ¿quién amparará a mi hijo y a mis padres ¿quién si salgo en salvo, me reparará de los años empleados en una tarea sin fruto, quebrada al comenzar? ¿quién habrá de negarme que esas cosas pueden suceder? ¿quién librarme de los males que me vengan a suceder? ¿quién podrá garantizarme que no sucederá? No hay garantía posible, y yo no debo sin ella emprender viaje semejante. ¿No es más probable que suceda eso, que deje de suceder? Pues siendo mayor, o siendo igual, o siendo simplemente alguna la probabilidad de que suceda; yo no debo exponerme a males que no tienen remedio, contra la posibilidad de que no sucedan, dejando una situación cuyos males son todos remediables.— No hay en mí una duda; un solo instante de vacilación. Amo a mi tierra intensamente. Si fuera dueño de mi fortuna, lo intentaría todo por su beneficio: lo intentaría todo. Mas, no soy dueño, y apago todo sol, y quiebro el ala a toda águila. Cuanto te miro y me miro, y veo qué terribles penas ahogo, y por qué vivas penas sufres, me das tristeza.—Hoy, sobre el dolor de ver perdida para siempre la almohada en que pensé que podría reclinar mi cabeza; tengo el dolor inmenso de amar con locura a una tierra a la que no puedo ya volver. Me dices que vaya; si por morir al llegar, daría alegre la vida! No tengo pues que violentarme para ir; sino para no ir.—Si lo entiendes, está bien. Si no ¿qué he de hacer yo?—Que no lo estimas, ya lo sé.—Pero no he de cometer la injusticia de pedirte que estimes una grandeza meramente espiritual, secreta e improductiva.—

[Ms en CEM]

A CHARLES A. DANA

[Nueva York, abril de 1882]

—Mon ami estimé:

Je viens de publier un petit livre, non pour en tirer profit, mais pour en faire présent à ceux que j'aime, au nom de mon fils, qui'est mon seigneur: c'est le roman de mes amours avec mon fils: on se fatigue de lire tant de romans d'amour avec des femmes.

Je vous envoie le livre, en gage de la bonne memoire de mon cœur:—aujourd'hui que je recouvre les reins de ma vie, ne saurais-je oublier celui qui m'aida, dans un moment d'épreuve, à les tenir en haut. —Ce ne fut pas mon mérite,—ce fut le votre, qui me fit gagner votre amitié.—

[OC, t. 20, p. 295]

(Traducción)

—Mi estimado amigo:

Acabo de publicar un pequeño libro, no para beneficiarme con ello, sino para regalarlo a aquellos a quienes amo, en nombre de mi hijo, que es mi señor: es la novela de mis amores con mi hijo; uno se cansa de leer tantas novelas de amor con mujeres.

Le envío este libro en prenda de la buena memoria de mi corazón:—hoy que recobro las riendas de mi vida, no podría olvidar a quien me ayudó, en un momento de prueba, a mantenerlas en alto. No fue mi mérito sino el suyo lo que me hizo ganar su amistad.—

A AGUSTÍN AVELEDO

N. York, 23 de mayo [1882]

Señor Agustín Aveledo

Amigo mío:

No me culpe por no haberle escrito: mi memoria no tiene la pereza aparente de mi mano. Es que vivo muy solo, y las cartas que escribo me dan miedo, porque me recuerdan cómo vivo. Mas no vivo yo solo cuando me acuerdo de Caracas. Habrá quien no lo crea; pero el corazón enamorado se me va a ella, como pájaro alejado de su nido.

No tengo tiempo, amigo mío, más que para cumplirle su promesa. ¿No recuerda que le ofrecí un libro para sus huérfanos? Pues ya le mando el libro. Véalo—y si le parece que merece excusa, y que hallará paga de algunas almas buenas, dígame cómo le mando cien de ellos, que es el regalo pobre que mi hijo hace a los huérfanos de su Asilo. Yo no vendo ese libro: es cosa del alma. Pero me da gozo pensar que puedo hacer con él un pequeño beneficio. Ni lo hago por fama, pero pensando en mi hijo, se me llena el alma de jazmines: y ése es un haz de ellos: habrá quien no le halle perfume: ¡que no sea usted, por Dios! Mas no ha de ser usted, que tiene siempre bálsamo para todos los dolores.

Le recuerda apasionadamente su amigo agradecido,

José Martí

[OC, t. 7, p. 269]

A DIEGO JUGO RAMÍREZ

N. York, 23 de mayo [1882]

Sr. Diego Jugo Ramírez

Mi amigo muy querido:

¿Por qué se queja de mí? Pues, ¿cómo no lee Vd. las cartas que no le mando? Yo bien sé que no se las escribo; pero se las pienso. Vd. fue mi amigo en la hora amarga: Vd. está sentado en puesto de honor en mi corazón. A Vd. he de reñir yo, y no Vd. a mí, porque Vd. vive en paz, y su casa es como una maceta de jazmines, y yo soy como una jaula quebrantada, en que se va arrastrando un león enfermo. ¡Qué mayor tormento quiere Vd. que sentirse capaz de lo grandioso, y vivir obligado a lo pueril! Yo no esperé en la tierra más goce que el de hacer un gran bien, y sé cómo hacerlo, y no puedo hacerlo. Es como hinchar de aire ligero un sutil globo, y dejarlo atado a tierra, a que lo azoten y tajen los vientos. Por eso, amigo mío, no escribo a veces: por no escribir cosas de mí.

Esta carta no va más que a llevarle a *Ismaelillo.* No lo lea una vez, porque le parecerá extraño, sino dos, para que me lo perdone. He visto esas alas, esos chacales, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí una sola línea mental. Pues ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas que aun voy a todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro, en que volaran grandes aves blancas.

Pero cuénteme de Vd. y de si me recuerda, y de lo nuevo que hace. He visto de Vd. a un perfilador un soneto fiero. Y ¿qué fue de aquel libro de censuras, que escribió Vd. con estilo de Arquíloco? Crea amigo mío, que me regocijaría tener qué dar, para darlo porque pudiésemos, en paz de alma, volver a vernos.

Le digo aquí adiós, para poder saludar, antes de que salga el correo, a Arístides Rojas. Envíeme carta, para darme ejemplo, por el vapor que le lleva esta. Presente mis afectos

respetuosos a su señora y a su hermana. Yo estoy purgando la pena de haberme decidido a ser honrado, y vivo sin mi hijo, sin hermana, y sin señora.

Mas no sin señor, que en Vd. lo tiene su amigo agradecido

José Martí

[OC, t.7, p. 270-271]

A DIEGO JUGO RAMÍREZ

N. York, 10 de junio [1882]

Sr. D. J. Ramírez

Amigo mío:

Perdóneme Vd. que hoy le escriba para cosa completamente mía. Quiero que Vd. sepa lo que por este correo escribo a Aldrey, no porque desee yo que se hable de esto más que entre Vd. y Arístides, sino porque deseo que ambos conozcan la determinación que tomo, y que quisiera mantener callada, a, menos que no se torciera la verdad, en cuyo caso le ruego que la ponga en buen camino. Apenas tengo tiempo para decirle en breve que desde el instante mismo de la desaparición de *El Monitor* comenzaron a ser ligeras y un tanto despegadas, a mis ojos al menos las cartas antes agradecidas y vehementísimas y preñadas de las más calurosas protestas de consideración y afecto de Aldrey y Juan Luis. Yo las recibía ¡ingenuo de mí! como natural pago al vivo cariño que les tenía. Y mis cartas a Caracas, que hoy se juntan ya en libro por manos amigas, y han dado la vuelta a América, habían llegado a serme cosa del alma.—Pero la fortuna me tiene mimado, en lo de rodearme de gentes que me digan la verdad cuando la he menester, pero que me traten con singular ternura, y con una consideración que es mi gozo. En la última carta de J. Luis, me ha parecido ver que esta consideración corría peligro de faltar. Y escribo a Aldrey la carta que le adjunto, para que se la guarde, y solo haga mención de ella en caso de que se dijera de mi acto lo que no es;—y suspendo mis cartas a *La Opinión.*

Déjeme decirle algo, amigo mío, de la futura Academia. ¿No curará esto de su ansia de honores, tan parcialmente concedidos, a tantos hermosos talentos nuestros, que tuercen sus dotes ricas, y esconden sus afectos patrióticos, por hacerse agradables a esos caprichosos y desagradecidos dispensadores de la Fama?

Póngame a los pies de su señora y su hermana. Envíeme a leer algo suyo. Ya oigo todo lo que se va a decir, si, contra lo que deseo y espero, la suspensión de mis cartas se hace pública. Harán que se digan de ellas cuentos de censuras. Yo escribo para los de mente alta, y

siento para los de alma grande: no curo de los otros.

No está Vd. entre los otros ciertamente. Sabe en cuánto lo estima su amigo agradecido

J. Martí

[OC, t.7, pp. 271-272]

A VIDAL MORALES Y MORALES

[Nueva York] 8 de julio de 1882.

Amigo mío:

Me tiene Vd. obligado a contestarle con haberse acordado de mí. Yo peco cuando recuerdo,—y por eso pareceré a muchos silencioso. Ahí le envío, con nuestro amigo Antonio Sellén, las copias de las cartas de nuestro Pepe, que, con ser tan sencillas, y tal vez por serlo, dan medida cabal de aquella alma que apenas la tenía. Y ¡si viera Vd. sus letras,—tan anchas, tan arrogantes y tan claras! El pensamiento era tan firme en él como la mano: aún me parece ver el buen viejo Podbielski, que ya ha muerto, cuando me dio, todo bañado en lágrimas, y temblándole las manos montuosas, esas cartas que él llamaba su mejor tesoro. Y las acariciaba, como si se le fuese con ellas buena parte del alma.

Y también le mando mi *Ismaelillo*. No es colección de mis versos, como le han dicho, amigo mío. Antes quiero yo hacer colección de mis obras que de mis versos. Es una porción mínima de los que llevo hechos, que manos amigas han sacado a la luz, porque las mías—poco piadosas con lo mío—la hubieran dejado para siempre olvidada. Ni la pongo a la venta, porque son cosa íntima, y me repugna vender obras de afecto. Ni se parece a lo demás que he hecho. Fue como la visita de una musa nueva. Y ya estoy avergonzado de ver esa sencillez en letras de imprenta.—Tal vez sea, porque me ocupan ahora cosas mayores, y porque aficionado a pensar en los dolores ajenos, y encariñado en la busca de medios de aliviarlos, me queda apenas tiempo para pensar en los míos.

La copia de las cartas de D. Pepe, que hizo tan mal cuanto Vd. ve, años hace, una hermanita mía, entonces pequeñuela, va sin embargo a puro corregir e interlinear, exactamente cual a las cartas originales.

Le estima y recuerda, su amigo afectísimo

J. Martí

S/c. 324 Classon Avenue, Brooklyn. L. I.

[OC, t. 20, pp. 296-297.]

Textos en francés

UN VOYAGE À VENEZUELA

Les pays de l'Amérique du Sud.—Le voyage.—Une colonie hollandaise.—Puerto Cabello.—La Guayra.—Caracas.—La ville, ses habitants et ses singularités.—Le *Carnaval.*—La *Semana Santa.* —La *Plaza Bolívar*.—Ils abandonnent la France, et se tournent vers les E. Unis.—

Pendant que nous traversons, en peuple heureux, la terre mistérieuse, il y a tout prés de nous des peuples naissants qui se font péniblement une voie dans l'historie humaine, qui luttent bravement et obscurément pour s'ouvrir une route parmi les ruines dont leurs vieilles villes et leurs campagnes incultes sont encombrées.—La *Bible* a dit la vérité: ce sont les fils qui payent pour les pechés des pères:—ce sont les Républiques de l'Amérique du Sud qui payent pour les pechés des espagnols.

Quand on voit ces beaux pays menacés, comme ils le sont toujours, par des Nations avares; rongés par leurs haines domestiques; cherchant, avec des efforts désespérés, une manière de satisfaire son amour du luxe, parmi ses indigènes qui craignent les blancs, ses aristocrates qui abhorrent les nègres, ses campagnards qui ne travaillent par la crainte de voir leurs champs ravagés par les Révolutions, ses hommes brillants avilis par le besoin de vendre aux thriomphateurs heureux leurs talents et leur honneur;—quand on voit, malgré tout, grandir ces peuples, et aspirer a la vie, et demander, de sa belle langue espagnole, avec leur éloquence fougueuse et intarissable, leur place au Sénat des grands peuples,—on se sent ému par le sort de ces vaillants lutteurs, qui n'ont reçu de leurs pères que l'ignorance; les haines intestines, l'amour de l'oisiveté, et les préoccupations, mères fécondes de toute guerre permanente et de toute incurable misère.—Ces peuples ont une tête de géant et un coeur d'héros dans un corps de fourmi folle. Il faudrât les craindre, par l'abondance et la vigueur de leurs talents, quand ils seront développés:—quoi qu'ils se nourrissent d'idées si grandioses, si simples et si humaines, qui'il n'y aura raison de crainte: c'est précisément, parce qu'ils se sont, confusément et isolément, dévoués à grandes idées du siècle prochain, qu'ils ne savent pas comment vivre dans

ce siècle.—Tout est là prématuré et précoce—les fruits comme les hommes. Les idéals les plus génereux, les rêves les plus purs, remplissent chez eux leurs veilles d'étudiant, leurs jours d'homme mûr. Elevés comme des parisiens, ils étouffent dans leur pays: ils ne sauraient bien vivre qu'à Paris. Ils sont des plantes exotiques dans leur propre sol: c'est un malheur. Il ne faut pas avoir mangé la salade noire des Spartiates pour admirer Léonidas.—Quand le peuple où l'on est né, n'est pas au niveau de l'époque dans laquelle l'on vît;—il faut être à la fois l'homme de son époque et de son peuple: mais il faut être avant tout l'homme de son peuple.—

Il y a, par bonheur, un balancement perpétuel dans la nature des peuples, comme dans celle des hommes. La force de la passion est contrepesée par la force de l'intérêt. Un appétit inassouvi de gloire mène les hommes au sacrifice et à la mort; mais un instinct inné les mène á l'épargnement et à la vie. La nation qui néglige une de ces deux forces,—meurt.—Il faut les guider ensemble, comme les deux chevaux d'une voiture.—Et voilá la raisons des malheurs des pays sudaméricains: la force de la passion y a été jusqu'aujourd'hui plus grande que la force de l'interêt. On néglige l'argent: on adore l'idée. Être riche—n'est là qu'un objet secondaire. Être connu, être glorieux est grand: voilà le but de leurs efforts.—Ce qui prédît des jours meilleurs pour ces Republiques si sympathiques et devouèes, c'est que la force de l'interêt commence à vouloir se niveller avec la force de la passion. Elle veut même la surpasser, ce que serait utile, pendant une certaine durée, pour compenser par l'excès temporaire d'une force, ce qui a eu d'excès permanent dans l'autre. Pour les hommes modernes, vivre, tout rude que la tache de vivre soit-elle, est un devoir: on est marteau, on doit frapper l'enclume!—Mourir a été le devoir dans ces pays de l'Amérique du Sud. Dans la guerre de l'indépendance, au commencement du siècle, mourir pour être indépendants; après sa victoire sur les espagnols, mourir pour être libres. Un besoin de liberté indéfinie possède et égare ces pays nouveaux: ils ne voient pas le bien-être public, cette grande force politique qu'on appelle le bien-être général, comme un moyen d'assurer la liberté; ils croient, en ce qu'ils se trompent, que la liberté seule peut assurer leur bien-être.—Ce sont des aigles, qui ne tiennent pas dans des cages. Comme les oiseaux de

leurs bois, ils veulent plutôt mourir que d'être esclaves. Ils ne veulent pas croire aux vertus efficaces de l'évolution progressive: pour eux, il n'y a de salut que la Révolution violente. Or, ce sont de mauvais fondements pour un pays: les passions qui crée la guerre.

C'est d'une constitution politique qu'ils attendent le soulagement de leurs malheurs et le développement de la Nation, sans voir qu'ils ne seront assez forts pour avoir une constitution politique respectée et durable, que quand ils seront assez travailleurs et assez riches pour que l'intérêt général commande et préserve la formule des libertés qui doivent le garantir.

Nous prenons ces observation sur le champ: nous venons de cette terre qui a vu naître cet homme, qui fut aimé de Washington, Bolívar, moins heureux que lui, aussi grand que lui: nos chevaux, ont mangé l'herbe que mangèrent jadis les chevaux de ce héros formidable, dont les exploits éblouissent comme des éclairs, dont les soldats, sans autres vaisseaux que leur nerveux coursiers de guerre, se jetant á la mer, assiégèrent et prirent les vaisseaux espagnols; de cette terre venons nous où naquit le centaure intrépide, l'homme au dolman rouge, au large coeur, aux regards étincelants, qui mourut parmi nous il y a quelques années, malheureux et–, José Antonio Páez. Nous arrivons de Venezuela,—les yeux encore émerveillés de tant de chefs-d'œuvre de la Nature; l'espoir naissant à la vue des efforts généreux que le pays fait pour remplir ses forêts, renouveller ses villes, accréditer ses ports, ouvrir au monde ses fleuves;—et le coeur attristé des raisons historiques que feront subsister par quelque temps encore, dans ces contrées si belles, les haines qui la rongent, la pauvreté qui l'affaiblit, le combat puéril et indigne entre une caste dédaigneuse et dominatrice qui s'oppose à l'avènement à la vie des clases inférieures,—et ces classes inférieures qui souillent par des débordements de passions et d'appétits la source pure de leurs droits. La liberté n'est pas un drapeau á l'ombre duquel les vainqueurs dévorent les vaincus, et les accablent de sa rancune infatigable:—la liberté est une folle robuste, qui a un père, le plus doux des pères—l'amour; est una mère, la plus riche des mères—la paix.—Sans s'entr'aimer, sans s'entr'aider ils seront toujours un pays rachitique.—Le bonheur est le prix de ceux qui fondent,—non de ceux qui se détruisent.

Le Venezuela vaut bien le voyage qu'il faut faire pour y arriver: il faut traverser pendant douze jours, sous un ciel tojours bleu, une mer toujours bleue.—Ce sont a faire désirer l'orage, —ce ciel et cette mer implacablement beaux.—Après avoir dit adieu à notre baie merveilleuse, on ne s'étonne pas de la grandeur de la mer, de ses bruits, de sa majesté, de sa beauté: on sort de New York.—Là, au milieu de l'Océan, c'est la mer vide: ici, au milieu de la ville, c'est la mer remplie d'hommes.

À l'aube du jour huitième, on ouvre les yeux devant une charmante petite ville; une possession hollandaise. Cette ville est comme certains grands hommes: il faut les voir de loin. Si on y débarque, l'illusion, comme une fleur trempée dans une atmosphère miasmatique, s'évanouit.—Il n'y a que des rues sales, des maisons jaunes, des figures maladives, des négresses criardes, des nègres dévergondés: c'est comme une éternelle querelle de perroquets: on se maudit, on s'insulte, on se menace de se tuer, on lève les rames comme pour se fendre la tête,—mais si la rame tombe, c'est sur la tête du candide qui vient calmer cet orage d'air. Les querelles des nègres de Curaçao;—voilà le nom de la ville,—sont comme des nuages grondantes, desquelles ne jaillirait jamais la foudre.—La ville—pleine de créoles non chalautés, d'hollandais qui répresent la Métropole, de juifs riches, de réfugiés politiques de Venezuela et de Colombia avec des moustaches noirs comme licorice et des yeux brillants comme la lame d'une épée,—est traversée par un bras de mer. Des petits bateaux,—qu'on appelle *ponchos,* une espéce de gondole, sans draperie et sans poésie, traversent, comme des mouches de mer, les eaux tranquilles:—quelque fois, c'est un moine qu'on y transporte;—d'autres fois,—un des potentats de la ville, tous habillés en lin blanc;—et d'autres fois, c'est un petit âne, joli et patient. Le soir, au coucher du soleil, le sol sablonneux, les maisons jaunes, le ciel rouge, font l'impression d'un incendie qui s'éteint en silence, La nuit tombe solennellement sur cette ville triste: c'est comme un cimetière peuplé de vivants. Les gens de Curaçao—exclus les hollandais qui parlent la langue maternelle—parlent un espagnol affreux, et un dialecte mesquin, sans force et san grâce,—le *papiamento*—; c'est l'espagnol avec de terminaisons hollandaises: par

sufrimiento,—sullrimentol; par *catôlicos, catholikanan.* Curaçao vit du sel que l'île produit et du contrébande avec le Venezuela.— L'île est aride, comme une tête chauve. Les arbres, petits comme des arbres de Christmas, n'ont que des épines. Tout ce qu'on y mange, vient du dehors. Pour la viande, il n'y a que des moutons frêles et plaintifs, ce que fait le désespoir des Allemands, ces mangeurs de la viande crue, qui sont à Curaçao en gran nombre, comme partout à l'Amérique; il y en a mème qui rêvent à la conquête du Venezuela,—et c'est curieux de les entendre dire: "Ces pays doivent être à nous, parce que nous en avons besoin. Il n'y a que prendre la Guayra, prendre Puerto Cabello, prendre Maracaibo". Certes, et c'est ce que M. Bismarck apprend: "il n'y a que prendre." Mais on oublie qu'une bière vide attend les visiteurs: celle de Maximilien.

On laisse Curaçao; on arrive quelques heures après á Puerto Cabello, une petite ville, pauvre et a demi ruinée, qui fait tout le commerce de *Valencia,* la deuxième ville du pays, tout prés du port. Mais il est animé, et plein de gens qui travaillent, ce petit Puerto Cabello, avec son jardin riant,—chargé de bananiers, de limoniers, d'orangers, de guanabanes, des fruits doux du tropic, —qui semble, entouré de sa grille de fer, comme une corbeille de fleurs qui marche á la rencontre des voyageurs.—On s'y promène; on voit les gens du pays, bruyants et heureux, en pantalon blanc et en chapeau de Panamá; on se raffraîchit copieusement, avec l'eau de coco, qu'on boit dans sa noix même, où on la goûte mieux; on se plaint de la pauvreté de la ville, de l'inegalité des rues; de l'abandon excessif des gens pauvres; on achète une bouteille de rhum de Maracaibo,—un lieu de pêcheurs, connu par le courage de ses fils, fameux jadis par les exploits des filibustiers qui le firent leur victime,—mais dont le rhum blanc ne vaut pas le vieux rhum rouge de Jamaica; on se couche dans le bateau avec le soleil, et on se lève avec le matin devant la Guayra, le port de mer de Caracas, où le général *Miranda,* dont le nom glorieux est inscrit dans l'Arc de Triomphe de Paris, et qui servit bravement la Révolution et combatta au coté de Dumouriez, vécut longtemps en prison, coupable d'avoir été l'éveilleur de l'idée d'indépendance de l'Amérique du Sud: il fut un vrai grand homme, sérieux et puissant. La ville,—jetée

irrégulièrement aux pieds d'une grande montagne; est accidentée, tortueuse, joyeuse, comme cabré sur elle même, jadis riche, et toujours capable de l'être. Vue de loin c'est comme une foule de chiens mignons couchés sous un ventre immense. Pendant les deux jours derniers du voyage, on n'a vu que des montagnes. Leurs pieds entrent dans la mer: leurs têtes percent les nuages. Regardées dès la mer, elles semblent comme une rangée de soldats colossales, dignes concierges d'une terre si belle.—

Pour aller à Caracas, le chef-lieu de la République, la Jérusalem des Sud-Américains, le berceau du continent libre: où Andrés Bello, un Virgile, étudia, où Bolívar, un Jupiter, naquit, — où se dressent à la fois le myrthe des poètes et le laurier des guerriers, où on a pensé tant ce qui est grand et on a souffert tout ce qui est terrible; où la Liberté—¡tant elle y a combattu!—s'enveloppe dans un manteau teint dans son sang,—il faut se jeter dans le sein de ces colosses, côtoyer des abîmes, chevaucher sur ses crêtes, se jucher sur des pics, saluer de près les nuages. Au commencement du chemin, à la Guayra, en prenant la *diligencia,* la voiture où l'on fait le voyage, on voudrait se debarraser de tous ses habits,—tant la chaleur est rude;—à la moitié de la route, on cherche les habits du voisin, n'ayant pas assez des nôtres: le froid commence.—Et quelle belle route! C'est une course sur des prècipices: on respire un air bon pendant le chemin—l'air savoureux du danger. Il ne faut pas regarder en bas: le vertige nous saisit. A présent, avec une rapidité fiévreuse, qui tient des contes de fées, et qui honore l'intelligence et l'activité du pays, on construit un chemin de fer tortueux et hardi, qui percera, comme un jouet d'acier, ce tas de montagnes. Ce sera comme le manche d'un éventail chinois, sur le quel viendront se réunir les divers chemins de fer, déjà étudiés et tracés, qui s'étendront, comme des flèches aigües, brisant les forêts paresseuses, secouant les villes endormies, par toutes les contrées du pays.—

Le Venezuela est un pays riche au dessus des bornes naturelles. Les montagnes ont veines d'or, et d'argent, et de fer. Le sol, comme une jeune fille, s'éveille au moindre regard amant. La Société Agricole de France vient de publier un livre où l'on démontre qu'il n'y a sur la terre un

país aussi bien douée pour y établir toute sorte de cultures. On peut y planter des pommes de terre et du tabac:—du thé, du cacao, et du café; le chêne s'élève au coté du palmier. On voit au même bouquet le jasmin de Malabar et la rose Malmaison, et dans la même corbeille la poire et le banane. Il y a tous les climats, toutes les hauteurs, toutes les espèces d'eau; des bords de mer, des bords de fleuve, des planes, des montagnes; la zone froide, la zone tempérée, la zone torride. Les rivières sont grandes comme le Mississippi; le sol, fertile comme les hanches d'un volcan. Cette terre est comme une mère endormie, qui a enfanté pendant le sommeil une quantité énorme d'enfants. Quand le laboureur l'éveillera; les fils sortiront du sein maternel, tout robustes et grandis, et le monde sera frappé de l'abondance des fruits.—Mais la mère dort encore, le sein inutilement plein! Le laboureur du pays, qui n'aime que la femme et la liberté, n'aspire à rien, et ne fait rien: il prend, comme les Hindous, les fruits mûrs qui penchent des arbres, et, comme un bohémien, il chante, il séduit, il combat, il meurt. Dans cette nature vierge, les hommes des champs ont encore des mœurs grandioses et fières.—C'est le dédain de la vie, l'amour du plaisir, le souvenir entraînant d'une vie antérieure de liberté féroce: ils sont poètes, centaures et musiciens. Ils racontent leurs exploits dans de longues tirades de vers, qu'on appelle *galerones.* Leurs dances ont une douce monotonie, celle du zéphir dans les branches des arbres,—toutes les suaves mèlodies de la forêt, interrompues des cris terribles de l'ouragan. Leurs joies, comme leurs vengeances, sont orageuses. Ils boivent l'eau dans la *tápara,* une large fruit, vide, à l'écorce dure. Ils s'asseyent, dans leurs cabanes, sur des crânes de chevaux. Leurs chevaux, sous leurs éperons, ont des ailes. Avec leur grâce, ils charment les femmes: avec leur force, ils abattent les taureaux.—

Le laboureur étranger tarde à y aller. Il préfère l'Amérique du Nord,—où le travail est développé, la vie est tranquille, et la richesse probable. Au Venezuela, il y a des *isleños,* des natifs des Îles Canarias, une possession espagnole,—des hommes routiniers, aux vues étroites, à la main lourde, préoccupés et mesquins. Ils nourrissent des vaches et des biques, et en vendent le lait. Ils cultivent le maïs.—Il y a tel et tel français, artisan de mérit, cuisinier, barbier,

cordonnier, tailleur. Il y a des Allemands, qui ont l'art de bien vendre ce qu'ils font mal.—Il y a des Italiens, qui commercent en fruits, jouent l'orgue, vivent en foule dans un appartement misèrable, et cirent les bottes.—Voilà, donc, des noces impossibles, entre une telle terre et de tels hommes.—Il faut une haleine de feu, pour éveiller cette grande endormie; il faut briser l'enchantement à coups de charrue: il faut lancer la par ces champs humildes et fragants:—un tel huissier doit annoncer à la nature inemployée la noble visite du travail humain.—

Dans la ville, une vie singulière, à demi patriarchale, à demi parisienne, attend le voyageur. Les dîners qu'on y serve, excepté quelques mets du pays; les chaises où l'on s'assied, les habits dont on se pare, les livres où l'on lit,—tout est européen. La haute littérature, la grande philosophie, les convulsions humaines, leur sont tout-à-fait familières. Dans leur intelligence, comme dans leur sol, la moindre sémence qu'on y jette, fructifie abondamment. Ce sont comme des grands miroirs, qui grandissent l'image qu'ils reflètent: des vraies harpes éoliennes, sonores à tous les bruits. Seulement, on dédaigne l'étude des questions essentielles de la patrie;—on rêve des sollutions étrangères pour des problèmes originaux;—on veut appliquer à des sentiments absolument "génuines", de formules politiques et économiques nées d'éléments tout diffèrent. On y connaît à merveille l'intérieur de Victor Hugo, les bons mots de Phoudhon, les prouesses des Rougon Macquart et Nana. En République, une fois qu'ils ont imité les États Unis, ils veulent imiter Suisse; ils vont être gouvernés, des le février prochain, par un Conseil Féderal, nommé par les États. En littérature, ils vivent passionnés des espagnols et des français. Quoique personne ne parle les langues indiennes qu'on parle dans le pays, tout le monde traduit Gautier, admire Janin, connaît par cœur Chateaubriand, Quinet, Lamartine. Il résulte donc une inconformité absolue entre l'éducation de la classe dirigent, et les besoins réels et urgents du peuple qui doit être dirigé. Les solutions compliquées et sophistiqués auxquelles on arrive dans les peuples anciens, nourris de vieux serpents, de haines féodales, d'impatiences justes et terribles;—les transactions d'une forme brillante, mais d'une base fragile, au moyen desquelles on prépare pour le siècle prochain le dénouement des problèmes épouvantables,—ne peuvent

être les lois de la vie pour un *país* constitué exceptionnellement, habité par des races originales, où dont le mélange même offre des caractères de singularité,—où l'on souffre par la résistance des classes laborieuses, comme on souffre à l'étranger par leur épanchement;—où l'on souffre par la manque de population, comme l'on souffre à l'étranger par son excès.—Les solutions socialistes, nées des maux européens, n'ont rien à guérir dans le forêt de l'Amazonas, où l'on adore encore des divinités sauvages. C'est là qu'il faut étudier, dans le livre de la Nature, près de ces misérables cabanes.—Un pays agricole a besoin d'une éducation agricole.—L'étude exclusif de la Littérature crée dans les intelligences des éléments morboses, et peuple l'esprit d'entités fausses. Un peuple nouveau a besoin de passions saines: les amours maladifs, les idées conventionnelles, le monde abstract et imaginaire qui naît de l'abandon total de l'intelligence aux études littéraires, produisent une génération chétive et impure,—mal préparée pour le gouvernement fructifère des pays, passionnée des beautés, des désirs et des agitations d'un ordre personnel et poétique,—qui ne peut aider au développement sérieux, constant et uniforme des forces pratiques d'un peuple.—

Une autre maladie contribue à malverser les extraordinaires forces intellectuelles de la République. Chez ces hommes, il y a un besoin inné du luxe; c'est presque une condition physique, imposée par l'abondance de la Nature qui les entoure;—menés d'ailleurs, par le développement fiévreux de leur intelligence aux plus hautes sphères de l'appétit, la pauvreté devient pour eux une douleur amère et insupportable. Ils ne croient pas que la vie soit, comme elle est, l'art difficile de ramper une montagne;—mais l'art brillant de voler d'un seul essor du pied jusqu'au sommet. Le don de l'intelligence leur semble un droit à l'oisiveté: ils se donnent, donc, aux plaisirs coûteux du luxe intellectuel, au lieu de regarder dans la terre, y travailler acharnement, l'arracher ses secrets, exploiter ses merveilles, et accumuler leur fortune par l'épargne de chaque jour, comme par le gouttement de chaque jour se fait la stalactite. Ils s'étendent sur la terre, en l'empêchant d'éclore, et rêvent.—Mais l'amour vient,—l'amour d'une femme distinguée,—l'amour sud-américain, rapide comme la flamme, impératif et dominateur,

exigeant et morbose.—Il faut se marier, ouvrir la maison avec éclat, habiller joliment les enfants, vivre à l'usage des gens riches, dépenser—en somme—beaucoup d'argent.—Où le gagner, dans un pays pauvre? Et on parle alors, et on écrit pour le Gouvernement qui paye, ou les Révolutions qui promettent: on se met sous les pieds des maîtres, qui haïssent les talents viriles, et se font un plaisir de briser les caractères, vaincre la vertu, brider l'intelligence. La classe intelligente et culte étant ainsi discréditée, et comme anéantie, par cette servitude honteuse, à tel point qu'on regarde déjà, avec une certaine justice, d'un œil méfiant les hommes de lettres,—le Gouvernement est des forts et des audaces. Les chefs renommés s'entourent des lettrés en détresse. Ils les maintiennent, par son hardiesse et ses moyens de force, dans sa position de richesse fugace: les lettrés payent en donnant apparence et formule de légalité aux volontés du maître.—Et ¡quels héros cette terre a-t-elle produits!—En observant la vigueur avec laquelle leur courage vient d'être rappelé par un jeune homme doué d'un grand talent et d'une noble fierté, Eduardo Blanco, dans un livre qui brille comme une lame d'or, *Venezuela Heroica,* on dirait que, puisqu'on comprend toujours les héros, on pourrait l'être encore.—Mais, si chez les hommes intelligents du Venezuela, assez nombreux et assez remarquables pour être traités en classe, on pourrait désirer un amour plus vif pour l'indépendance personnelle, et une application plus utile, plus directe, plus patriotique de leurs forces, il y a chez eux, comme chez tout le monde dans le pays, une condition qui séduit:—l'abondance du cœur. Ils donnent tout ce qu'ils ont, et ils demandent encore plus pour vous le donner. On exige à l'étranger une honnêteté prouvée, et une vie vertueuse; mais on l'estime et on le récompense. La générosité touche à la prodigalité. Ils se font un plaisir de dépenser l'argent, et un honneur de le mépriser.—Le sourire est toujours aux lèvres des gens. On devient bientôt l'ami de tout le monde, ce qui est très agréable, parce que hommes et femmes causent admirablement. On s'intéresse à vos douleurs. On parle de vous. On sent qu'on n'est pas perdu dans le monde, comme une fourmi ou un papillon. On jouit ce doux plaisir.

[…] et des meubles vénérables, hérités des ancêtres, où les fenêtres, presqu'au niveau du trottoir, sont pleines le soir des visages calmes et superbes, d'où les yeux, au lieu de regarder, commandent, dont les lèvres au lieu de parler, brûlent. Il y a, à Caracas, une fête curieuse, où l'on voit plus de jolies femmes qu'on ne pourrait en voir, dans une assemblée également nombreuse, dans un autre pays, fût il le nôtre: c'est le Carnaval.—Le Carnaval était jadis a Venezuela una fête abominable, occasion à touts les genres de saletés et de dangers. On jetait l'eau à tonneaux par les fenêtres sur les passants; les passants munis de toute sorte d'armes de défense, quelque fois trop comiques, vidaient des eaux parfumées sur les belles femmes qui ouvraient les fenêtres. Mais quelque fois c'était bien autre chose que parfum. Or la fierté native des hommes s'éveillait terriblement,—et si on baisait la main de la femme qui nous trempait de la téte aux pieds, on tuait quelques malheureux mal avisés qui n'ont pas le droit naturel qu'on accorde aux jolies femmes. Depuis quelques années—la fête a bien tourné: c'est un enivrement de joie aristocratique, un épanchement élégant, une fête des yeux. Imaginez vous une dizaine, une centaine, un millier de boîtes aux couleurs brisées au vent. Le soir est clair; le ciel, bleu; le soleil est doux; les maisons aux deux cotés de la grande rue Candelaria, où l'on célèbre le Carnaval gorgées de femmes. Pas de costumes, pas de masques affreuses, pas de contours cachés: c'est une fête à l'air libre. Les hommes, et quelques familles qui veulent jouir du combat, se promènent, ou sur les jolies chevaux du pays, ou dans des voitures pavillonées des trois couleurs nationaux: le jaune, le rouge et le bleu, entre les deux rangées des fenêtres, où les jeunes filles entassés semblent des bouquets de fleurs. Les trottoirs sont pleins de promeneurs. —Sur les chapeaux à soie, et les habits noirs a tombé une pluie de poudre de riz. En passant par une fenêtre, une de vos amies vous jette à la figure une poignée de papier à couleurs,—vous ôtez votre chapeau à soie, qu'on apelle à Caracas *pum-pá,* pour imiter le bruit du canon auquel ce vilain chapeau est comparée et un torrent d'amidon se déborde sur vos cheveux noirs.— Quelques fois, quand la nuit vient et l'impunité est presque sûre, ce sont des noix, de croûtes, de pommes de terre, de galettes chaudes, sont jettés d'une main violente sur les visages des

passants.—Mais la vraie fête est dans le combat des fenêtres. Les chevaliers qui passent arrêtent soudainement leurs coursiers, jettent des fleurs, des bombons exquis, des bijoux de prix, des monnaies d'or aux demoiselles qui ornent les fenêtres, et éperonnant leurs chevaux se couchent sur le cou de la bête, partent comme des flèches por échapper les nuages de projectiles qui tombent sur eux.—Léonidas aurait pu présenter une bataille sur ces dais volants de confitures, d'amandes sucrées, de gourmandises, de grains de café, de *caraotas negras,* les *black beans* du pays. Pendant les trois jours de cette promenade fantastique, on se fait des cadeaux riches;—une somme considérable est dépensée à l'an en de cadeaux de famille par chaque maison de Caracas. Il n'importe rien que les champs ne soient cultivés par la crainte de la guerre; que le commerce soit mesquin par la rareté des fruits à exporter; que de la pauvreté générale vienne une malaise grave et sensible; que la machine nationale entière roule toute ambitieuse et somptueuse qu'elle est sur quelques pauvres campagnards qui exploitent le café; qu'il n'y ait de moyen certain de vivre que servir, dans l'armée, dans les bureaux et dans les chambres du Gouvernement; que le Gouvernement même ne vit, que merci aux contributions énormes qu'il fait payer aux pauvres gens qui travaillent, où aux pauvres commerçants qui font venir des articles étrangers:—on ne vit pas moins à la façon parisienne; on ne dépense pas moins qu'on dépenserait à Paris pour vivre:—on déploie un luxe suprême, rehaussé par une élégance instinctive, dans la parure des femmes.—

Il y a une semaine qui est à Caracas comme une exhibition de richesse: la *Semana Santa.* On y remarque des prodigalités folles. Tout le monde est dans la rue. Tous les travaux sont suspendus.—On se donne tout entier au plaisir de voir et d'être vu. C'est une exhibition de richesse, une vraie bataille entre les familles, un débordement de luxe. On se promène, du matin au soir. Le Seigneur mourant est le prétexte; mais on ne pense qu'à bien chanter à l'Église, dont les chœurs sont formés des jeunes gens les plus remarquables de la ville;—à émerveiller les curieux, à vaincre ses rivaux.— Ce sont les jouissantes robes nouveaux traînant par les rues propices leurs queues grises, rouges ou bleues; où l'on demande aux hommes groupés à la porte

des temples le prix de beauté, où les larves, qui sont devenu papillons, secouent les ailes, et avec des mouvements adorables de poupées animées, se promènent dans sa première robe de petite femme.—Comme paysage, il n'y a rien de si beau. Les robes, au couleur vif, au soleil du matin, semblent au loin des fleurs mouvantes, balancées par l'air aimable sur la longue rue. L'air, toujours humide et savoureux, est chargé des parfums du jour qui naît, de l'église qui s'ouvre, des femmes qui se promènent. Et les pieds des femmes sont si petits, que tout une famille pourrait se tenir sur une de nos mains.—Ce ne sont pas de créatures humaines; mais de nuages qui sourient, des étoiles passagères,—de rêves qui marchent:—elles sont minces, et insaisissables et sveltes comme des rêves.—C'est une femme remarquable—la *caraqueña.* Le mari, pour satisfaire les besoins de la maison, où son amour insatiable des beautés, peut mettre en gage sa dignité politique:—parce que de sa dignité personnelle ils sont dangereusement fiers:—mais rien n'ébranle la vertu solide de la femme, une vertu naturelle, charmante, indolente,—élégante: une vertu qui s'inspire doucement, sans effarouchements de quakére, sans sévérité de nonne.—Ces femmes ont le don d'arrêter les hommes hardis avec un sourire. On leur parle chez elles à fenêtre ouverte: on se sent ravi, et plein de force, et enivré d'un doux boisson:—on les retrouve dans les rues, au théâtre, à la promenade: elles nous saluent poliment, mais froidement. Votre pot à fleurs tombe par terre. Le beau Don Juan s'ennuierait joliment à Caracas.—Il n'y a pas la Doña Inés, l'intelligence suprême des femmes étant une sauvegarde aux séductions des amoureux: il n'y a pas là de couvents, quoique la petite grille de bois qu'on place à l'intérieur des fenêtres, qui laisse être un, pourrait encore faire penser à eux.

Quoique presque toute le monde est catholique on pourrait dire que personne ne l'est: un peuple intelligent ne peut être blase. On défend quelque fois avec ardeur les préminences de l'Église, on y tient avec une tenacité qui pourrait faire croire à une foi solide: on remarque encore, au fond des *zaguán* des maisons, un grand corridor vide qui mène de la porte qui ouvre sur la rue, à la porte qui ouvre sur les corridors intérieurs, une image de Saint Joseph, ou de Saint Policarpe, ou de la Vierge, sous les manteaux sacrés desquels on abrite la maison:—on

trouve méme dans les chambres intérieures, les murs placardés de Cœurs de Marie, traversés d'épées, des Jésus agonisants, couronnés d'épines, des Saintes Rites, avocat des imposibles, de San Ramón Nonnato, le patron naturel des jeunes épouses, qui prient agenouillées devant leur saint favori pour le sauvement de leur premier fils,—cette fleur qui vient de s'ouvrir dans leur sein!—Il est charmant, le foyer caraquéne; tout est touchant, plein d'amour, d'esprit de femme, de joies honnêtes, de charmes tendres.—Il y a quelque chose d'aile de papillon et de rayon de soleil. C'est un plaisir y vivre. Ce n'est pas comme dans nos grandes villes—où la besogne étouffe l'homme et le ménage étouffe la femme. C'est un joli coin d'herbe fraîche, où un sein ému attend toujours la tête fatiguée du chef de la maison.—Oh! la vie sans ces amours, qu'elle est vide, dangereuse, froide et brutale!—

La ville—nous l'avons dit—est belle. On bâtit continuellement des maisons spacieuses, d'un seul étage, à la cour desquelles, entre des grands pots de fleurs rares, un jet d'eau s'élève et tombe sur un bassin élégant, comme à Sevilla. Des beaux rivières, aux hauts bords tapissés d'une verdure odorante, serpentent entre les rues, prolongées partout par des ponts solides. Un beau théâtre et une belle église viennent d'être élevés. Á propos de l'église, il a un mot de Humboldt:—"quand reviendrez-vous?"—lui demain da—t—on, à son départ de la ville: "quand cette église soit finie", dit il en souriant.—Et vraiment, il n'a été que quatre vingt dix ans après de son départ qu'on fini l'oeuvre. Des branches chargées de fleurs caressent encore les murs ruinés de la maison où Humboldt vécut,—Humboldt, qui n'oublia jamais—"la culte, l'hospitalière, l'intelligente Caracas."—On voit encore, dans une *plaza* dont les arbres, comme pris d'un feu subit, se couronnent l'été de grandes fleurs rouges, un horloge de soleil construit par Humboldt.—Et quand, dans une des légères voitures qu'on trouve partout a la ville, on se promène par les alentours de Caracas, peuplés de cafetiers, semées sous l'ombre amie de rouges et hauts *bucare*, on voit encore une portail, au sommet du quel on lit, dans des lettres dessinées par la main du savant, le nom du charmant endroit, qui fut jadis un délicieux lieu de loisir:—Sans Souci.— La ville, cerclée de montagnes, est bâtie sur une vallée calme et sereine, arrosée

par une rivière large et tranquille, par le noble Guaire:—une rivière de Nymphes: il y a aussi une autre rivière, tortueuse et caudaleuse, bruyante et inquiète, le Catuche,—et une autre encore, paisable comme son nom, le douce Anauco, qui fait penser à une guirlande de fleurs. Dès le pont, bâti sur le Guaire,—une des promenades favorites des caraquénes,—on voit une plaine mélodieuse, pleine de bruits amiables, semée de plantes humbles, colorée de nuances tendres,—magnifiquement calme. Des palmiers, comme des sentinelles, se lévent sur les champs de maïs. Des saules bordent la murmurante rivière.—Au loin, les montagnes, comme entourées d'un voile magique, changent, au puissante influence du soleil, leurs suaves couleurs: et elles deviennet tantôt rouges, tantôt jaunes, tantôt grises, tantôt bleues.—Les vaches mugissent ; les chevreuilles sautillent; les pasteurs portent, dans des amphores de terre rougies au feu, le lait écumée à la cabane lointaine,—une voiture nous éveille,—pour nous rappeler que nous sommes à la ville,—un grand charme—celui d'avoir ci près la ville qui ronge la vie, et la campagne qui la répare.—C'est bon,—dans le crépuscule mysterieux, vider l'âme fatiguée dans l'âme universelle.—

Il y a une autre promenade qui tient du merveilleux: c'est le *Calvario*.—C'est une colline, jadis aride, maladive et jaunâtre, dont la verdure fragrante tombe aujourd'hui sur ces flancs pittoresques, comme une riche draperie, aux plis colossales, semés par ci et par là de notes vives et criardes:—les roses. En montant, par une pente douce, on trouve des jardins, des bosquettes, *piazetta,* des ruisseaux, des masses touffues, des cascades sonnantes, des bananiers chargés de fruits, des bambous, sonores comme des harpes. C'est une mélange artistique dont la condition meilleure est qu'on voit à peine la main de l'art, on a fait un jardin américain dans un jardin américain. On a mêlé le bois à un jardin. Peu de rues; beaucoup d'arbres:—par de voies droites. Dès le sommet, couronné par una statue, on voit la ville, comme un damier; le *Capitolio,* qui s'ouvre les jours de fête nationale au public, qui va revoir là, dans les portraits pendus au mur, les visages des héros qu'il aime; le *Palacio Federal,* qui renferme deux halles rectangulaires, l'une pour les Députés, présidée par un portrait de Bolívar, qui arracha

l'Amérique du Sud aux Espagnols; l'autre pour les Sénateurs, dont le fauteuil du Président est surmonté par un tableau historique, représentant les hommes gigantesques, qui signèrent, le 5 juillet de 1811, dans la chapelle de l'église de San Francisco, l'acte d'indépendance d'Espagne.—On voit la *Casa Amarilla,* résidence officielle du Président de la République, en face de la *Plaza* Bolívar, extrêmement jolie, au milieu de laquelle s'éleve, sur un pedestal de granit, le monument équestre de cet héros admirable, chez qui tous les dons qui font la grandeur humaine furent réunis au plus haut degré.—En face de la *Casa Amarilla,* de l'autre coté de la *Plaza,* une vieille Église, éleve la tour carrée, couronnée d'une pauvre statuette; c'est la Cathédrale, aux grandes neufs sombres. En face du *Palacio Federal,* l'Université dresse ses tourelles gothiques. Au loin, le Panthéon, une autre église où reposent dans un monument de marbre, qui honore l'art italien, les cendres de Bolívar,—s'étend aux pied d'une grande montagne, digne sépulture d'un si grand mort. En recueillant les regards pour admirer la lune, qui brille au ciel, comme contente d'illuminer sa ville favorite, on tombe sur un grand tas de pierre, qui resplendit comme la surface d'un lac,—c'est le Gran Théâtre.—Et on laisse l'endroit charmant, vigorisé par le spectacle d'une telle beauté, et la respiration de l'air limpide et pur. En descendant, on pense aux guerriers indiens qui dans ce même lieu luttèrent, corps à corps, nus et armés d'une macane contre les guerriers espagnols, habillés en fer, et armés d'épée et de dague et de mousquette:—et aux femmes pieuses on pense aussi, qui, par ces flancs aujourd'hui et verdoyants, montèrent, marchant sur le genou, un cire à la main, jusqu'au sommet de la colline, pour remercier Dieu d'avoir sauvé de la guerre, de la maladie leurs maris ou leurs enfants.—

Telle est la ville:—tel est le pays: dans la nature une étonnante beauté, des spectacles qui commandent les genoux de fléchir, l'âme d'adorer: dans les cœurs des gens, toute sorte de noblesses; dans les intelligences, des pouvoirs exceptionnels, une manque absolue d'aplication aux besoins réels de la vie, parmi les classes élevés,—parmi les classes inférieures, une inertie pénible, qui vient d'une manque d'aspiration totale: là, pour les gens pauvres, vivre c'est vivre indépendantes, travailler jusqu'on a gagné pour acheter *l'arepa,* le pain de maïs, et aimer,—dans

le mouvement agricole, la peur de la guerre intérieure, et des abus des partis triomphants; dans le mouvement artistique et industriel, une honorable impatience, suffoquée par les mauvaises lois canoniques qu'étouffent les entreprises; dans les indiens, le dédain de la ville et de ses hommes, et l'amour sauvage,—un amour d'huître à coquille,—de son coin de bois et sa cabane misèrable;—dans le laboureur blanc, ou métis, la nonchalance créole, et cette fierté primitive, cette mépris au travail, et cette passion du combat, qui distinguent les peuples naissants. Dans la ville, Paris; dans la campagne, la Perse.—On sait tout à la ville, et on parle admirablement de tout: l'imagination est là une fée domestique: la Poésie arrose de fleurs les berceaux de nouveaux nés; la Beauté embrasse aux lèvres les femmes du pays. Mais les hommes n'ont pas assez d'indépendance personelle et assez de connaissance des besoins vrais de sa patrie pour en faire un pays riche, heureux et fort.— Une foule d'apôtres travaillent dans le silence pour l'améliorement du pays; un besoin de science utile commence à remplacer l'excesif pouvoir poétique. Il faut attendre, et saluer les bons lutteurs, qui construisent leur premier chemin de fer, étudient nos mœurs, répandent à mains pleines l'instruction publique, et appellent d'une voix loyale les richesses extrangères qui doivent faire fructifier les richesses naturelles.—On doit tout atendre d'un peuple où la femme est vertueuse, et l'hommes est honnête.—S'ils vacillent, ce n'est

[Agosto de 1881-enero de 1882]
[Ms. en CEM]

UN VIAJE A VENEZUELA

(Traducción)

Los países de América del Sur.—El viaje.—Una colonia holandesa.—Puerto Cabello.— La Guaira.—Caracas.—La ciudad, sus habitantes y sus singularidades.—El *Carnaval.*—La *Semana Santa.*—La *Plaza Bolívar.—*Abandonan Francia y miran hacia Estados Unidos.—

Mientras que, como pueblo feliz, atravesamos la tierra misteriosa, muy cerca de nosotros hay pueblos nacientes que se abren vía penosamente por entre la historia humana, que luchan brava y oscuramente por abrirse paso entre las ruinas que obstruyen sus antiguas ciudades y sus incultos campos.—La *Biblia* dijo la verdad: los hijos pagan por los pecados de los padres:—las repúblicas de América del Sur pagan por los pecados de los españoles.

Cuando se ve a estos hermosos países amenazados, como siempre lo están, por naciones avaras, roídos por sus odios domésticos; buscando, con desesperados esfuerzos, un modo de satisfacer su amor al lujo, en medio de sus indígenas que temen a los blancos, de sus aristócratas que aborrecen a los negros, de sus aldeanos que no trabajan por miedo de ver sus campos arrasados por las revoluciones, de sus hombres brillantes envilecidos por la necesidad de vender a los triunfadores afortunados su talento y su honor;—cuando se ve, a pesar de todo, crecer a esos pueblos, y aspirar a la vida, y exigir en su bello idioma español, con su fogosa e inagotable elocuencia, un lugar en el senado de los grandes pueblos,—uno se siente conmovido por la suerte de tan valientes luchadores, que no recibieron de sus padres sino la ignorancia, los rencores intestinos, el amor a la holganza, y las preocupaciones, madres fecundas de toda guerra permanente y de toda miseria incurable.—Estos pueblos tienen una cabeza de gigante y un corazón de héroe en un cuerpo de hormiga loca. Habrá que temerles por la abundancia y el vigor de sus talentos, cuando se hayan desarrollado:—aunque se nutren de ideas tan grandiosas, tan simples y tan humanas, que no habrá razón de temor: precisamente porque se han

consagrado, confusa y aisladamente, a las grandes ideas del siglo próximo, no saben cómo vivir en este siglo.—Allí todo es prematuro y precoz—tanto los frutos como los hombres. Los ideales más generosos, los sueños más puros, ocupan en ellos los desvelos del estudiante, los días del hombre maduro. Criados como parisienses, se asfixian en su país: solo en París sabrían vivir bien. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia: no es preciso haber comido la ensalada negra de los espartanos para admirar a Leónidas.—Cuando el pueblo en que se ha nacido no está al nivel de la época en que se vive;—es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo: pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo.—

Hay, por suerte, un equilibrio perpetuo tanto en la naturaleza de los pueblos como en la de los hombres. La fuerza de la pasión se contrapesa con la fuerza del interés. Un apetito insaciable de gloria conduce a los hombres al sacrificio y a la muerte; pero un instinto innato los impulsa al ahorro y a la vida. La nación que desconoce una de esas dos fuerzas,—muere.—Hay que guiarlas juntas, como a los dos caballos de un carruaje.—Y esta es la razón de las desgracias de los países sudamericanos: la fuerza de la pasión ha sido hasta hoy más grande que la fuerza del interés. Se desprecia el dinero: se adora la idea. Ser rico—no es allí sino un objetivo secundario. Ser conocido, ser glorioso, ser grande: he ahí el objetivo de sus esfuerzos. —Lo que anuncia días mejores para estas repúblicas tan simpáticas y abnegadas, es que la fuerza del interés comienza a querer nivelarse con la fuerza de la pasión. Pretende incluso sobrepasarla, lo que sería útil durante cierto tiempo, para compensar por el exceso temporal de una fuerza, lo que ha habido de exceso permanente en la otra. Para los hombres modernos, vivir, por ruda que la tarea de vivir sea, es un deber: se es martillo, ¡hay que golpear el yunque! —Morir ha sido el deber en estos países de América del Sur. En la guerra de independencia, a comienzos del siglo, morir para ser independientes; después de la victoria sobre los españoles, morir para ser libres. Una indefinida necesidad de libertad domina y extravía a estos países nuevos: no ven el bienestar público, esa gran fuerza política que se llama el bienestar general, como un medio de garantizar la libertad; creen, en lo cual se equivocan, que solo la libertad

puede asegurarles su bienestar.—Son como águilas que no caben ya en sus jaulas. Como los pájaros de sus selvas, prefieren morir antes que ser esclavos. No quieren creer en las virtudes eficaces de la evolución progresiva: para ellos, no hay más salvación que la revolución violenta. Sin embargo, son malos fundamentos para un país las pasiones que la guerra crea.

Esperan de una constitución política el consuelo de sus males y el desarrollo de la nación, sin considerar que no serán lo suficientemente fuertes para tener una constitución política respetable y duradera hasta que no sean lo suficientemente trabajadores y lo bastante ricos como para que el interés general haga suya y preserve la fórmula de las libertades que deben garantizarla.

Anotamos estas observaciones sobre el terreno: venimos de aquella tierra que vio nacer a ese hombre, que fue amado por Washington, Bolívar, que fue menos feliz que él, pero tan grande como él: nuestros caballos han pastado la hierba que antaño comieron los caballos de aquel formidable héroe, cuyas hazañas deslumbran como relámpagos, cuyos soldados, sin otros bajeles que sus inquietos corceles de guerra, se arrojaron al mar y sitiaron y tomaron las naves españolas; de aquella tierra venimos, en la que nació el intrépido centauro, el hombre del dolmán rojo, del corazón ancho, de las miradas centelleantes, que murió entre nosotros hace algunos años, infeliz y—José Antonio Páez. Venimos de Venezuela,—con los ojos maravillados aún ante tanta obra maestra de la naturaleza; con la esperanza renacida frente a los generosos esfuerzos que hace el país para repoblar sus bosques, renovar sus ciudades, acreditar sus puertos, abrir sus ríos al mundo;—y con el corazón entristecido por las razones históricas que todavía por algún tiempo harán subsistir en estos territorios tan bellos los rencores que los roen, la pobreza que los debilita, el combate pueril e indigno entre una casta desdeñosa y dominadora que se opone a la elevación, a la vida de las clases inferiores—y esas clases inferiores que mancillan con desbordamientos de pasiones y de apetitos la pura fuente de sus derechos. La libertad no es una bandera a cuya sombra los vencedores devoran a los vencidos y los abaten con su rencor infatigable:—la libertad es una loca robusta, que tiene padre, el más

dulce de los padres—el amor; y una madre, la más rica de las madres—la paz.—Sin amarse, sin ayudarse mutuamente siempre serán un país raquítico. La felicidad es el premio de los que fundan,—no de los que se destruyen.

Venezuela bien vale el viaje que hay que hacer para llegar hasta ella: hay que atravesar durante doce días, bajo un cielo siempre azul, un mar también azul.—Son como para desear la tormenta,—ese cielo y ese mar implacablemente bellos.—Después de haber dicho adiós a nuestra maravillosa bahía, uno no se asombra de la grandeza del mar, ni de sus ruidos, ni de su majestad, ni de su belleza: salimos de Nueva York.—Allá, en medio del Océano, está el mar vacío: aquí, en medio de la ciudad, está el mar lleno de hombres.

Al alba del octavo día abrimos los ojos ante una preciosa y pequeña ciudad; una posesión holandesa. Esta ciudad es como algunos grandes hombres: hay que mirarlos de lejos. Cuando uno desembarca, la ilusión, como una flor atrapada en una atmósfera miasmática, se desvanece. —En ella no hay más que calles sucias, casas amarillas, figuras enfermizas, negras gritonas, negros desvergonzados: es como una eterna querella entre loros: se maldicen, se insultan, se amenazan con matarse, se alzan los remos como para partirse la cabeza,—pero si cae el remo, es sobre la cabeza del cándido que interviene para calmar esa tormenta de aire. Las peleas de los negros de Curazao,—este es el nombre de la ciudad,— son como nubes rugientes de las que jamás se desprendería un rayo. La ciudad,—llena de criollos indolentes, de holandeses que representan a la Metrópoli, de judíos ricos, de refugiados políticos de Venezuela y de Colombia, con bigotes negros como el regaliz y ojos brillantes como la lámina de una espada—está atravesada por un brazo de mar. Sus pequeños barcos,—llamados *ponchos,* una especie de góndola, sin colgaduras y sin poesía, atraviesan, como moscas de mar las aguas tranquilas:—algunas veces transportan a un monje—otras veces,—a uno de los potentados de la ciudad vestido de lino blanco;—y otras veces, a un burrito lindo y paciente.—Por la tarde, a la puesta del sol, el suelo arenoso, las casas amarillas, el cielo rojizo, dan la impresión de un incendio que se apaga en silencio. La noche cae solemnemente sobre la triste ciudad: es como un

cementerio poblado de seres vivos.—Las gentes de Curazao—excluidos los holandeses que hablan su lengua materna,—hablan un español espantoso y un dialecto mezquino, sin fuerza y sin gracia,—el *papiamento—*: es el español con terminaciones holandesas: por *sufrimiento,—suffrimientoe,* por *católicos, catholikanan.* Curazao vive de la sal que la isla produce y del contrabando con Venezuela.—La isla es árida como una cabeza calva. Los árboles, pequeños como arbolitos de Navidad, no tienen más que espinas. Todo lo que se come viene del exterior. Como carne,—solo hay carneros endebles y lastimosos, lo que provoca la desesperación de los alemanes, esos comedores de carne cruda, que en Curazao se encuentran en gran número, como por toda América: y hasta los hay que sueñan con la conquista de Venezuela,—y es curioso escucharlos decir: "Estos países deben ser nuestros, porque los necesitamos. No hay más que tomar La Guaira, tomar Puerto Cabello, tomar Maracaibo." Cierto, y es eso lo que el señor Bismarck enseña: "no hay más que tomar".—Pero se olvidan de que un sarcófago vacío espera a los visitantes: el de Maximiliano.—

Se deja a Curazao; se llega, pocas horas después, a Puerto Cabello, una ciudad pequeña, pobre y medio arruinada, que hace todo el comercio de Valencia, la segunda ciudad del país, muy cerca del puerto. Pero está animado, y lleno de gentes que trabajan, este pequeño Puerto Cabello, con su jardín riente, cargado de platanales, de limoneros, de naranjos, de guanábanos, de dulces frutas del trópico,—que parece, rodeado por su verja de hierro, como un cesto de flores que marcha al encuentro de los viajeros. Paseando por él, se ve a las gentes del país, gritones y felices, con pantalón blanco y sombrero de Panamá; se refresca uno copiosamente con agua de coco, bebida en su propia nuez, donde sabe mejor; uno se lamenta de la pobreza de la ciudad, de la desigualdad de sus calles, del abandono excesivo de las gentes pobres; se compra una botella de ron de Maracaibo,—un lugar de pescadores, conocido por el coraje de sus hijos, antaño famosos por las hazañas de los filibusteros que la convirtieron en su víctima, —pero cuyo ron blanco no vale lo que el viejo ron rojo de Jamaica; se acuesta uno en el barco junto con el sol, y por la mañana se levanta frente a La Guaira, puerto de mar de Caracas, donde

el general Miranda, cuyo glorioso nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de París, y quien sirvió bravamente a la Revolución y combatió junto a Dumouriez, permaneció largo tiempo en prisión, culpable de haber despertado la idea de la independencia en América del Sur: fue un verdadero gran hombre, serio y poderoso. La ciudad—arrojada irregularmente a los pies de una gran montaña, es accidentada y tortuosa, alegre, como encabritada sobre sí misma, antaño rica, y siempre capaz de serlo. Vista de lejos—es como un tropel de bonitos cachorros de perros acostados sobre un vientre inmenso. Durante los dos últimos días del viaje, no hemos visto más que montañas: sus pies entran en el mar: sus cabezas traspasan las nubes. Vistas desde el mar, parecen como una hilera de colosales soldados, dignos porteros de una tierra tan bella.

Para ir a Caracas, la capital de la República, la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre; donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió; donde Bolívar, un Júpiter, nació;—donde se levantan a la vez el mirto de los poetas y el laurel de los guerreros, donde se ha pensado tanto en lo grande y donde se ha sufrido todo lo terrible; donde la Libertad—¡tanto luchó allí!—se envuelve en un manto teñido por su sangre,—hay que lanzarse al seno de esos colosos, bordear abismos, cabalgar sobre sus crestas, escalar picos, saludar de cerca a las nubes. Al comienzo del camino, en La Guaira, al tomar la *diligencia,* el carruaje en el que se hace el viaje, uno quisiera despojarse de todos los vestidos:—tan rudo es el calor,—a mitad de la ruta busca uno los vestidos del vecino, porque los propios son insuficientes: comienza el frío.—¡Y qué bella ruta! Es una carretera sobre precipicios: se respira un aire bueno durante el camino—el sabroso aire del peligro. No hay que mirar hacia abajo: el vértigo nos invade. En el presente, con una rapidez febril propia de los cuentos de hadas, y que honra la inteligencia y la actividad del país, se construye un ferrocarril tortuoso y audaz, que atravesará, como un juguete de acero, aquel amasijo de montañas. Será como el mango de un abanico chino, sobre el que vendrán a reunirse los diferentes ferrocarriles, ya estudiados y trazados, que se extenderán como flechas agudas, rompiendo las selvas perezosas, sacudiendo las ciudades dormidas, por todas las comarcas del país.—

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. El suelo, como una doncella, se despierta a la más leve mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay sobre la tierra un país tan bien dotado como este para establecer en él toda suerte de cultivos. Allí se pueden sembrar papas y tabaco:—té, cacao, y café; la encina se eleva junto a la palmera. Se ven en el mismo ramo el jazmín de Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el plátano: existen todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; las orillas del mar, las orillas del río, las llanuras, las montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las faldas de un volcán. Esta tierra es como una madre adormecida, que durante el sueño dio a luz una enorme cantidad de hijos.—Cuando el labrador la despierte; los hijos saldrán del seno materno, robustos y crecidos, y el mundo se conmoverá con la abundancia de los frutos.—¡Pero la madre duerme todavía, con el seno inútilmente lleno! ¡El labrador del país, que solo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada! Toma, como los hindúes, las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, como un bohemio, canta, seduce, combate, muere. En esta naturaleza virgen, los hombres del campo tienen todavía costumbres grandiosas y llenas de orgullo.—El desprecio de la vida, el amor al placer, son el recuerdo arrollador de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Cuentan sus hazañas en largas tiradas de versos que llaman *galerones.* Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las ramas de los árboles,—todas las suaves melodías de la selva, interrumpidas por los gritos terribles del huracán. Sus alegrías, como sus venganzas, son tempestuosas. Beben agua en la *tápara,* una ancha fruta vacía, de corteza dura. Se sientan en sus cabañas sobre cráneos de caballos. Sus caballos tienen alas bajo sus espuelas. Encantan a las mujeres con su gracia; con su fuerza, derriban toros.

El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere América del Norte,—donde el trabajo está desarrollado, la vida es tranquila y la riqueza es probable. En Venezuela hay *isleños,* nativos de

Islas Canarias, una posesión española; hombres rutinarios, de vidas estrechas, con la mano torpe, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras y venden la leche. Cultivan el maíz.—Hay algún que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre.—Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que elaboran mal.—Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un apartamento miserable, y lustran botas. He aquí, pues, unas bodas imposibles entre semejante tierra y semejantes hombres.—Se necesita un hálito de fuego para despertar a esta gran durmiente: hay que romper el encantamiento a golpes de arado: hay que lanzar la por esos campos húmedos y fragantes: tal ujier debe anunciar a la naturaleza la noble visita del trabajo humano.—

En la ciudad, una singular vida semipatriarcal, semiparisiense, espera al viajero. Las comidas que allí se sirven, exceptuando algunos platos del país; las sillas en que se sientan, los trajes con que se visten, los libros que se leen,—todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son por completo familiares. En su inteligencia como en su suelo, la menor semilla que se arroje fructifica abundantemente. Son como grandes espejos, engrandecen la imagen que reflejan: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos. Solo que se desprecia el estudio de los asuntos esenciales de la patria;—se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales;—quieren aplicar a sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos del todo diferentes. Allí conocen de maravilla el interior de Victor Hugo, las buenas palabras de Proudhon, las proezas de *Les Rougon-Macquart* y *Naná.* En materia de República, una vez que han imitado a Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: quieren ser gobernados desde febrero próximo por un Consejo Federal, nombrado por los Estados. En literatura, viven apasionados con los españoles y los franceses. Aunque nadie habla las lenguas indígenas que se hablan en el país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Quinet, a Lamartine. Resulta pues una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente, y las necesidades reales y urgentes del pueblo que debe ser dirigido. Las soluciones

complicadas y sofisticadas a las que llegan los pueblos antiguos, nutridos con las viejas serpientes, con los odios feudales, con impaciencias justas y terribles,—las transacciones de una forma brillante, pero con una base frágil, por medio de las cuales se prepara, para el próximo siglo, el desencadenamiento de espantosos problemas,—no pueden ser las leyes de la vida para un *país* excepcionalmente constituido, habitado por razas originales, donde la misma mezcla ofrece caracteres de singularidad,—donde se sufre por la resistencia de las clases laboriosas, como se sufre en el extranjero por su expansión;—donde se sufre por la falta de población, como se sufre en el extranjero por su exceso.—Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, nada tienen que curar en la selva del Amazonas, donde aún se adoran divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar en el libro de la Naturaleza, cerca de sus miserables cabañas.—Un país agrícola necesita una educación agrícola.—El estudio exclusivo de la Literatura crea en las inteligencias elementos morbosos, y puebla el espíritu de entidades falsas. Un pueblo nuevo tiene necesidad de pasiones sanas: los amores enfermizos, las ideas convencionales, el mundo abstracto e imaginario que nace del abandono total de la inteligencia a los estudios literarios, producen una generación enclenque e impura,—mal preparada para el gobierno fructífero del país, apasionada por las bellezas, por los deseos y por las agitaciones de un orden personal y poético,—que no puede ayudar al desarrollo serio, constante y uniforme de las fuerzas prácticas de un pueblo.—

Otro mal contribuye a malversar las extraordinarias fuerzas intelectuales de la República. Entre esos hombres hay una necesidad innata de lujo: es casi una condición física impuesta por la abundancia de la Naturaleza que los rodea;—llevados, además, por el desarrollo febril de sus inteligencias a las más altas esferas del apetito, la pobreza les resulta un dolor amargo e insoportable. No creen que la vida sea, como es, el difícil arte de escalar una montaña;—sino el brillante arte de volar de un solo impulso desde el pie hasta la cima. El don de la inteligencia les parece un derecho a la ociosidad: se entregan entonces a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos,

explotar sus maravillas, y acumular sus fortunas con el ahorro de cada día, como por el goteo de cada día se forma la estalactita. Se tienden sobre la tierra, impidiéndole la eclosión, y sueñan.—Pero llega el amor,—el amor a una mujer distinguida,—el amor sudamericano, rápido como una llama, imperativo y dominador, exigente y morboso. Es necesario casarse, poner casa lujosa, vestir a los hijos con exquisitez, vivir al uso de las gentes ricas, gastar—en suma—mucho dinero.—¿Dónde ganarlo, en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe para el Gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen: hay que ponerse a los pies de los amos, que odian los talentos viriles, y sienten placer en quebrar los caracteres, vencer la virtud, embridar la inteligencia. La clase inteligente y culta está así desacreditada y como aniquilada por esa servidumbre vergonzosa, a tal punto, que se mira ya, con una cierta justicia de un ojo desconfiado a los hombres de letras,—el Gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de letrados en apuros. Los mantienen, con su atrevimiento y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz; los letrados pagan dando apariencia y fórmula de legalidad a las voluntades del amo.— Y ¡qué héroes ha producido esta tierra!—Al observar el vigor con el que acaba de recordar su valentía, un joven dotado de gran talento y noble orgullo, Eduardo Blanco, en un libro que brilla como una lámina de oro: *Venezuela heroica,* se diría que ya que se comprende todavía a los héroes, se podría aun serlo.—Pero si en los hombres inteligentes de *Venezuela,* bastante numerosos y bastante destacados como para ser tratados como clase, se podría desear un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay entre ellos, como en casi todo el mundo en el país, una condición que seduce:—la abundancia de corazón. Dan todo lo que tienen, y piden aún más para dárnoslo. Se le exige al extranjero una honestidad probada, y una vida virtuosa; pero se le estima y se le recompensa. La generosidad se toca con la prodigalidad. Sienten placer en gastar el dinero, y consideran un honor despreciarlo.—La sonrisa siempre está en los labios de las gentes. Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable porque hombres y mujeres conversan admirablemente. Se interesan por nuestros

dolores. Uno habla de sí mismo. Uno siente que no está perdido en el mundo, como una hormiga o una mariposa. Se disfruta ese dulce placer

[...] y de muebles venerables, heredados de antepasados; donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros serenos y soberbios, donde los ojos, en lugar de mirar, ordenan; donde los labios, en lugar de hablar, queman. En Caracas hay una fiesta curiosa, en la que se pueden ver más mujeres hermosas de las que se ven en cualquier reunión igualmente numerosa, en cualquier otro país, incluso aunque fuera el nuestro: es el *Carnaval.*—El *Carnaval* era antes en Venezuela una fiesta abominable que propiciaba toda clase de suciedades y peligros. Se arrojaba agua por toneles desde las ventanas sobre los transeúntes; los transeúntes, provistos con toda clase de armas de defensa, algunas veces muy cómicas, vaciaban aguas perfumadas sobre las bellas mujeres que abrían sus ventanas. Pero algunas veces era cosa bien distinta al perfume. Entonces, la soberbia nativa de los hombres se despertaba terriblemente, y si bien besaban la mano de mujer que los empapaba de la cabeza a los pies, también mataban a algunos infelices mal avisados que no tenían el derecho natural que se otorga a las mujeres bonitas.

Desde hace algunos años—la fiesta ha transcurrido bien: es un enervamiento de alegría aristocrática, un esparcimiento elegante, una fiesta para los ojos. Imagínense una decena, una centena, un millar de cajas de colores rotas al viento. La tarde es clara; el cielo, azul; el sol, suave; las casas, a ambos lados de la gran calle Candelaria, donde se celebra el *Carnaval,* colmadas de mujeres. Nada de trajes, nada de máscaras espantosas, nada de contornos ocultos: es una fiesta al aire libre. Los hombres, y algunas familias que desean disfrutar de las justas, se pasean sobre preciosos caballos del país o en carruajes engalanados con los tres colores nacionales: el amarillo, el rojo y el azul, entre dos filas de ventanas, en las que las jóvenes apiñadas parecen ramilletes de flores. Las aceras están llenas de paseantes.—Sobre los sombreros de seda y los trajes negros ha caído una lluvia de polvos de arroz. Al pasar ante una ventana, una de sus amigas le lanza a la cara un puñado de papeles de colores,—usted se quita

su sombrero de seda, al que llaman en Caracas *pum-pá,* por imitar el ruido del cañón al que se compara el malhadado sombrero, y un torrente de almidón se derrama sobre sus cabellos negros.—Algunas veces, cuando llega la noche y la impunidad es casi segura, nueces, cáscaras de papas, tortas calientes son arrojadas por una mano violenta sobre los rostros de los transeúntes.—Pero la verdadera fiesta está en el combate de las ventanas. Los caballeros que pasan detienen súbitamente sus corceles, lanzan flores, bombones exquisitos, joyas de valor, monedas de oro, a las señoritas que adornan las ventanas, y espoleando sus caballos, se acuestan sobre el cuello de las bestias, y parten como flechas para escapar de las nubes de proyectiles que caen sobre ellos.—Leónidas hubiera podido presentar batalla bajo esos palios volantes de confituras, de almendras azucaradas, de golosinas, de granos de café, de *caraotas negras,* los *black beans* del país.—Durante los tres días de este fantástico paseo, se hacen ricos regalos.—Una suma considerable se gasta al año en regalos de familia, para cada casa de Caracas. No importa nada que los campos no estén cultivados por el temor a la guerra; que el comercio sea precario por la escasez de productos para exportar; que de la pobreza general provenga un malestar grave y sensible; que la maquinaria nacional completa ruede, todo lo ambiciosa y suntuosa que es, sobre algunos pobres campesinos que explotan el café; que no exista otro medio seguro de vivir que servir en el ejército, en las oficinas o en las dependencias del Gobierno; que el propio Gobierno viva solamente gracias a las enormes contribuciones que impone a las pobres gentes que trabajan, o a los pobres comerciantes que importan artículos extranjeros:—no por eso se vive menos a la manera parisiense; no por eso se gasta menos de lo que se gastaría en París para vivir:—se despliega un lujo supremo, realzado por una elegancia instintiva, en el atavío de las mujeres.—

Hay una semana que es en Caracas como una exhibición de riqueza: la *Semana Santa.* En ella se destacan prodigalidades locas. Todo el mundo está en la calle. Todos los trabajos se suspenden.—Se da uno por entero al placer de ver y ser visto. Es una exhibición de riqueza, una verdadera batalla entre las familias, un desbordamiento de lujo. Se pasea desde la mañana hasta

la tarde. El Señor moribundo es el pretexto; pero no se piensa más que en cantar bien en la iglesia, donde los coros están formados por las gentes jóvenes más notables de la ciudad;—en maravillar a los curiosos, en vencer a los rivales.—Están los alegres vestidos nuevos, arrastrando por las calles abundantes sus colas grises, rojas o azules; allí les exigen a los hombres agrupados a la puerta de los templos, el premio a la belleza, allí las larvas que se han convertido en mariposas sacuden sus alas, y con movimientos adorables de muñecas animadas, se pasean con su primer vestido de mujercita:—Como paisaje, no hay nada más bello. Los vestidos de color vivo, al sol de la mañana, parecen desde lejos flores en movimiento, balanceadas por el aire amable sobre la larga calle. El aire, siempre húmedo y sabroso, está cargado con los perfumes del día que nace, de la iglesia que se abre, de las mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños, que toda una familia podría tenerse sobre una de nuestras manos.—No parecen criaturas humanas, sino nubes que sonríen, estrellas pasajeras, sueños que andan:—son ligeras, e inasequibles y esbeltas como los sueños.—Es una mujer notable—la *caraqueña.*—El marido, para satisfacer las necesidades de la casa, o su amor insaciable de bellezas, puede poner en subasta su dignidad política:—porque de su dignidad personal están peligrosamente orgullosos:—pero nada quiebra la sólida virtud de la mujer, una virtud natural, encantadora, indolente;—elegante: una virtud que se inspira dulcemente, sin alarmismos de cuáquero, sin severidades de monja.—Estas mujeres tienen el don de detener a los hombres atrevidos con una sonrisa. En sus casas se habla con ellas a ventanas abiertas: uno se siente encantado, y lleno de fuerza, y enervado por una dulce bebida:—si uno las encuentra en las calles, en el teatro, en el paseo: ellas nos saludan cortés, pero fríamente. Nuestra jarra de flores cae a tierra. El bello *Don Juan* se aburriría de lo lindo en Caracas.—Allí no existe la *Doña Inés,* ya que la inteligencia superior de las mujeres es una salvaguarda contra las seducciones de los enamorados: allí no hay conventos, aunque la rejita de madera que se coloca en el interior de las ventanas, que deja ser uno, todavía puede hacernos pensar en ellos.

Aunque casi todo el mundo es católico, podría decirse que nadie lo es: un pueblo inteligente no puede ser aburrido. A veces se defiende con ardor las preeminencias de la Iglesia; se las defiende con una tenacidad que podría hacer creer en una fe sólida; aún se observan, en el fondo del *zaguán* de las casas, un gran corredor vacío que conduce de la puerta que abre sobre la calle, hasta la puerta que se abre sobre los corredores interiores, una imagen de San José, o de San Policarpo, o de la Virgen, bajo cuyos mantos sagrados se ampara a la casa:—hasta en las mismas habitaciones interiores se hallan las paredes cubiertas de Corazones de María, atravesados por espadas, de Jesús agonizante coronado de espinas, de Santa Rita, abogada de los imposibles, de San Ramón Nonato, el patrón natural de las jóvenes esposas, que rezan arrodilladas ante su santo favorito por la salvación de su primer hijo,—esa flor que acaba de abrirse en su seno.—Es encantador el hogar caraqueño; todo es conmovedor, lleno de amor, de espíritu de mujer, de honestas alegrías, de tiernos encantos. Hay en él algo de ala de mariposa y de rayo de sol. Es un placer vivir allí. No es como en nuestras grandes ciudades—donde la faena ahoga al hombre y las tareas del hogar ahogan a la mujer. Es un lindo rincón de yerba fresca o un seno conmovido de mujer siempre en espera de la cabeza fatigada del jefe de la casa.—¡Oh! ¡qué vacía, peligrosa, fría y brutal es la vida sin esos amores!

La ciudad—ya lo hemos dicho—es bella. Continuamente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyos patios, entre grandes macetas de flores raras, un chorro de agua se eleva y cae sobre una fuente elegante, como en Sevilla. Bellas riberas, con altos bordes tapizados de oloroso verdor, serpentean entre las calles, que se prolongan en todas direcciones por sólidos puentes. Un hermoso teatro y una bella iglesia acaban de ser levantados. A propósito de la iglesia corre una anécdota de Humboldt:—"¿Cuándo regresará usted?"—le preguntaron al partir de la ciudad: "Cuando esta iglesia esté terminada", dijo sonriendo.—Y realmente, noventa años después de su partida fue que terminaron la obra. Ramas cargadas de flores acarician todavía las paredes ruinosas de la casa donde Humboldt vivió.—Humboldt, que no olvidó jamás—"la culta, la hospitalaria, la inteligente Caracas".—Todavía se contempla, en

una plaza donde los árboles, como tomados por un súbito fuego, se coronan en verano de grandes flores rojas, un reloj de sol construido por Humboldt.—Y cuando, en uno de esos ligeros carruajes que se encuentran por todas partes en la ciudad, uno se pasea por los alrededores de Caracas, poblados de cafetales, sembrados a la sombra amiga de los rojos y altos *bucares,* todavía puede observar una portada, sobre cuyo remate se lee, en letras dibujadas por la mano del sabio, el nombre del encantador lugar que fue entonces un delicioso sitio de placer: —*Sans Souci.*—La ciudad, cercada por montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un río ancho y tranquilo, por el noble Guaire:—un río de ninfas: hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Catuche,—y aún otro, apacible como su nombre, el dulce Anauco, que hace pensar en una guirnalda de flores. Desde el puente construido sobre el Guaire,—uno de los paseos favoritos de los caraqueños,—se divisa una planicie melodiosa, llena de ruidos amables, sembrada de plantas humildes, coloreada de tiernos matices, magníficamente serena: palmeras, como centinelas, se levantan sobre los campos de maíz. Sauces bordean el río murmurante.—A lo lejos, las montañas, como envueltas en un velo mágico, cambian, al influjo poderoso del sol, sus suaves colores: y tan pronto son rojas, tan pronto amarillas, tan pronto grises, tan pronto azules.—Las vacas mugen, las cabritas saltan, los pastores, en sus ánforas de barro enrojecido al fuego, llevan la leche espumosa a su cabaña lejana.—Un carruaje nos despierta,—para recordarnos que estamos en la ciudad;—un gran encanto—el de tener tan cerca a la ciudad que roe la vida, y al campo que la repara.—Es bueno,—en el crepúsculo misterioso, vaciar el alma fatigada en el alma universal.—

Hay otro paseo que tiene algo de maravilloso: Es el *Calvario.*—Es una colina, antes árida, enfermiza y amarillenta, donde hoy el verdor fragante desciende por sus flancos pintorescos, como un rico tapiz de pliegues colosales, sembrados por aquí y por allá de notas vivas y chillonas:—las rosas. Al subir, por una suave pendiente, se encuentran jardines, bosquecitos, piazzetta, arroyos, frondosas arboledas, sonoras *cascadas,* platanales cargados de frutos, bambúes sonoros como arpas. Es una mezcla artística cuya mejor condición es que apenas se ve

la mano del arte. Se ha hecho un jardín americano dentro de un jardín americano. Se ha mezclado el bosque a un jardín. Pocas calles; muchos árboles;—nada de vías rectas. Desde la cima, coronada por una estatua, se ve la ciudad, como un tablero de damas; el *Capitolio,* que se abre los días de fiesta nacional al público, que acude allí a ver, en los retratos colgados de las paredes, los rostros de los héroes que ama; el *Palacio Federal,* que encierra dos salas rectangulares, una para los diputados, presididos por un retrato de Bolívar, que le arrancó América del Sur a los españoles; la otra, para los senadores; donde la butaca del presidente está coronada por un cuadro histórico que representa a los hombres gigantescos que firmaron, el 5 de julio de 1811, en la capilla de la iglesia de *San Francisco,* el Acta de Independencia de España. Se ve la *Casa Amarilla,* residencia oficial del Presidente de la República, frente a la *Plaza Bolívar,* en extremo bonita, en medio de la cual se levanta, sobre un pedestal de granito, el monumento ecuestre de ese héroe admirable en el que se reunieron todos los dones de la grandeza humana en el más alto grado.—Enfrente de la *Casa Amarilla,* del otro lado de la *Plaza,* una vieja iglesia levanta su torre cuadrada; coronada con una pobre estatuilla: es la Catedral, de grandes naves sombrías. Enfrente del *Palacio Federal,* la Universidad yergue sus torrecillas góticas. A lo lejos, el Panteón, otra iglesia donde reposan, en un monumento de mármol, que honra al arte italiano, las cenizas de Bolívar,—se extiende a los pies de una gran montaña, digna sepultura de tan gran muerto. Al recoger las miradas para admirar la Luna, que brilla en el cielo como contenta de iluminar su ciudad favorita, estas caen sobre un gran pedazo de piedra que resplandece como la superficie de un lago,—es el Gran Teatro.—Y abandonamos este lugar encantador, vigorizados por el espectáculo de semejante belleza; y por la respiración del aire límpido y puro. Al descender, uno piensa en los guerreros indios que en estos mismos lugares, lucharon, cuerpo a cuerpo, desnudos y armados con una macana contra los guerreros españoles, vestidos de hierro, y armados con espada, y con daga, y con mosquete:—y en las mujeres piadosas se piensa también, las que, por esas laderas hoy y verdeantes, subieron,

andando de rodillas, con un cirio en la mano, hasta la cima de la colina, para dar gracias a Dios por haber salvado de la guerra o de la enfermedad a sus maridos o a sus hijos.

Tal es la ciudad:—tal es el país: en la naturaleza, una asombrosa belleza, espectáculos que ordenan a las rodillas a hincarse, y al alma a adorar: en los corazones de las gentes, toda clase de noblezas; en las inteligencias, poderes excepcionales;, una falta absoluta de aplicación a las necesidades reales de la vida entre las clases elevadas;—entre las clases inferiores, una inercia penosa que proviene de una falta total de aspiraciones: allí, para las gentes pobres, vivir es vivir independientes, trabajar hasta ganar para poder comprar la *arepa,* el pan de maíz, y amar,—en el movimiento agrícola, el miedo a la guerra intestina, y a los abusos de los partidos triunfantes; en el movimiento artístico e industrial, una honorable impaciencia, sofocada por las malas leyes canónicas que ahogan las empresas; en los indios, el desprecio de la ciudad y de sus hombres, y el amor salvaje,—un amor de ostra por la concha,—a su rincón de la selva y a su cabaña miserable;—en el labrador blanco, o mestizo, la indolencia criolla y el orgullo primitivo, el desprecio al trabajo, y la pasión por el combate que distinguen a los pueblos nacientes. En la ciudad, París; en el campo, Persia. Se sabe de todo en la ciudad, y se habla admirablemente de todo: la imaginación es allí un hada doméstica: la Poesía riega flores en las cunas de los recién nacidos; la Belleza besa en los labios a las mujeres del país. Pero los hombres no tienen suficiente independencia personal, ni suficiente conocimiento de las verdaderas necesidades de su patria, para hacerla un país rico, feliz y fuerte. Una multitud de apóstoles trabaja en silencio por el mejoramiento del país; una necesidad de ciencia útil comienza a reemplazar el excesivo poder poético. Hay que esperar, y saludar a los buenos luchadores que construyen su primera línea férrea, que estudian sus costumbres, esparcen a manos llenas la instrucción pública, y llaman con voz leal a las riquezas extranjeras que deben hacer fructificar las riquezas naturales. —Todo debe esperarse de un pueblo donde la mujer es virtuosa y el hombre es honesto.—Si ellos vacilan no es

L'AMÉRIQUE CENTRALE

Une contré bénie.—Une guerre de philosophe.—Le *quetzal*.—Le vieux monde et le nouveau.—*Onzas* cachées dans le chocolat.—L'exil des prêtres.—Les familles anciennes.—*Santo Domingo*.—Les Vierges en bois.—Notre Dame du Machen.—Notre Dame de la Pieté.—Le Crucifix du Pie IX.—La ville, de loin et de près.—Almolonga.—*La Antigua*.—Un chef dœuvre de la Nature.—Les tremblements de terre.—Les mets du pays.—Les fêtes populaires.—*Jocotenango.—El Cerro del Carmen.—El Calvario*.—Une forteresse coquette.—La rue 30 Juin.—La Cathédrale.—Le Palais.—Le théâtre.—Voltaire et Guatemala.

— GUATEMALA —

— I —

Guatemala est une de ces contrées bénies,—faites comme pour assouvir la soif ardente des fils des pays vieux,—et pour constater la fraîcheur perpétuelle, et la générosité maternelle de la Nature.—Nous nous sommes convaincus de cela, vivant dans ses villes calmes, croisant ses vallées vertes, voyant le sommet jaune de ses volcans se refléter dans l'eau sereine de ses grands lacs. Nous nous sommes assis dans le foyer monacal de ses familles anciennes, dans les salons élégants des familles do jour. Nous avons pris, dans une *tienda* de Zacapa, une ville morte, le café savoureux de Quezaltepec, ce café qui fait danser dans la tête des chrétiens les houris de Mahomme.—Ce Quezaltepec est un joli nom: il veut dire—la colline des *quetzals,* et le *quetzal* est un oiseau fier, au plumage émeraude, à la voix rauque, qui meurt subitement, quand on le fait prisonnier, ou quand la seule longue plume de sa queue se brise: il ne peut se voir ni esclave, ni laid. C'est cet oiseau qu'on voit dans l'écu national de Guatemala—dès que Don Miguel García Granados commença a Comitan, dans la frontière du Mexique, avec trente trois hommes la guerre libératrice qui ouvrit pour le pays une époque nouvelle.—Ce fut une guerre que tient de la légende, une guerre de philosophie, où l'on n'employa la force que pour démontrer qu'on la possédait, où l'on ne versa que le sang absolument nécessaire, où une seule bataille ne fut perdue;—une guerre qui ne dura qu' un mois, faite par un homme qui dépensa à elle toute sa fortune, qui ne profita pas d'elle, et qui vient de mourir, presque oublié des siens, après avoir publié un libre remarquable: les *Mémoires del General*

García Granados.—Grâce à cet homme, son pays a cessé d'être un pays misérable, dont les grandes richesses naturelles devenaient stériles par l'incurie de ses fils, dont les ports étaient fermés, les chemins obstrués, l'enseignement public presque défendu, la vie des hommes inutilement dépensée dans la crainte du Dieu et l'obéissance à un gouvernement dévoué aux prêtres. On a tort quand on recourt aux livres, pour connaître les luttes des derniers siècles,—de l'idée catholique qui meurt et l'idée rebelle qui avance—la lutte de l'homme qui s'éveille et le prêtre qui l'étouffe:—il n' y a que jeter les yeux sur ces contrées inconnues, pour voir comme les éléments de notre grande vie, représentée par quelques poignées d'hommes illustres, sont là mêlés aux éléments des sociétés vieillies, qui ne sont actifs que pour défendre son inactivité.

Guatemala est à la fois le nom d'une République et d'une grande ville. Dans les églises nombreuses, dans les maisons lourdes, dans les fenêtres grillés— comme pour dérober les femmes aux yeux du passant,—dans le grand nombre de dévotes habillées en noir qui chaque matin, le chapelet à la main, vont—avec le premier rayon de lumière—prier le Seigneur, entendre la messe et recevoir les conseils du prêtre;—dans le vaste *zaguán,* le vestibule des vieilles maisons, pavé avec des os d'animaux, qui dessinent dans le seuil des curves bizarres; dans cet air de prière qui souffle sur la ville—on voit encore la vieille terre espagnole clouée tenacement au cœur du monde nouveau. Mais le sueur brisé, le pays revit. La Nature, fatiguée de sa paresse, travaille à la hâte. Ces peuples s'éveillent, en tombant, en se relevant péniblement, comme ceux qui ont dormi trop;—mais, une fois éveillés, ils veulent, en se mettant à l'œuvre, venger cette honte d'avoir dormi pendant que tout le monde était à la besogne. Et comme c'est une terre où il n' y a qu'à frapper avec la charrue pour voir les fruits éclore,—c'est beau a voir comme ce pays revient à la vie,—et ses chemins, jadis solitaires sont pleins de gents qui vont et viennent; et ses montagnes entendent claquer le fouet du muletier, et ses ports voient sortir et entrer des fruits nombreux, quand on se souvient encore des temps où le plus riche fruit qui sortait du pays, c'étaient les bonnes et jaunes *onzas españolas* que les Pères Jésuites, envoyaient,—selon on raconte dans les maisons les plus respectables— cachées dans les livres de chocolat à ses frères d'Europe.

On voit partout des traces récentes de cette transformation utile. Aux jours de la conquête, hommes et terres furent distribués entre les conquérants:—aujour d'hui, on donne par un prix mesquin et presque nominal ces terres fertiles à tout celui qui d'une volonté forte veut faire la seule conquête digne de ces temps, là où la liberté et la dignité sont déjà affermies: une richesse moderée

par un travail honnête. Il n'y a qu'à payer, très commodément d'ailleurs, une petite somme,—pour devenir le maître d'un morceau de montagne, favorable à la production du café,—d'un morceau de vallée, bonne à y nourrir des troupeaux. À la ville de Guatemala, les familles du vieux régime, remarquables par la pureté de leurs mœurs et la ténacité de leurs croyances, vivent comme ébahies par le bruit du torrent, éloignées des hommes nouveaux, recevant occultement des lettres des prêtres exilés, dont un lambeau de soutane est gardé comme un pieux souvenir dans chaque maison. Quand Granados, une Révolution menaçant aux portes de la ville, le peuple grondant dans les rues, exila les prêtres,—ce fut une émeute: les femmes, des femmes riches et nobles, dormirent dans les trottoirs, au pied des églises;—veillaient aux portes des couvents, pour protéger les prêtres, et allaient s'écrier en masse sous les fenêtres du Président.—Ces familles, les yeux fermés, comme pour laisser passer l'orage, voient des yeux rancuniers, derrière les grilles épaisses de leurs fenêtres, ce monde bouillant qui avance. C'est le couvent, qui regarde étonné la machine à vapeur.—Profitant de la stupeur de ses vieux maîtres, tout se change à la ville: du couvent de la *Recolección,* à la gracieuse église, où on semait jadis des choux, on a fait l'Ècole Polytechnique: de la maison des frères Paulins, cachés aujourd'hui dans une maissonnete ignorée, on a fait l'Ècole Normale, et par où les prêtres heureux, au pas lourd, se promenaient jadis—une foule brillante de jeunes Indiens, déjà maîtres d'école, étudient les méthodes, les découvertes et les sciences modernes. Un autre couvent, aux nefs sombres, aux cours immenses, un vraie palais de moines, Santo Domingo, a été converti dans le dépôt du tabac et de l’eau de vie, deux produits des Repúbliques du Centre. Du vieux couvent, il ne reste que l'église, une église élégante, les murs de laquelle supportent encore les tableaux colossales du plus grand des peintres guatémaltèques, Pontaza, et dont les autels dorés soutiennent de grandes images en bois, justement fameuseuses dans le monde de l'art. Deux villes ont été fameuses par ses sculptures religieuses en bois: Barcelona*,* en Espagne;—Guatemala, en Amérique. Aujourd'hui encore, on fait ce commerce avec profit. On n'a fait des Christs mourants, comme ceux qui fît un guatémaltèque—Quezada. On paye absurdement les petites sculptures du *maestro* Ramírez. Le Christ en bois qui était dans le prie-Dieu de Pie IX, était un admirable sculpture, faite,—dit-on—à l'Antigua, tout près de Guatemala. Dans une église pauvre, on voit encore une Vierge des Douleurs,—qui est sans doute, aux yeux de ceux qu'on beaucoup vu, une des images plus belles du douleur pur. L'expression du visage, la naturalité de la pose, la richesse des plis dans la robe, la souplesse et grâce de l'ensemble—tout frappe dans cette merveille. On raconte

dans la ville qu'un riche Anglais parvint à l'acheter, emballa son trésor et s'en allait avec lui,—chemin d'Europe;—mais le peuple se révolta, poursuivit et lapida l'acheteur, et la Vierge des Douleurs, dite aussi Notre Dame du Machén, fut réinstallée avec grande pompe dans son église.—Une autre Vierge, Notre Dame de la Piété, est aussi très célébrée: son fils, un Jesus imparfait, gît sur ses genoux; elle est assise, et lui regarde avec un amour profond. On sent le bois dans cette figure; —mais une sorte d'âme intérieure embellit son visage douloureux.—

Des clochers pointus:—voilà ce qui frappe premièrement les yeux du voyageur—bien qu'il vient, chevalier dans une mule, du côté de l'Atlantique, et devise la grande ville a sortir d'une montagne, au delà d'une rivière, au fond d'une grande vallée;—bien qu'il arrive le corps meurtri, couvert de poussière, las, dans une bruyante *diligencia*, du côte du Pacifique, par le chemin d'Escuintla:—ce dernier voyage ne serait si dur pour nous, le cocher, la voiture, et même les chevaux etant américains. On voit une grande ville blanche, majestueuse, superbe. Enveloppés dans la brume, les clochers, se levant partout, semblant les gros mâts d'un tas de vaisseaux, cloués dans la terre sèche. En se rapprochant, on remarque les rues droites, qui percent la ville, comme les lignes symétriques d'un damier. La brume dissipée,—on devine dans l'atmosphère claire qui l'entoure—une ville paisible. Des masses d'arbres brillent parmi les maisons blanches, comme des émeraudes parmi des opales. Quand, à la fin, on met le pied dans les rues mal pavés, on voit que l'on est dans une des villes les plus primitives, les plus tranquilles, et les plus calmes du monde.—Une seule maison ne révèle incurie ni détresse. Les rues sont larges, pourvues de trottoirs, inflexiblement rectes. Les maisons semblent,—comme un écrivain du pays l'a dit,—des nains avec des chapeaux. Des toits immenses contribuent à faire paraître plus courtes les lourdes murailles—des vraies murailles—du seul étage de la maison,—ornées d'une rangée de hautes fenêtres. Par ci, par là, dans les maisons illustres, un petit appartement, muni d'un grand balcon de pierre, surmonte le large vestibule, à la porte colossale.—La grandeur de ces maisons est étonnant: il aurait à chacune, assez d'espace pour loger, aux temps de guerre, trois cents soldats: aujourd'hui, on bâtit des maisons moins larges, on met moins de fer aux fenêtres, on embellit les trottoirs avec des arbres,—mais la construction originale, toute guatémaltèque, reste intacte.—On a eu raison. Cette pauvre ville du *Guatemala* n'a eu un siècle de repos dès qu'elle fut fondée. Les Espagnols,—qui dédaignent le danger,—la bâtirent aux pieds d'un volcan endormi, qui, s'éveillant un jour, innonda d'eau brûlante la campagne et la ville, et noya et le plus pauvre soldat, et la plus grande dame, une femme forte, célébrée dans les

histoires, la *Gobernadora* Beatriz de la Cueva. Dans cette terre si belle, la Nature semble avoir voulu faire la vie plus charmante, là où la mort est plus proche. Celui qui a couru le danger, retourne à lui,—ou pour le plaisir de le braver, ou pour l'influence invincible de la Mort. Aux pieds de deux grands volcans, le volcan de Feu, le volcan d'Eau,—des sources, étincelant comme des rivières de diamants au soleil, murmuraient entre les fleurs; le ciel était aussi pur que les eaux étaient fraîches: respirer là, c'était—et c'est encore—vivre. Les poumons rongés par la débauche; le cœur mordu par la douleur; la tète, brisée par les efforts de la pensée—se fortifient près de ces montagnes terribles. Ce fut là qu'on bâtit par deuxième fois la ville. La paix des forêts embellissait cette demeure des hommes; des maisons monacales, amples et sévères, abritaient les âmes des bruits du monde: la Nature contente riait autour de ses fils heureux. Un jour, le tonnerre roula sous la terre; la terre ouvra ses bouches béantes, montrant par des larges blessures ses entrailles d'or; la montagne secoua ses hanches puissantes, et les églises, et les maisons, et les édifices les plus beaux tombèrent en ruines. Les fers, se brisèrent; les toits, s'écroulèrent sur les hommes; des maisons—ne restèrent que les murs. Aujourd'hui, la lierre rampe sur les murailles noirâtres, sur les coupoles pendues, au fond des églises vides.—Quelques milliers de vivants, égarés dans la ville,—s'y promènent, comme des revenants entre les ruines. Cette belle ville,—qui fut forte comme Burgos, gracieuse comme Sevilla, silencieuse comme Toledo,—n'est aujourd'hui qu'un tas de pierres moisies, tachées gaîment par des amas de fleurs—ces fleurs éclatant qui naissent aux pieds des volcans—entourant quelques maisons solitaires,—menant le passant qui côtoie ses murs silencieux à la triste Alameda, dont les arbres, aux grandes branches larmoyantes, semblent pleurer:—on appelle cette ville—l'Antigua.

Où irait-elle, la ville morte? Les maçons et les gens des Tribunaux, intéressés dans le changement, exagérèrent le danger:—et l'on choisit une vallée riante, traversée par une fleuve, entourée de montagnes—vaste, fertile, gaie: la vallée *de las Vacas*—un chef d'œuvre de Mère Nature. Et comme les montagnes ne jetaient ni de l'eau ni du feu, on bâtit dans la vallée, il y a peu près un siècle—la ville qu'on voit aujourd'hui.—

C'est la peur des tremblements de terre, plus sensibles naturellement près des volcans, qui explique la construction des maisons. Quand la Nature gronde, et ses feux intérieurs cherchent à sortir, et la terre—comme une mer—ondule,—et les maisons, comme des vagues, dansent dans l'air, se balancent, et chancellent,—la maison la plus lourde est la plus sure.—Et comme il arrive qu'aussitôt que le tremblement de terre commence, les gens effarées sortent des maisons, pour

échapper l'écroulement possible,—il faut avoir une cour bien large, où, quoique la maison tombe, ceux qui l'habitent peuvent sauver sa vie. C'est curieux à voir: quand la terre tremble, quelle que soit l'heure du jour où cela arrive, tout le monde fuit les maisons, court criant les rues, se réfugie au milieu de la cour, les femmes sanglotent, les enfants pleurent, les vieillards—dont le souvenir des catastrophes passés se ranime—tremblent.—Mais, généralement, tout finit à peine commencé, et on rit de la peur qu'on a eu. On se rassied tranquillement, si on était à la table, et on recommence à gouter le *salcocho*, le bouilli du pays,—ou le *fiambre*, un mets éclectique à la confection duquel une trentaine d'éléments divers prend part, dès l'olive jusqu'à la tourterelle, dès l'huile espagnol jusqu'aux pommes,—ou le *chojin*, une salade, faite avec des radis hachés, très salée et très piquante, fort aimée dans le pays.—

On savoure ce menu original très fréquemment,—et on en régale les étrangers;—mais quand on les goûte avec un plaisir marqué, c'est au milieu d'une fête populaire, où il ne manque jamais. Il y a là de fêtes civiques;—auxquelles le peuple ne prend que la part du curieux, l'acteur étant le Gouvernement, et des gens de lettres;—le 16 Septembre, anniversaire de la déclaration d'indépendance d'Espagne, qui fut faite sans verser une seule goutte de sang,—et le 30 Juin, anniversaire de l'entrée triomphale des révolutionnaires libérales, qui n'arrivèrent au Guatemala qu'après avoir decrété, des le champs de bataille, le libre excercise de tous les droits humains, cohibés jusqu'alors.—Mais les fêtes traditionelles, où le peuple est l'acteur, sont les fêtes religieuses, la fête de Notre Dame del Carmen, la Sainte-Semaine, et les jours pendant lesquels on vend et on achète des animaux dans *la feria de Jocotenango*. *Jocote* veut dire prune,—et cette terminaison *ango* veut dire lieu. La *n,* comme chez les Grecs, est euphonique. On va donc là manger des prunes, voir les bœufs d'*Honduras,* les chevaux du Mexique, les blancs agneaux, les porcs imbéciles. C'est à ce quartier isolé de la ville, habité des gens pauvres,—que les jeunes filles vont en pélerinage tous les mardis, demander au Père Dieu, qui est un Dieu monstrueux, tout en bois; la tête de géant, le corps de nain,—le mari qu'en Espagne on demande à Sainte Rite, la céleste avocate des choses impossibles. Les jours de la *feria*, tout *Guatemala* est à *Jocotenango*. On vit dans les rues pendant trois jours. Les jeunes hommes montent ses meilleurs chevaux, aux cous desquels nouent un chapelet colossale; dont les grains sont faits avec du sucre, dans un de ces états primitifs, la *panela*, enveloppés dans des feuilles de maïs, peintes aux couleurs vifs. Les femmes étalent ses trésors. On étrenne des voitures. On fait des dépens fous. Les familles riches, pour voir passer sans se déranger

ce muséum vivant, et pour laisser admirer leurs robes et leurs bijoux, louent les maisons pauvres des deux côtés de la rue,—et c'est là, près de la porte, qu'on mange le *salcocho*, qu'on loue le *chojin*, qu'on débouchonne le Bourgogne écumeux, le Johannisberg célebre. La France fait de très bonnes affaires avec ses vins dans l'Amérique Centrale. Les Californiens commencent à se faire place dans le marché, avec le clair Catawba, et les vins rouges.

Ces fêtes, comme toutes celles de la ville, sont caracterisées par une joie sereine et vraie,—bien distincte de cette joie fatigante, la joie officielle des jours marqués, qui mêne à la folie où à l'ennui dans presque toutes les fêtes traditionelles. La ville entière est dans les rues—et la ville entière semble une famille.—

Il y a deux collines charmantes, placées à deux des extremes de la ville, l'une est ronde, comme une tête rasée,—l'autre est longue et irregulière.—Celle-là, c'est le *Cerro del Carmen,* couronné par une ermite, à la coupole hémisphérique; l'autre est *El Calvario,* interrompues dès la base jusqu'au sommet par une ample escalier, qui mêne a une petite église rectangulaire, un vrai bijou, peinte en bleu clair et en rose.—Les dimanches, et le jour de la Vierge, si l'on regarde de loin le *Cerro del Carmen,* on croirait voir un entassement pittoresque de vers à couleurs, qui se meuvent paresseusement. Ces jours là, la colline est pleine de femmes,—pleine, à ne pas voir l'herbe. Les hommes, avec ses habits noirs et son chapeau de feutre à la Don Juan, soulevé par derrière, jeté sur les yeux,—ne font que faire plus brillante par le contraste la couleur gaie des manteaux. Le manteau est l'orgueil de la femme du peuple: dans la colline, au côté d'une robe de Worth, brille un manteau chinois, dont les oiseaux jaunes et verts se haussent en relief sur un fond rouge. Les femmes, coiffées tres simplement, les deux tresses de sa chevelure luxueuse flottant sur le dos,—cachent gracieusement leurs formes robustes sous ces morceaux carrés de soie bleu, blanche, cramoisie.—Dans les groupes, on rit franchement: on parle du Frère Pedro, le fondateur austere de l'Ermite: des mains jolies s'amusent à ôter le mousse humide des pierres vieillies de l'Ermite noire.

Au *Calvario,* c'est un autre tableau. On voit toujours ces graves indiens en file; le *huacal*—un grand fardeau, les pieds nus—mouvant regulièrement ses jambes sèches et nerveuses—s'appuyant dans le large baton rustique. On est au côté de la forteresse qui garde la ville, peinte aussi en rose, gaie et riante comme une jeune fille.—On dirait une forteresse en carton—bien coupée, jolie, mignonne. Dès la porte de l'Église, on voit la ville, carrée et correcte: on voit la rue centrale, la rue 30 Juin, qui mène tout droit à Jocotenango—tant elle est longue.—On voit, au côté droit de la rue,

des fabriques de bière, des maisons élégantes, l'édifice de la Poste—jadis un couvent;—le Télégraphe, inconnu il y a 5 ans,—l'Église de San Francisco, une vraie forteresse celle-ci—sevère, monumentale;—le Club,—une maison pour lire, pour jouer le billard et les échec, pour dîner excellemment à l'occasion,—des riches magasins, proprieté des espagnols, d'allemands ou de français.—Du côté gauche,—les yeux tombent sur un parc gracieux, le Parc de la *Victoria*—où il y a toujours, rêvant sous les arbres, quelques jeunes filles au pas nonchalant, aux regards chastes, habillées comme les femmes du peuple—les cheveux tressés tendes sur le manteau, qu'elles appelent *pañolón;* la main oisive racontant aux pointes flottantes du manteau les joies enfantines ou les premières douleurs de sa maîtresse. C'est la terre des femmes jolies:—on dirait que l'ignorance et l'oisiveté embellissent les femmes.

Regardant encore, de ce même côté gauche,—on ne voit que de larges maisons privées, les cours pleines de rosiers, le vestibule pavé avec des os, les portes lourdes chargées des gros verroux. À la fin, les yeux s'arrêtent sur la *Plaza.* C'est encore, comme à Buenos Aires, comme à México, comme dans toutes les villes américaines qui furent espagnoles, la même place carrée;—au centre, une fontaine—d'un côté, la Cathédrale—en face, le Palais du Gouvernement—sous l'arcade d'un autre côte—des petits magasins légendaires où l'on vend des chapeaux, des draps, des tissus du pays; sous une autre arcade, la Maison de la Ville.—Tous les Ministères sont au Palais;—et quand on va parler au Ministre des Travaux Publics sur la navigation du Motagua, sur le chemin de l'Atlantique, qui doivent developper merveilleusement le commerce du pays avec l'Europe;—quand on entre au Ministère de l'Interieur, demandant un coin de terre où se faire riche; quand un étranger éclairé sollicite du Ministre d'Instruction Publique un emploi, qu'on accorde presque toujours, dans une des maisons d'éducation qui soutient le Gouvernement,—on s'étonne de voir à la porte du Palais, une garde nombreuse de jeunes soldats sans souliers, parmi lesquels—quand ils sont en fil, le fusil du caporal se distingue par une verge de cognassier, prête à tomber, à la moindre faute, sur le dos des pauvres jeunes gens.—Ce sont des bêtes de somme, ces malheureux soldats. Celui qui avilit les autres, s'avilit lui-même.—Sans songer à la transformation louable, mais pénible, que ces peuples expérimentent, on ne pourrait comprendre comment un de ces Ministres, un de ses jeunes employés, un des visiteurs fréquents des Ministères, doux comme des femmes, polis comme des parisiens, se laissent, sans devenir honteux, saluer par ces hommes misérables, fouettés et méprisés.—

Dans le vestibule de la Cathédrale, qui ressemble toutes les grandes églises américaines, avec ses

trois nefs à l'intérieur,—et sa façade à la porte colossale, encadrée dans les deux tours élégantes des côtés,—se lèvent les statues des Evangelistes, œuvre d'un sculpteur indigène qui n'a jamais vu chez lui d'autres œuvres d'art que le cheval incorrecte qui orne la fontaine de la *Plaza,* ni n'a jamais sorti de son pays,—et qui fait avec la même aisance ce Saint Jean excellent taillé dans la pierre jaune, qu'une Venus indolente, taillée dans une fève. Cet sculpteur s'appelle Cirilo Lara.

On domine toute la ville, des le *Cerro del Calvario,*—la ville plate, où les clochers nombreux se lèvent sur les maisons, comme des gardiens jaloux d'un humble troupeau. On regarde avec plaisir le théâtre artistique, isolé au milieu d'une *piazzetta,* qui fait songer tout à la fois au théâtre d'Aix la Chapelle, au Congrès de *Madrid,* à la Bourse et à la Madeleine de Paris.

Mais ce n'est pas le contraste poétique du vieux monde social et le nouveau monde de la Nature, ce qui frappe le voyageur,—ce n'est pas le soleil benigne qui brille suavement sur ces maisons qui —toutes récentes qu'elles soient—ont, par sa construction espéciale, l'aspect ruineux;—ce n'est pas la droiture des rues, l'abondance d'églises, la propreté exquise des maisons:—ce qui frappe vivement—c'est la joie, le bien être, l'aisence enviable qu'on remarque partout. Il y a des luttes intérieures, des problèmes économiques sérieux, des plaintes sourdes contre la direction des affaires publics;—mais tout le monde travaille, possède, aspire, et semble être heureux.—Une terre excesivement riche suffit aux besoins d'une population courte et sobre. Une vraie rage de possession a pris les gens. On se croit infortuné si on n'est pas le maître d'une maison ou d'une *hacienda*. On laisse volontiers aux étrangers les richesses qui viennent de l'importation des fruits industriels: les gens du pays semblent penser, avec les physiocrates, que la terre est la source vraie et unique de la richesse. Les fils—quelle que soit l'importance de leurs familles,—demandent à leurs pères un coin de ses fermes: ils s'en vont, son droit fini, sa médecine faite, élever des porcs,—planter *zacate*, l'herbe dont on nourrit les bêtes;—cultiver le café; étudier avec les Américains et les cubains qui vivent dans le pays la canne à sucre. L'oisiveté maladive originée par une éducation purement littéraire—dérobe au travail util quelques jeunes hommes: les tâches que le progrès laisse en marchant, l'usure, l'empleomanie, rongent la ville,—mais le mouvement unanime vers la richesse honnête est, par bonheur, incontrastable.—La vie politique étant presque impossible—puisque les intérêts du pouvoir sont hostiles à l'exercice des libertés publiques,—la vie matérielle profite de cette impossibilité:—c'est ainsi que le hasard prépare et fortifie les caractères;—par les soins de la creátion et la conservation de la richesse;—c'est ainsi qu'on fera solide ce caractère américain, léger

et inquiet par nature dans ces terres riches et fleuries. C'est une loi:—où la nature a des fleurs,—le cerveau en a aussi.—

À l'Université,—on enseignait, il y a quelques années, la Philosophie en latin, dans les mêmes salles où on enseigne aujourd'hui en espagnol le libre examen.—La jeunesse lit avec amour ces romantiques glorieux, devenus les classiques de nos temps: Michelet, Pelletan, Quinet. Un sourire voltairien anime les lèvres frais des jeunes gens des cinq Républiques sœurs, qui envoient ses fils faire ses études à l'Université de Guatemala, la seule qu'il y a dans l'Amérique Centrale.—Les guatémaltèques, comme tous les peuples intelligents qui ont vécu dans l'esclavage, ont développé son talent satyrique.—Et comme tout ce que Voltaire frappa de son fouet terrible—le vieux monde des prêtres—vit encore à Guatemala—son ironie perçante et ses coups de massue réjouissent encore les jeunes étudiants guatémaltèques: le vieillard de Ferney règne parmi eux,—comme il régna à Paris, le jour fameux de son apothéose. L'esprit critique, qui précède toujours les grands travaux sociale, anime dans ces contrées la génération naissante. Il faut dans ce pays-là refaire la Nature, que les préjugés défigurent. L'éducation consistait malheureusement dans ces terres à briser dans les âmes les forces qui nous font vivre: la dignité—la liberté— le courage.—

Mais, Dieu merci, les hommes secouent vigoureusement ses épaules, et laissent tomber par terre le manteau de chaînes dont on les avait, pendant si longtemps, couverts. Ici finit notre première promenade. Si l'on veut bien nous faire l'honneur de suivre avec nous cette visite intéressante—on verra de quoi vit ce peuple riche.—

[Ms. en CEM]

LA AMÉRICA CENTRAL

(Traducción)

Una región bendita.—Una guerra de filosofía.—El *quetzal.*—El viejo mundo y el nuevo.—*Onzas* ocultas en el chocolate.—El destierro de los sacerdotes.—Las familias antiguas.—*Santo Domingo.*—Las Vírgenes de madera.—Nuestra Señora de Machen.—Nuestra Señora de la Piedad.—El Crucifijo de Pío IX.—La ciudad, de lejos y de cerca.—*Almolonga*.—*La Antigua.*—Una obra maestra de la naturaleza.—Los temblores de tierra.—Los manjares del país.—Las fiestas populares.—*Jocotenango*.—*El Cerro del Carmen.*—*El Calvario.*—Una fortaleza coqueta.—La calle 30 de junio.—La Catedral.—El Palacio.—El teatro.—Voltaire y Guatemala.

— GUATEMALA —

— I —

Guatemala es una de esas regiones benditas,—hechas como para aplacar la ardiente sed de los hijos de los países viejos,—y para comprobar la frescura perpetua y la generosidad maternal de la Naturaleza.—Nos hemos convencido de ello viviendo en sus tranquilas ciudades, cruzando sus verdes valles, viendo la cima amarilla de sus volcanes reflejarse en el agua serena de sus grandes lagos. Nos hemos sentado en el hogar monacal de sus antiguas familias, en los salones elegantes de las familias de hoy. Hemos tomado, en una *tienda* de Zacapa, una ciudad muerta, el sabroso café de Quezaltepeque, ese café que hace bailar en la cabeza de los cristianos a las huríes de Mahoma.—Ese de Quezaltepeque es un lindo nombre: quiere decir—la colina de los *quetzales,* y el *quetzal* es un pájaro altivo, de plumaje esmeralda, de voz ronca, que muere súbitamente, cuando se le apresa, o cuando la única larga pluma de su cola se quiebra: no puede verse ni esclavo, ni feo. Ese pájaro es el que figura en el escudo nacional de Guatemala—desde que don Miguel García Granados comenzó en Comitán, en la frontera de México, con treinta y tres hombres, la guerra libertadora que abrió para el país una época nueva.—Fue una guerra que tiene algo de leyenda, una guerra de filosofía, en la que no se empleó la fuerza más que para demostrar que se la poseía, en la que no se

derramó más sangre que la absolutamente necesaria, en la que ni una sola batalla fue perdida: una guerra que no duró más que un mes, hecha por un hombre que gastó en ella toda su fortuna, que no se aprovecho de ella, y que acaba de morir, casi olvidado por los suyos, después de haber publicado un libro notable: *Memorias del general García Granados.*—Gracias a ese hombre, su país ha dejado de ser un país mísero, cuyas grandes riquezas se volvían estériles por la incuria de sus hijos, cuyos puertos estaban cerrados, los caminos obstruidos, la enseñanza pública casi prohibida, la vida de los hombres inútilmente derrochada en el temor de Dios y la obediencia a un gobierno entregado al clero. Es una equivocación recurrir a los libros para conocer las luchas de los últimos siglos,—de la idea católica que muere y la idea rebelde que avanza—la lucha del hombre que despierta y el sacerdote que lo ahoga:—no hay más que echar una mirada sobre esas regiones desconocidas para ver cómo los elementos de nuestra gran vida, representada por varios puñados de hombres ilustres, se han mezclado a los elementos de las sociedades envejecidas, que no son activas más que para defender su inactividad.

Guatemala es a la vez el nombre de una república y el de una gran ciudad. En las numerosas iglesias, en las casas macizas, en las ventanas enrejadas—como para ocultar las mujeres a la vista del transeúnte,—en el gran número de devotas vestidas de negro que cada mañana, el rosario en la mano, van—con el primer rayo de luz—a rezar al Señor, oír la misa y recibir los consejos del sacerdote;—en el amplio *zaguán,* el vestíbulo de las viejas casas, pavimentado con huesos de animales, que dibujan en el umbral extrañas curvas; en ese ambiente de devoción que sopla por la ciudad—se ve todavía la vieja tierra española clavada tenazmente en el corazón del nuevo mundo. Pero, a fuerza de sudor, el país revive. La naturaleza, cansada de su pereza, trabaja de prisa. Estos pueblos se despiertan, cayendo, levantándose penosamente, como los que han dormido demasiado; —pero una vez despiertos, quieren, poniendo manos a la obra, vengar esa vergüenza de haber dormido mientras todo el mundo estaba laborando. Y como que es una tierra en la que no hay más que romper con el arado para ver brotar los frutos—es hermoso ver cómo este país vuelve a la vida, —y sus caminos antes solitarios están llenos de gentes que van y vienen; y sus montañas oyen restallar el foete del mulero, y sus puertos ven salir y entrar numerosos frutos, cuando uno recuerda todavía los tiempos en que el más rico fruto que salía del país eran las buenas y amarillas *onzas españolas* que los Padres Jesuitas enviaban—según se cuenta en las casas más respetables—ocultas en libras de chocolate a sus hermanos de Europa.

Por todas partes se ven huellas recientes de esa útil transformación. En los días de la conquista, hombres y tierras fueron repartidos entre los conquistadores:—hoy se dan, por un precio mezquino y casi nominal esas tierras fértiles a todo aquel que con firme voluntad quiere hacer la única conquista digna de estos tiempos, allí donde la libertad y la dignidad están afianzadas: una riqueza moderada, mediante un trabajo honrado. Solo hay que pagar, muy cómodamente por lo demás, una pequeña suma,—para hacerse dueño de un pedazo de montaña, favorable para la producción del café,—de un pedazo de valle bueno para criar ganado. En la ciudad de Guatemala, las familias del viejo régimen, notables por la pureza de sus costumbres y la tenacidad de sus creencias, viven como aturdidas por el ruido del torrente, alejadas de los hombres nuevos, recibiendo ocultamente cartas de los sacerdotes expulsados, de quienes un jirón de sotana se conserva como un piadoso recuerdo en cada casa. Cuando Granados, con una Revolución amenazando a las puertas de la ciudad, el pueblo rugiendo en las calles,—expulsó a los sacerdotes—hubo una revuelta: las mujeres, mujeres ricas y nobles, durmieron en las aceras, al pie de las iglesias;—velaban a las puertas de los conventos, para proteger a los sacerdotes, e iban a gritar en masa bajo las ventanas del Presidente.—Esas familias, con los ojos cerrados, como para dejar pasar la tormenta, ven, con ojos rencorosos, tras de las gruesas rejas de sus ventanas, ese mundo hirviente que avanza. Es el convento, que mira atónito a la máquina de vapor.—Aprovechando el estupor de sus antiguos amos, todo cambia en la ciudad: del convento de la *Recolección,* con su graciosa iglesia, donde antes se sembraban coles, se ha hecho la Escuela Politécnica; de la casa de los hermanos Paúles, ocultos hoy en una casita ignorada, se ha hecho la Escuela Normal, y por donde los felices sacerdotes, a pasos lentos, se paseaban antes—una multitud brillante de jóvenes indios, ya maestros de escuela, estudian los métodos, los descubrimientos y las ciencias modernos. Otro convento, de oscuras naves, con patios inmensos, un verdadero palacio de monjes, el Santo Domingo, ha sido convertido en depósito de tabaco y aguardiente, dos productos de las Repúblicas de Centroamérica. Del viejo convento, no queda ya más que la iglesia, una iglesia elegante, cuyos muros sostienen aún los cuadros colosales del más grande de los pintores guatemaltecos, Pontaza, y cuyos altares dorados exhiben grandes imágenes de madera, justamente famosas en el mundo del arte. Dos ciudades han sido famosas por sus esculturas religiosas en madera: Barcelona, en España;—Guatemala, en América. Todavía hoy se practica con provecho ese comercio. No se han hecho Cristos moribundos, como los que hizo un guatemalteco—Quezada. Se pagan absurdamente las pequeñas esculturas del *maestro* Ramírez. El

Cristo de madera que estaba en el reclinatorio de Pío IX, era una admirable escultura, hecha—según se dice—en Antigua, muy cerca de Guatemala. En una iglesia pobre se ve todavía una Virgen de los Dolores,—que es sin duda, para los que han visto muchas, una de las imágenes más bellas del dolor puro. La expresión del rostro, la naturalidad de la actitud, la riqueza de los pliegues en el traje, la flexibilidad y gracia del conjunto —todo impresiona en esa maravilla. Se cuenta en la ciudad que un rico inglés logró comprarla, embaló su tesoro y se iba con él,—rumbo a Europa;—pero el pueblo se sublevó, persiguió y apedreó al comprador, y la Virgen de los Dolores, nombrada también Nuestra Señora de Machén, fue reinstalada con gran pompa en su iglesia.—Otra virgen, Nuestra Señora de la Piedad, es también muy celebrada; su hijo, un Jesús imperfecto, yace sobre sus rodillas; ella está sentada, y lo mira con un amor profundo. Se huele la madera en esa figura;—pero una especie de alma interior embellece su doloroso semblante.—

Campanarios puntiagudos:—he ahí lo primero que impresiona los ojos del viajero—bien si llega, caballero en una mula, por el lado del Atlántico, y divisa la gran ciudad al salir de una montaña, del otro lado de un río, al fondo de un gran valle;—o bien si llega con el cuerpo magullado, cubierto de polvo, cansado, en una ruidosa *diligencia,* por el lado del Pacífico, por el camino de Escuintla:—este último viaje no resultaría tan duro para nosotros, de no ser americanos el cochero, el carruaje y hasta los caballos. Se ve una gran ciudad blanca, majestuosa, soberbia. Envueltos en la niebla, los campanarios, irguiéndose por doquiera, se asemejan a los grandes mástiles de un puñado de navíos, clavados en la tierra seca. Al acercarse, se perciben las calles rectas que atraviesan la ciudad, como las simétricas líneas de un tablero de damas. Al disiparse la niebla,—se adivina en la clara atmósfera que la rodea—una ciudad apacible. Masas de árboles brillan entre las blancas casas, como esmeraldas entre ópalos. Cuando, al fin se pisan las calles mal pavimentadas, se ve que estamos en una de las ciudades más primitivas, más tranquilas, y más sosegadas del mundo.—Ni una sola casa revela incuria ni miseria. Las calles son anchas, provistas de buenas aceras, inflexiblemente rectas. Las casas parecen,—según dijo un escritor del país,—enanos con sombreros. Inmensos techos contribuyen a que parezcan más cortas las pesadas paredes—verdaderos muros—del único piso de las casas,—adornadas con una hilera de altas ventanas. Aquí y allá, en las casas ilustres, un pequeño apartamento, provisto de un gran balcón de piedra, corona el ancho vestíbulo de la puerta colosal.—El tamaño de esas casas es asombroso: habría en cada una suficiente espacio para alojar, en tiempo de guerra, a trescientos soldados: hoy, se construyen casas menos amplias; se

emplea menos hierro en las ventanas, se embellecen las aceras con árboles,—pero la construcción original, guatemalteca del todo, sigue siendo la misma. Han tenido razón para ello. Esta pobre ciudad de Guatemala no ha tenido un siglo de reposo desde que fue fundada. Los españoles,—que desdeñan el peligro,—la edificaron al pie de un volcán dormido, que, al despertar un día, inundó con agua hirviente el campo y la ciudad, y ahogó lo mismo al pobre soldado que a la más alta dama, una mujer fuerte, celebrada en las historias, la *gobernadora* Beatriz de la Cueva. En esa tierra tan bella la naturaleza parece haber querido hacer la vida más encantadora allí donde la muerte está más cerca. Aquel que ha corrido el peligro, vuelve a él,—bien por el placer de desafiarlo, o bien por la influencia invencible de la muerte. A los pies de dos grandes volcanes, el volcán de Fuego, el volcán de Agua,—fuentes chispeantes como ríos de diamantes al sol, murmuraban entre las flores; el cielo era tan puro como frescas eran las aguas: respirar allí era—y es aún—vivir. Los pulmones roídos por los excesos; el corazón mordido por el dolor; la cabeza, destrozada por los esfuerzos de la mente—se fortifican junto a esas terribles montañas. Fue allí donde se edificó por segunda vez la ciudad. La paz de los bosques embellecía aquella morada de los hombres; casas monacales, amplias y severas, abrigaban a las almas de los ruidos del mundo: la naturaleza contenta, reía alrededor de sus hijos felices. Un día, el trueno retumbó bajo la tierra; la tierra abrió sus bocas de par en par, mostrando por anchas heridas sus entrañas de oro; la montaña sacudió sus potentes caderas, y las iglesias, y las casas, y los más bellos edificios cayeron en ruinas. Los hierros, se quebraron; los techos, se hundieron sobre los hombres; de las casas—solo quedaron las paredes. Hoy, la hiedra trepa sobre las negruzcas murallas, sobre las cúpulas rajadas al fondo de las iglesias vacías.—Algunos millares de supervivientes, extraviados en la ciudad,—se pasean por ella, como ánimas en pena entre las ruinas. Esa hermosa ciudad, —que fuera fuerte como Burgos, graciosa como Sevilla, silenciosa como Toledo,—no es hoy más que un montón de piedras mohosas, alegremente salpicadas por puñados de flores —esas flores brillantes que nacen a los pies de los volcanes—rodeando algunas casas solitarias—llevando al transeúnte, que flanquea sus silenciosos muros, hasta la triste Alameda cuyos árboles, de grandes ramas lagrimeantes, parecen llorar:—a esa ciudad la llaman—la Antigua.

¿Adónde iría la ciudad muerta? Los albañiles y las gentes del Foro, interesados en el cambio, exageraron el peligro:—y se escogió un risueño valle, atravesado por un río, rodeado de montañas —vasto, fértil, alegre: el valle *de las Vacas*—una obra maestra de la Madre Naturaleza. Y como las

montañas no lanzaban ni agua ni fuego, se edificó en el valle, hace aproximadamente un siglo, la ciudad que se ve hoy.

Es el miedo a los temblores de tierra, más sensibles, naturalmente, cerca de los volcanes, lo que explica la construcción de las casas. Cuando la Naturaleza gruñe, y sus fuegos internos tratan de salir, y la tierra—como un mar—ondula,—y las casas, como olas, bailan en el aire, se balancean y vacilan,—la casa más pesada es la más segura.—Y como ocurre que en cuanto empieza el temblor de tierra, las gentes salen espantadas de sus casas, para escapar del posible derrumbe,—hay que tener un patio muy amplio donde, aunque se desplome la casa, los que la habitan puedan salvar la vida. Es curioso de ver: cuando la tierra tiembla, cualquiera que sea la hora del día en que esto ocurra, todo el mundo huye de las casas, corre gritando por las calles, se refugia en medio del patio, las mujeres sollozan, los niños lloran, los ancianos—en quienes el recuerdo de pasadas catástrofes revive—tiemblan.—Pero, generalmente, todo termina apenas comenzado, y se ríe del miedo que se ha tenido. Se vuelve uno a sentar tranquilamente, si estaba a la mesa, y se comienza de nuevo a comer el *salcocho,* la carne hervida del país,—o el *fiambre,* un manjar ecléctico en cuya confección toman parte unos treinta elementos diversos, desde la aceituna hasta la tórtola, desde el aceite español hasta las patatas,—o el *chojín,* una ensalada hecha con rábanos picados, muy salada y muy picante, muy gustada en el país.

Se saborea ese original menú muy frecuentemente,—y se obsequia con él a los forasteros;—pero cuando se le gusta con especial placer es en medio de una fiesta popular, donde no falta nunca. Hay allí fiestas cívicas,—a las que el pueblo solamente asiste como curioso, pues los protagonistas son el Gobierno y las gentes de letras;—el 16 de septiembre, aniversario de la declaración de independencia, que se logró sin derramar un sola gota de sangre,—y el 30 de junio, aniversario de la entrada triunfal de los revolucionarios liberales, que no llegaron a Guatemala sino después de haber decretado, desde el campo de batalla, el libre ejercicio de todos los derechos humanos, cohibidos hasta entonces.—Pero las fiestas tradicionales en que el pueblo es el protagonista, son las religiosas, la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, la Semana Santa, y los días durante los cuales se compran y venden animales en la *feria de Jocotenango*. *Jocote* quiere decir ciruelas.—Y esa terminación *ango* quiere decir lugar. La n, como en griego, es eufónica. Se va, pues, a comer ciruelas, a ver los bueyes de Honduras, los caballos de México, los blancos corderos, los puercos imbéciles. A ese barrio aislado de la ciudad, habitado por gentes pobres,—van las doncellas en peregrinación todos los

martes, a pedir al Padre Dios, que es un Dios monstruoso, todo de madera, con cabeza de gigante, cuerpo de enano,—el marido que en España se pide a Santa Rita, la celestial abogada de las cosas imposibles. Los días de la *feria*, toda Guatemala está en Jocotenango. Se vive en las calles durante tres días. Los jóvenes montan sus mejores caballos, a cuyos pescuezos anudan un rosario colosal, cuyas cuentas están hechas con azúcar, en uno de sus estados más primitivos, la *panela,* envueltas en hojas de maíz, pintadas de vivos colores. Las mujeres exhiben sus tesoros. Se estrenan carruajes. Se gasta locamente. Las familias ricas, para ver pasar sin molestarse a ese museo viviente, y para hacer admirar sus trajes y sus joyas, alquilan las casas pobres de los dos lados de la calle,—y es allí, junto a la puerta, donde se come el salcocho, se alaba el chojín, se descorcha el Borgoña espumoso, o el Johannisberg célebre. Francia hace muy buenos negocios con sus vinos en América Central. Los californianos empiezan a hacerse lugar en el mercado con el claro Catawba, y los vinos tintos.

Esas fiestas, como todas las de la ciudad, se caracterizan por una alegría serena y verdadera,—bien distinta de esa alegría fatigosa, la alegría oficial de los días señalados, que conduce a la locura o al tedio en casi todas las fiestas tradicionales. La ciudad entera está en las calles,—y la ciudad entera parece una familia.—

Hay dos colinas encantadoras, en los dos extremos de la ciudad, una es redonda, como una cabeza afeitada,—y la otra es larga e irregular.—Aquella, es el *Cerro del Carmen,* coronada por una ermita, de cúpula hemisférica; la otra es *El Calvario,* cortada desde la base hasta la cima por una amplia escalera, que lleva a una pequeña iglesia rectangular, una verdadera joya, pintada de azul claro y de rosa.—Los domingos, y el día de la Virgen, si se mira desde el *Cerro del Carmen,* se creería ver un amontonamiento pintoresco de gusanos de colores, que se mueven perezosamente. Esos días, la colina está llena de mujeres, tan llena que no se ve la hierba. Los hombres, con sus trajes negros y su sombrero de fieltro a la *Don Juan,* alzado por detrás, echado sobre los ojos,—hacen más brillante, por el contraste, el alegre color de los mantos. El manto es el orgullo de la mujer del pueblo: en la colina, junto a un traje de Worth, brilla un manto chino cuyos pájaros amarillos y verdes se alzan en relieve sobre un fondo rojo. Las mujeres, peinadas con mucha sencillez, con las dos trenzas de su cabellera lujosa ondeando sobre la espalda,—ocultan graciosamente sus robustas formas bajo esos cuadrados de seda azul, blanca, carmesí.—En los grupos, se ríe francamente: se habla del hermano Pedro, el austero fundador de la Ermita: lindas manos se entretienen en quitar el musgo húmedo de las envejecidas piedras de la negra Ermita.

El Calvario, es otro cuadro. Siempre se ve a esos graves indios en fila, con el *huacal*—un gran fardo, los pies desnudos—moviendo regularmente sus piernas secas y nerviosas— apoyándose en el grueso bastón rústico. Se está allí junto a una fortaleza que defiende a la ciudad, pintada también de rosado, alegre y risueña como una doncella.—Diríase una fortaleza de cartón—bien cortada, bonita, graciosa. Desde la puerta de la iglesia, se ve la ciudad, cuadrada y correcta: se ve la calle central, la calle 30 de junio, que conduce directamente a Jocotenango—tan larga es.—Se ven, del lado derecho de la calle, fábricas de cerveza, casas elegantes, el edificio de Correos—antaño un convento;—el Telégrafo, desconocido hace cinco años,—la iglesia de San Francisco, una verdadera fortaleza—severa, monumental;—el Club, una casa para leer, jugar al billar y al ajedrez, para comer excelentemente cuando llegue el caso,—ricos almacenes, propiedad de españoles, de alemanes o de franceses.—Por el costado izquierdo,—la vista cae sobre un gracioso parque, el Parque de la *Victoria*—donde hay siempre, soñando bajo los árboles, algunas muchachas de andar indolente, de miradas castas, vestidas como las mujeres del pueblo,—con las trenzas tendidas sobre el manto, que ellas llaman *pañolón;* la mano ociosa contando a las puntas flotantes del manto los goces infantiles o las primeras penas de su dueña. Es la tierra de las mujeres bonitas:—diríase que la ignorancia y la ociosidad embellecen a las mujeres.

Si seguimos mirando por ese mismo lado izquierdo,—no se ven más que amplias casas particulares, con los patios llenos de rosales, el zaguán pavimentado con huesos, las pesadas puertas cargadas de gruesos cerrojos. Al final, los ojos se detienen sobre la *Plaza.* Es también, como en Buenos Aires, como en México, como en todas las ciudades americanas que fueron españolas, la misma plaza cuadrada —al centro, una fuente—a un costado, la Catedral, enfrente, el Palacio del Gobierno,—bajo la arcada, al otro lado—hay pequeñas tiendas legendarias en que se venden sombreros, paños, tejidos del país; bajo otra arcada, está el Ayuntamiento.—Todos los ministerios están en el Palacio;—y cuando se va a hablar con el Ministro de Obras Públicas sobre la navegación del Motagua, sobre el camino del Atlántico, que deben desarrollar maravillosamente el comercio del país con Europa; cuando se entra en el Ministerio del Interior a pedir un rincón de tierra donde hacerse rico; cuando un extranjero ilustrado solicita del Ministerio de Instrucción Pública un empleo, que casi siempre se concede, en uno de esos centros educativos que sostiene el gobierno,—se extraña uno de ver a la puerta del Palacio, una numerosa guardia de jóvenes soldados descalzos, entre los cuales—cuando están en fila, el fusil del cabo se distingue por una vara de membrillo,

presta a caer, por la menor falta, sobre la espalda de los pobres mozos. Son bestias de carga, esos desdichados soldados. El que envilece a los demás, se envilece a sí mismo.—Sin pensar en la transformación loable, pero penosa, que estos pueblos experimentan, no se podría comprender cómo uno de esos ministros, uno de esos jóvenes empleados, uno de esos frecuentes visitantes de los ministerios, dulces como mujeres, corteses como parisienses, se dejan, sin avergonzarse, saludar por esos hombres miserables, azotados y despreciados.

En el atrio de la Catedral, que se parece a todas las grandes iglesias americanas, con sus tres naves en el interior,—y su fachada de puerta colosal, enmarcada entre las dos elegantes torres de los costados,—se alzan las estatuas de los Evangelistas, obra de un escultor indígena—que jamás ha visto en su tierra otras obras de arte que el caballo incorrecto que adorna la fuente de la *Plaza,* ni ha salido nunca de su país, y que hace con la misma facilidad ese excelente *San Juan* tallado en la piedra amarilla, como una *Venus* indolente tallada en una concha. Ese escultor se llama Cirilo Lara.

Se domina toda la ciudad desde el *Cerro del Calvario,*—la ciudad llana, en la que los numerosos campanarios se alzan sobre las casas, como celosos guardianes de un humilde rebaño. Se mira con placer el artístico teatro, aislado en medio de una *piazzetta,* que hace pensar a la vez en el teatro de Aix-la-Chapelle, en el Congreso de Madrid, en la Bolsa y en la Magdalena de París.

Mas no es el contraste poético del viejo mundo social y el nuevo mundo de la Naturaleza, lo que impresiona al viajero,—no es el sol benigno que brilla suavemente sobre esas casas que—por recientes que sean— tienen, por su construcción especial, el aspecto ruinoso;—no es el recto trazado de las calles, la abundancia de iglesias, la exquisita limpieza de las casas:—lo que sorprende vivamente—es la alegría, el bienestar, la envidiable comodidad que se nota en todas partes. Hay luchas internas, problemas económicos serios, quejas sordas contra la dirección de los asuntos públicos;—pero todo el mundo trabaja, posee, aspira, y parece ser feliz.—Una tierra excesivamente rica basta a las necesidades de una población pequeña y sobria. Una verdadera furia de posesión se ha apoderado de las gentes. Todo aquél que no sea dueño de una casa o de una *hacienda,* se cree desventurado. Se ceden con gusto a los extranjeros las riquezas procedentes de la importación de los frutos industriales: las gentes del país parecen pensar, con los fisiócratas, que la tierra es la fuente verdadera y única de la riqueza. Los hijos—cualquiera que sea la importancia de sus familias,—piden a sus padres un rincón de sus fincas; se van, terminada su carrera e Derecho o de Medicina, a criar puercos,—a sembrar *zacate,* la hierba con que alimentan a los animales;—a cultivar el café; a

estudiar con los americanos y los cubanos que viven en el país, el cultivo de la caña de azúcar. La ociosidad enfermiza originada por una educación puramente literaria—sustrae del trabajo útil a algunos jóvenes: las máculas que el progreso deja a su paso, la usura, la empleomanía, roen a la ciudad,—pero el movimiento unánime hacia la riqueza honrada es, por suerte, incontrastable.—Siendo la vida política casi imposible—puesto que los intereses del poder son hostiles al ejercicio de la libertades públicas,—la vida material se aprovecha de esa imposibilidad—es así como el azar prepara y fortifica los caracteres,—mediante los cuidados de la creación y la conservación de la riqueza:—es así como se consolidará ese carácter americano, ligero e inquieto por naturaleza, en esas tierras ricas y floridas. Esto es una ley:—allí donde la naturaleza tiene flores,—el cerebro las tiene también.—

En la Universidad,—se enseñaba, hace algunos años, la Filosofía en latín, en las mismas aulas en que hoy se enseña en español el libre examen.—La juventud lee con amor a esos gloriosos románticos, convertidos en los clásicos de nuestros tiempos: Michelet, Pelletan, Quinet. Una sonrisa volteriana anima los frescos labios de los jóvenes de las cinco Repúblicas hermanas, que envían a sus hijos a estudiar en la Universidad de Guatemala, la única que hay en América Central.—Los guatemaltecos—como todos los pueblos inteligentes que han vivido en la esclavitud—han desarrollado su talento satírico.—Y como todo aquello que Voltaire fustigó con su látigo terrible—el viejo mundo de los sacerdotes—vive todavía en Guatemala—su ironía punzante y sus mazazos regocijan aún a los jóvenes estudiantes guatemaltecos: el anciano de Ferney reina entre ellos,—como reinó en París el día famoso de su apoteosis. El espíritu crítico, que precede siempre a los grandes trabajos sociales, anima en estas regiones a la generación naciente. Es preciso en este país rehacer la naturaleza, que los prejuicios desfiguran. La educación consistía, desgraciadamente, en estas tierras, en quebrar en las almas las fuerzas que nos hacen vivir: la dignidad—la libertad—el valor.

Pero, gracias a Dios, los hombres sacuden vigorosamente sus hombres, y dejan caer por tierra el manto de cadenas con que los habían cubierto durante tanto tiempo. Aquí concluye nuestro primer paseo. Si se nos quiere hacer el honor de continuar con nosotros esta interesante visita—se verá de qué vive este pueblo rico.—

[FRAGMENTO DE L'AMERIQUE CENTRALE]

Une besoin de science utile commence à reemplacer l'excessive pouvoir poétique.

Il faut attendre et saluer les bras lutteurs, qui construisent un premier chemin de fer, étudient nos mœurs, répendent à mains pleins l'instruction publique et appellent d'une voix loyale les richesses étrangers qui doivent faire fructifier leurs richesses naturelles.—On doit tout attendre d'un peuple où la femme est vertueuse, et l'homme est honnête.—S'ils vacillent, ce n'est

[FRAGMENTO DE LA AMÉRICA CENTRAL]

(Traducción)

Una necesidad de ciencia útil comienza a sustituir al excesivo poder poético. Hay que esperar y saludar a los brazos batalladores que construyen un primer ferrocarril, estudian nuestras costumbres, diseminan a manos llenas la instrucción pública y llaman con voz leal a las riquezas extranjeras que deben conseguir que fructifiquen sus riquezas naturales.—Debemos esperar todo de un pueblo cuya mujer es virtuosa, y el hombre es honesto.—Si vacilan, no es que

[LES TROUBLES DES REPUBLIQUES DE L'AMÉRIQUE CENTRALE]

Les troubles des Républiques de l'Amérique Centrale—quoique tout naturels—venant comme elles viennent d'une nation

Les troubles des Républiques de l'Amérique Centrale—quoiqu'ils soient la conséquence toute naturelle des préjugés et des haines semés par le Gouvernement de la Colonie, quand ces pays exubérants appartinrent à l'Espagne, qui ne sut faire d'eux que de remparts pour le moines,—et des lieux de placement pour ses nobles oisifs—sont devenus légendaires.—Ces Républiques, qui finiront par n'être qu'une seule, comme les lois de la Nature, de la politique et de l'utilité commandent, sont aujourd'hui en train de se quereller sur la construction du canal de Nicaragua.—On sait que M. Menocal, l'ingénieur américain, vient de signer avec Nicaragua, un traité pour la construction du Canal.—Il arrive, maintenant, que Costa Rica,—qui est depuis longtemps, à cause d'une vieille question de limites, et des vanités internationales,—l'ennemi de sa voisine,—refuse à celle-ci le droit de contracter sans son avis et son autorisation, se croit blessée dans son honneur, et allège qu'elle a les mêmes droits que Nicaragua à user la rivière et la baie de San Juan, que le contrat avec Menocal vient d'engager.—

On dit qu'il y a un traité entre les deux Républiques, selon lequel l'une ne pourrait rien contracter à propos du canal sans l'acquiescence de l'autre. Nicaragua soutient quelle a autant de droit que Costa Rica à la baie et à la rivière. Et on parle de guerre.—Mais comme il y a bien de temps que ces deux sœurs se regardent de haut en bas, et M. le Président de Costa Rica, a pris l'habitude prudente de faire des protestes sans conséquence immédiate contre tous les événements qui le déplaisent—il n'y a pas une raison spéciale pour croire à une campagne belliqueuse immédiate—quoique, si les travaux fussent définitivement entrepris par l'ingénieur,—le caractère inquiet du Président de Costa Rica soulèverait d'obstacles insurmontables à l'œuvre du Canal.—

Qu'est ce qui se passe dans ces pays mystérieux, si peu connus et si dignes de l'être? Nous ne sommes que par trop intéressés dans les mouvements et le développement de ces contrées bénies, où nos forces industrielles croissantes trouveront un jour l'emploi et les marchés dont nous aurons besoin.

Il faut regarder sur la surface, pour voir la vérité. Les petits événements offusquent et préoccupent: il faut les débrouiller et les analyser, pour trouver au fond d'eux les grands événements. Le problème dans les Républiques Centrales est clair, mais difficile: les intérêts des partialités s'opposent à l'intérêt de la communauté: unies par la Nature, par les défauts et par les qualités, par les antécédents historiques et par son signification humaine, et par ses moyens de vivre,—ils ne sont désunies que par des préoccupations vulgaires et des rivalités mesquines, de ces

puériles rivalités qui divisent toujours les villes voisines, et dans lesquelles les commérages ridicules ont plus de place que les raisons d'État.—Dans l'Amérique Centrale, il n'y a qu'un État. Et on veut maintenir cinq: voilà la lutte. Les Espagnols, par incurie plus que par malveillance, divisèrent la *Capitanía General* de Guatemala dans de diverses portions chacune desquelles avait une ville principale. Guatemala, la résidence du Capitaine Général—était la plus puissante—et la plus riche—et de là, qu'il était enviée et haïe. Dans cette situation, l'indépendance se proclama sans cette secousse vigoureuse dont les nouvelles époques politiques ont besoin, pour jeter d'elles la poussière des époques mortes. L'indépendance, proclamée avec l'aide des autorités espagnoles, ne fut que nominale,—et ne perça pas les couches populaires,—n'altera l'essence de ces peuples, la paresse, la nonchalance, le fanatisme religieux, les petits rancunes des villes voisines:—la forme seule fut alterée. Un génie puissant, un estratégique, un orateur, un vrai homme d'État, le seul peut-être que l'Amérique du Centre ait produit, le général Morazán, voulut fortifier ces pays faibles, unir ce que les Espagnols avaient désuni, faire une République imposante et heureuse de ces cinq états petits et maladifs. Il le fit—mais les peuples, qui sont faits principalement de gens vulgaires, tardent à comprendre ce que les hommes de génie prévoient.—La politique des rivalités vainquit la politique d'union: la vanité des États fut plus puissante que l'union benéfactrice. Morazán fut tué, et l'union défaite,—en démontrant une fois encore, que les idées, quoiqu'elle soient bonnes, ne s'imposent ni par la force des armes, ni par la force du génie.— Il faut attendre qu'elles aient percé la foule.—

La Fédération brisée;—ces Républiques n'ont vécu que pour la crainte constante et le désir d'empêcher le croissement de ses Républiques sœurs.—Le progrès des unes n'était à leurs yeux que danger pour les autres. Et comme le pays était enveloppé par la funeste prudence espagnole, dans une sorte de muraille chinoise morale; comme les curés catholiques affirmaient que tout ce qui venait d'ailleurs était poisoneur et herétique, et excomunié; comme il arrive toujours que, dans ces pays ignorants; les réformateurs catholiques soient aussi un peu réformateurs ou indifférents en religion—et l'indifférence en religion est déjà une réforme; comme un respect aveugle aux avis des prêtres était le caractère saillant de cette famille américaine;—et comme la terre donnait assez pour payer le curé, se bâtir une maison plate pour s'abriter des tremblements de terre;—et s'acheter un gilet de velours pour les dimanches—ces pays sans aspirations, sans conscience de son pouvoir, sans relations extérieures, étaient satisfaits de sa vie misérable et inutile, dévoratrice des vrais talents et des vraies forces,—ennemi de tout avancement qu'ils croyaient, d'après le prêtre, comme un crime de soberbie humaine contre le pouvoir omni mode de Dieu.—Mais le souffle du siècle a allumé à la fin ces âmes: les apôtres qu'ils eurent, dans les jours de l'indépendance, Valle, Barrundia, Batres, Molina, revivent dans ses grands fils; les journaux, les livres et les voyages ont

ouvert ses yeux fermés à la lumière,—et les réformateurs commencent à l'emporter sur les prêtres, une foule de prêtres italiens et catalans,—qui allument la division et l'ignorance sur lesquels son pouvoir peut seul s'appuyer. Les forces populaires, fatiguées de son inertie, cherchent son emploi; les jouissances de la richesse chatouillent déjà les cœurs des fermiers paresseux,—des maîtres de troupeaux; la politique de craintes et de rivalités est encore puissante; les ambitions personnel, ces ennemis terribles de la grandeur des peuples, menaient les Républiques,—mais la politique salutaire des intérêts matériaux commence à se faire place. Et les villages tracassiers commencent à devenir des nations utiles—le seul moyen d'être fortes;—Le problème de l'union revive, étant toujours la solution urgente et nécessaire: mais cette fois encore; et avant que la bataille soit livrée, on peut assurer que, si l'union qu'on projette, se réalise, ne sera pas l'union définitif et solide dont ces peuples ont besoin. Des ambitions personnelles se sont masquées sous cette idée utile; mais les peuples qui sent toujours, quoique confusément, la vérité,—voient sous la masque les ambitions qui les anime— se méfient avec raison; et se préparent à défendre son indépendance.—Et c'est la situation.—

Dans cette mêlée de petit faits qui obscurcissent le jugement—on ne voit pas une direction décisive de l'opinion des Républiques vers la fédération: on voit deux hommes—qui rêvent le pouvoir omnimode dans l'Amérique Centrale;—l'un relégué dans un coin du territoire, cette Costa Rica, si petite et si belle;—l'autre, muraillé dans la vieille Guatemala, suivi par le parti le plus puissant du Salvador, et le hommes les plus connus d'Honduras: Celui-ci, est le Président Barrios:—celui-là,—le Président Tomás Guardia.—

Barrios est un homme rusé et forte qui méprise les hommes, qui les fait fouetter; qui gouverne par la terreur—mais qui comprend qu'il doit dissimuler ces méfaits, avec les exigences d'une revolution populaire contre l'ancien régime oligarchique;—qui sent vraiment la haine des hautes classes et l'amour des pauvres,—qui a semé dans le pays les écoles, et permis—en échange de qu'on le consente au pouvoir qu'il aime, inspiré de loin par les Jésuites, refugiés à Nicaragua—et le parti libéral, dont le vrai chef, un vieillard illustre, M. García Granados, vient de mourir.—Ces hommes, pour s'assurer au pouvoir, pour être agréables au maître, pour servir ses vanités orgueilleuses de fils de Guatemala, au même temps que par une lutte modérée, sèment peu à peu, sans le vouloir; les fundation d'un vrai régime liberale—ont érigé à son profit aux yeux et à la concrétion duquel il croit attachées sa fortune et sa vie—le développement de l'industrie agricole, la création de chemins, la croissance rapide et admirable de la richesse publique.—Il a su se faire servir par les aristocrates qu'il a fouetté, et abandonner ceux de ses amis qui n'ont pas voulu l'aider jusqu'à la fin. Il est une sorte de mythe pour les gens du peuple qui le croint un être terrible et bon, et qui habitués au fouet d'un Indigène qui les gouverna trente ans sans savoir lire ni écrire, Rafael Carrera, se voient avec

plaisir fouettés avec moins de fréquence par une main qui sait tuer; mais qui sait par calcul, non par bonté, faire le bien.—Barrios que résume tout le pouvoir a Guatemala, choisit des conseillers dans les petits affaires par des hommes les plus remarquables des deux partis—le parti oligarchique, éblouis de Barrios l'ombre de Bolívar, rêvant dans l'Amérique du Sud une seule nation,—l'ombre de Morazán, enchâssant de son épée triomphante les cinq républiques de l'Amérique du Centre.—On lui a fait, à lui aussi, rêver dans l'union de toutes les Républiques, mais comme il fut aussi astute qu'ambitieux—comme il échoua dans sa première tentative, la dernière guerre avec le Salvador—il a voulu s'assurer dans le Salvador, où le parti du président actuel, Zaldívar, lui est dévoué,—et dans Honduras, où deux jeunes hommes intelligents, cultes et entrepreneurs, jadis ministres de Barrios, Soto et Rosa, ont été placés au pouvoir, et y son conservés, par l'aide matériel et l'appuis puissant de Barrios.—Honduras, quoiqu'elle avance évidemment sous les mains actives des deux jeunes hommes—ne pardonne à ceux-ci—en peuple fier que les Honduriens sont,—d'être plantés là par la main d'un homme qui rêve de devenir leur maître. Il est curieux, sans doute,—et cette merveille ne pourrait être expliqué que dans ces pays malheureux où la force remplit le rôle de la raison—que des intelligences fières et distinguées, américaines par la vigueur, françaises par la culture, espagnoles par l'originalité,—des jeunes cœurs généreux,—soient de si humbles serviteurs d'un homme inculte et dur, dont les actes louables ne sont que des inspirations fugitives ou des moyens de conserver le pouvoir.—Un anecdote de Barrios mérite d'être racontée. Dans les premiers jours de sa Présidence, il déclara une guerre cruelle aux familles riches du pays: il enfermait les femmes; il faisait fouetter avec des verges de *quince-tres* les pauvres aristocrates.—Un homme sénile, appartenant à une de ces hautes familles, vint lui faire visite, et lui interrogea sur ce qu'il pensait à semer dans une *hacienda* de Jésuites qu'il venait de s'appropier.—Et Barrios dit tout de suite, le regardant de son œil félin, fixement—

—Des *quince-tres!*

On se souvient encore à Guatemala des allures originales et fantastiques de Tomás Guardia, l'adversaire de Barrios; qui vint une fois lui voir, en embassadeur de Costa Rica.—Et on le voit, comme il se présenta au très joli théâtre de Guatemala, coiffé d'un chapeau noir à la plume blanche; l'habit capricieux, la cape rouge, brodé en or; flottant sur son dos, un peu trop incliné. Cette soir, on jouait *Hernani:* et le public guatémaltèque, qui a de l'esprit et qui s'en sert gaiement se demandait si ce n'était un des chevaliers de Charles Quint échappé de la scène celui d'une main si altière, le chapeau sur la tête, entrait dans la loge.—Guardia semble être un homme courageux, affaibli par les du pouvoir, intelligent et vaniteux, dont les prétentions, sinon au gouvernement de l'Amérique du Centre, à la victoire sur Guatemala, n'ont pas cette excuse du développement de la richesse publique que Barrios a su habilement place de son côté.—Costa Rica était un pays bien heureux, et il ne l'est

pas autant aujourd'hui que le régime personnel et audacieux d'un homme convaincu de que personne dans son peuple n'a ni la force ni l'intention de lui arracher le pouvoir. Guardia a su, quand il aspirait au pouvoir, se fourrer dans une charrette pleine d'herbe, glisser ainsi dans la cour du château de la garde et se montrer avec les partisans qui l'accompagnaient dans l'aventure, et se faire le maître du château ainsi assauté. Mais dévoué à ses plaisirs, fié à son étoile, sûr de n'être renversé, —détruisant par la complicité de ses fautes ou la dureté de son traitements ses nombreux ennemis, il a négligé le soin de la richesse de ces belles terres—où il n'y avait jadis un homme pauvre, parce que le plus pauvre avait la cour remplie de plantes de café, qu'à la fin de la récolte il vendait largement.—Avec le Salvador, divisé profondément par le parti utilitaire, qui

Ces peuples paresseux, malgré leurs malheurs,—s'éveillent, se décident à travailler, se cherchent —entre eux, cherchent des amis ailleurs. Ils reçoivent, avec de très rares exceptions—avec un vrai amour des étrangers honnêtes: ils aiment les allemands, qui vont là pour gagner de l'argent, se marier et mourir dans le pays,—ils aiment les américains qui exploitent le café, qui construisent des chemins, qui, avec le bruit des bateaux à vapeur et des locomotives, les font oublier Walker,—dont le vainqueur, le général Victor Zavala, vit encore.Ils sont fiers des supériorités de la nature chez eux,—mais ils confessent qu'ils ont besoin de qu'on les aide à en profiter. M. Barbereux, un homme bienveillant, ministre de Barrios, nous disait un jour: "Ces beaux terres de Salamá sont pleines d'Américains. Je voudrais bien les voir partout; ah! comme ils viendraient, s'ils savaient qu'à Guatemala il n'y à que d'élever des porcs ou de semer des *sweet-potatoes* pour se faire riche".—Et il disait vrai.—

Ces habitudes de travail, cet amour de l'étranger, une espèce de sagesse instinctive admirable que le peuple de l'Amérique Centrale montre en tout, la féivre de progrès qui s'est eveillé dans ces derniers temps dans toutes ces Républiques, les intérêts qu'elle fera naître, la prudence et la solidité qui viennent toujours de la richesse,—sont des conditions naissantes qui honorent ces pays, absolutement abandonnés du monde, livrés a ses propres malheures,—simples jusqu'aux candeur mais bons, labourieux, capables du bien être, et charmés de recevoir ceux qui sont des pays lointaines mêmes lá—par un petit commerce voleur et repulsif, mais une vrai force, un travail utile, un bon cœur, une main forte.—On doit se souvenir des mots du ministre de Barrios: “Ici il n'y a qu'a e lever des porcs ou de semer des *sweet-potatoes* pour se faire riche—

[Ms. en CEM]

[LOS DESÓRDENES DE LAS REPÚBLICAS DE AMÉRICA CENTRAL]

(Traducción)

Los desórdenes de las repúblicas de América Central—aunque naturales—por venir, como vienen, de una nación

Los desórdenes de las repúblicas de América Central, aunque sean consecuencia de los prejuicios y de los odios sembrados por el gobierno de la colonia, cuando estos países exuberantes pertenecían a España, que no supo hacer de ellos más que baluartes para los monjes,— y lugares de colocación para sus nobles ociosos—se han hecho legendarios.—Estas repúblicas que acabarán por no ser más que una sola, como las leyes de la Naturaleza, de la política y de la utilidad lo ordenan, están hoy querellándose por la construcción del canal de Nicaragua.—Se sabe que el señor Menocal, el ingeniero americano, acaba de firmar con Nicaragua, un tratado para la construcción del canal.—Ocurre, ahora, que Costa Rica,—que es desde hace mucho tiempo, a causa de una vieja cuestión de límites, y de vanidades internacionales,—la enemiga de su vecina,— le niega a esta el derecho de contratar sin su parecer y su autorización, se cree herida en su honor, y alega que tiene los mismos derechos que Nicaragua a hacer uso del río y de la bahía de *San Juan,* que el contrato con Menocal acaba de comprometer.—

Dícese que hay un tratado entre las dos Repúblicas, según el cual ninguna podría contratar nada con respecto al canal sin el consentimiento de la otra. Nicaragua sostiene que tiene tanto derecho como Costa Rica a la bahía y al río. Y se habla de guerra.—Pero como hace mucho tiempo que esas dos hermanas se miran con recelo, y el señor Presidente de Costa Rica, ha adoptado la prudente costumbre de hacer protestas sin consecuencia inmediata contra todos los acontecimientos que le desagradan—no hay una razón especial para creer en una campaña bélica inmediata—aunque, si los trabajos fuesen definitivamente emprendidos por el ingeniero,—el carácter inquieto del Presidente de Costa Rica levantaría obstáculos insuperables a la obra del canal.—

¿Qué es lo que sucede en estos países misteriosos, tan poco conocidos y tan dignos de serlo?—A nosotros nos interesan en grado sumo los movimientos y el desarrollo de esas regiones benditas, donde nuestras crecientes fuerzas industriales hallarán algún día el empleo y los mercados que necesitamos.

Hay que mirar sobre la superficie para ver la verdad. Los pequeños sucesos ofuscan y preocupan: hay que desenredarlos y analizarlos, para hallar en su fondo los grandes sucesos. El problema en las repúblicas centroamericanas es claro, pero difícil: los intereses de las facciones se oponen al interés de la comunidad: unidas por la naturaleza, por los defectos y por las cualidades,

por los antecedentes históricos y por su significación humana, y por sus medios de vida,—no están desunidas más que por preocupaciones vulgares y rivalidades mezquinas, esas pueriles rivalidades que dividen siempre a las ciudades vecinas y en las cuales los comadreos ridículos tienen más espacio que las razones de estado.—En la América Central, no hay más que un Estado. Y se quiere mantener cinco: he ahí la lucha. Los españoles, más por incuria que por malevolencia, dividieron la *Capitanía General* de Guatemala en diversas porciones, cada una de las cuales tenía una ciudad principal. Guatemala, la residencia del Capitán General—era la más poderosa—y la más rica—y por ello provocaba envidia y odio. En esa situación, se proclamó la independencia, sin esa sacudida vigorosa de que las nuevas épocas políticas tienen necesidad, para lanzar de sí el polvo de las épocas muertas. La independencia, proclamada con la ayuda de las autoridades españolas, no fue más que nominal—y no penetró en las capas populares—no alteró la esencia de estos pueblos, la pereza, la indolencia, el fanatismo religioso, los pequeños rencores de las ciudades vecinas:—solo la forma fue alterada. Un genio poderoso, un estratega, un orador, un verdadero estadista, el único quizás que haya producido la América del Centro, el general Morazán, quiso fortalecer a estos países débiles, unir lo que los españoles habían desunido, hacer una república imponente y dichosa de esos cinco estados pequeños y enfermizos. Lo hizo,—pero los pueblos, que están formados principalmente por gentes vulgares, tardan en emprender lo que los hombres de genio prevén.—La política de rivalidades venció a la política de unión: la vanidad de los estados fue más poderosa que la unión bienhechora. Morazán fue muerto, y la unión deshecha,—demostrándose una vez más que las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas, ni por la fuerza del genio.—Hay que esperar a que hayan penetrado en las muchedumbres.—

Rota la Federación,—estas repúblicas solo han vivido por el temor constante y el deseo de impedir el crecimiento de las repúblicas hermanas.—El progreso de unas era un peligro a los ojos de las otras. Y como el país estaba encerrado por la funesta prudencia española en una especie de muralla china moral; como los curas católicos afirmaban que todo cuanto venía de fuera era envenenador y herético, y estaba excomulgado; como ocurre siempre que, en esos países ignorantes, los reformadores católicos sean también un poco reformadores o indiferentes en religión—y la indiferencia en religión es ya una reforma; como un respeto ciego a las opiniones de los sacerdotes era la característica saliente de esa familia americana;—y como la tierra daba lo bastante para pagar al cura, construirse una casa plana para protegerse de los temblores de tierra,—y comprarse un chaleco de terciopelo para los domingos—estos países sin aspiraciones, sin conciencia y sin poder, sin relaciones exteriores, estaban satisfechos de su vida mísera e inútil, devoradora de los verdaderos talentos y de las verdaderas fuerzas,—enemigos de todo adelanto, que creían, conforme al sacerdote, un crimen de soberbia humana contra el poder omnímodo de Dios.—Pero el aliento

del siglo ha encendido al fin esas almas: los apóstoles que tuvieron en los días de la independencia, Valle, Barrundia, Batres, Molina, reviven en sus grandes hijos; los periódicos, los libros y los viajes han abierto sus ojos cerrados a la luz,—y los reformadores comienzan a ser más fuertes que los sacerdotes, una multitud de sacerdotes italianos y catalanes,—que encienden las divisiones y la ignorancia sobre las cuales puede solo apoyarse su poder. Las fuerzas populares, cansadas de su inercia, buscan empleo; los goces de la riqueza cosquillean los corazones de los perezosos granjeros, de los ganaderos; la política de temores y de rivalidades es todavía poderosa; las ambiciones personales, ese enemigo terrible de la grandeza de los pueblos, conducían las repúblicas,—pero la política saludable de los intereses materiales empieza a abrirse paso. Y las aldeas pendencieras comienzan a convertirse en naciones útiles—el único medio de ser fuertes.—El problema de la unión revive, por ser siempre la solución urgente y necesaria: pero esta vez también, y antes de que la batalla sea librada, se puede asegurar que, si la unión que se proyecta se realiza, no será la unión definitiva y sólida que estos pueblos necesitan. Ambiciones personales se ocultaron bajo esa útil idea; pero los pueblos que sienten siempre, aunque confusamente, la verdad,—ven bajo la máscara las ambiciones que las animan—desconfían con razón; y se preparan para defender su independencia.—Y esa es la situación.

En esa mezcla de pequeños hechos que oscurecen el juicio—no se ve una dirección decisiva de la opinión de las repúblicas hacia la federación: se ve a dos hombres—que sueñan con el poder omnímodo en la América Central;—el uno relegado a un rincón del territorio, esa Costa Rica, tan pequeña y tan bella;—el otro, amurallado en la vieja Guatemala, seguido por el partido más poderoso de El Salvador y los hombres más conocidos de Honduras: este es el presidente Barrios;—aquel, el presidente Tomás Guardia.—

Barrios es un hombre astuto y fuerte que desprecia a los hombres, que los hace azotar, que gobierna por el terror—pero que comprende que debe disimular esas maldades, con las exigencias de una revolución popular contra el antiguo régimen oligárquico,—que siente verdaderamente el odio a las clases altas y el amor a los pobres,—que ha sembrado en el país las escuelas y permite—a cambio de que lo consientan en el poder que tanto ama, inspirado de lejos por los jesuitas refugiados en Nicaragua,—y el partido liberal, cuyo verdadero jefe, un anciano ilustre, Miguel García Granados, acaba de morir.—Estos hombres, para afirmarse en el poder, para ser agradables al amo, para servir su orgullosa vanidad de hijos de Guatemala, al mismo tiempo que por una lucha moderada, siembran poco a poco, sin quererlo, los fundamentos de un verdadero régimen liberal—han erigido para su provecho a cuya mira y concreción él cree ligadas su fortuna y su vida—el desarrollo de la industria agrícola, la creación de caminos, el crecimiento rápido y admirable de la riqueza pública.—Ha sabido hacerse servir por los aristócratas a quienes ha azotado, y abandonar a

aquellos de sus amigos que no han querido ayudarlo hasta el final. Es una especie de mito para las gentes del pueblo que lo tienen por un ser terrible y bueno, y que habituados a la fusta de un indígena que los gobernó treinta años sin saber leer ni escribir, Rafael Carrera, se ven con gusto azotados con menos frecuencia por una mano que sabe matar, pero que sabe, por cálculo, no por bondad, hacer el bien.—Barrios, que resume todo el poder en Guatemala, escoge consejeros en los pequeños negocios entre los hombres más notables de los dos partidos—el partido oligárquico, los deslumbrados con Barrios la sombra de Bolívar soñando una sola nación en la América del Sur,—la sombra de Morazán incrustando en su espada triunfante las cinco repúblicas de la América del Centro.—Le han hecho, a él también, soñar con la unión de todas las repúblicas, pero como fue tan astuto cuanto ambicioso—como fracasó en su primer intento, la última guerra con El Salvador—ha querido asegurarse en El Salvador, donde el partido del presidente actual, Zaldívar, le es fiel,—y en Honduras, donde dos hombres jóvenes, inteligentes, cultos y emprendedores, antes ministros de Barrios, Soto y Rosa, han sido colocados en el poder, y en él están sostenidos, por la ayuda material y el apoyo poderoso de Barrios.—Honduras, aunque evidentemente adelanta bajo las manos activas de ambos jóvenes—no perdona a estos—como pueblo arrogante que son los hondureños—el estar plantados allí por la mano de un hombre que sueña con ser su amo.—Es curioso, sin duda, y esa maravilla no podría explicarse más que en países desdichados en que la fuerza suplanta a la razón—que inteligencias altivas y distinguidas, americanas por el vigor, francesas por la cultura, españolas por la originalidad,—jóvenes corazones generosos,—sean tan humildes servidores de un hombre inculto y duro, cuyos actos loables no son más que inspiraciones fugitivas o medios de conservar el poder.—Una anécdota de Barrios merece ser contada. En los primeros días de su presidencia, declaró una guerra cruel a las familias ricas del país: encerraba a las mujeres; hacía azotar con vergas de *quince-tres* a los pobres aristócratas.—Un hombre senil, perteneciente a una de esas altas familias, fue a hacerle una visita, y lo interrogó sobre lo que pensaba sembrar en una hacienda de jesuitas que acababa de apropiarse.—Y Barrios dijo enseguida, mirándolo con su ojo felino, fijamente:

—*Quince-tres!*

Se recuerda todavía en Guatemala los ademanes originales y fantásticos de Tomás Guardia, el adversario de Barrios, que fue a verle una vez como embajador de Costa Rica.—Y se le ve, como se presentó en un muy lindo teatro de Guatemala, tocado de un sombrero negro con pluma blanca, el traje caprichoso, la capa roja, bordada en oro, flotando sobre su espalda, un poco demasiado inclinada. Aquella noche se representaba *Hernani:* el público guatemalteco, que tiene ingenio, y que se sirve de él alegremente, se preguntaba si no era uno de los caballeros de Carlos Quinto, escapado de la escena, aquel que con ademán altanero, la cabeza cubierta por el sombrero, entraba en el

palco.—Guardia parece ser un hombre valeroso, debilitado por las del poder, inteligente y vanidoso, cuyas pretensiones, si no al gobierno de América del Centro, a la victoria sobre Guatemala, no tienen la excusa del desarrollo de la riqueza pública que Barrios ha puesto tan hábilmente de su lado.—Costa Rica era un país muy feliz, y ya no lo es tanto hoy por el régimen personal y audaz de un hombre convencido de que nadie en su pueblo tiene ni la fuerza ni la intención de arrancarle el poder. Guardia supo, cuando aspiraba al poder, meterse en una carreta llena de hierba, deslizarse así en el patio de la fortaleza de la guardia y mostrarse con los partidarios que le acompañaban en la aventura, y hacerse dueño de la fortaleza así asaltada. Pero entregado a sus placeres, fiado en su estrella, seguro de no ser derribado, destruyendo por la complicidad de sus faltas o la dureza de su trato a numerosos enemigos, ha descuidado la riqueza de esas hermosa tierras—donde no había antes ni un hombre pobre, porque el más pobre tenía el patio lleno de matas de café, que al final de la cosecha vendía provechosamente. Con El Salvador dividido profundamente por el partido utilitario que

Esos pueblos perezosos, a pesar de sus desgracias,—se despiertan, se deciden a trabajar, se buscan entre sí, buscan amigos en todas partes. Reciben, con muy raras excepciones, con verdadero afecto, a los extranjeros honrados: quieren a los alemanes que van allí a ganar dinero, a casarse y a morir en el país,—quieren a los estadounidenses, que explotan el café, que construyen caminos, que, con el ruido de los barcos de vapor y de las locomotoras les hacen olvidar a Walker, cuyo vencedor, el general Víctor Zavala, vive aún. Están orgullosos de las superioridades de la naturaleza en su país,—pero confiesan que necesitan se les ayude a aprovecharla. El señor Barberena, un hombre bondadoso, ministro de Barrios, nos decía un día: "Estas hermosas tierras de Salamá están llenas de estadounidenses. Mucho quisiera yo verlos por todas partes. ¡Ah! cómo vendrían, si supieran que en Guatemala no hay más que criar puercos y sembrar boniatos para hacerse rico!"—Y decía verdad.—

Esos hábitos de trabajo, ese amor por el extranjero, una especie de sabiduría instintiva admirable que el pueblo de la América Central muestra en todo, la fiebre de progreso que se ha despertado en estos últimos tiempos en todas estas repúblicas, los intereses que hará nacer, la prudencia y la solidez que vienen siempre de la riqueza,—son condiciones nacientes que honran a estos países, totalmente abandonados por el mundo, entregados a sus propias desdichas, simples hasta el candor pero buenos, laboriosos, capaces de bienestar, y encantados de recibir a quienes vienen de países lejanos lo mismo para un pequeño comercio atracador y repulsivo, pero también una fuerza verdadera, un trabajo útil, un buen corazón, una mano fuerte.—Se deben recordar las palabras de un ministro de Barrios: "Aquí no hay más que criar puercos y sembrar *sweet-potatoes* para hacerse rico—

ÍNDICE GENERAL

Textos en Francés

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta “obra” en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: “Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido”.